3 1761 09544685 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

6° 1 - 61

Al ilustre Poeta y Catedrático D. Narciso Campillo su antiguo amigo,

El Autor

POESÍAS

DE

DON FERNANDO DE GABRIEL.

Jdo
. de labriel

LS
G1188p

POESÍAS

DE

DON FERNANDO DE GABRIEL

Y RUIZ DE APODACA,

CORONEL DE ARTILLERÍA

Y DIRECTOR DE LA REAL ACADÉMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DE

DON LUÍS SEGUNDO HUIDOBRO,

Censor que fué de la misma Académia.

SEGUNDA EDICION,

CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1883.

457098
31. 1. 47

Derechos de propiedad reservados.

Á LA MEMORIA

DE MIS VENERADOS PADRES

EL SR. D. FRANCISCO JAVIER DE GABRIEL Y ESTENOZ,

Caballero del Hábito de Alcántara,
con Cruz y Placa en la Real y Militar Orden de San Hermenegildo,
Condecorado con varias Cruces de Distincion
por Acciones de Guerra, Brigadier de los Reales Ejércitos,
Gobernador Militar y Político que fué de la Plaza
de Badajoz, etc.,

Y

LA SRA. D.ª MARÍA DE LOS DOLORES RUIZ DE APODACA
Y GASTON DE IRIARTE;

Espejo aquél de Caballeros, dechado ésta de Damas,

SU HIJO AMANTÍSIMO

FERNANDO.

PRIMERA PARTE.

COMPRENDE EL PRÓLOGO Y LAS POESÍAS
QUE VIERON LA LUZ EN LA PRIMERA EDICION,
PUBLICADA EN 1865.

PRÓLOGO.

Extraño es verdaderamente el destino que me ha cabido en el órden literário, merced á la benevoléncia de mis amigos. Si no puedo decir que, como al Cid, me hacen ganar batallas despues de muerto, porque este símil sería demasiado pretensioso en quien jamás conquistó laureles, ni áun en los mejores tiempos de su efímera vida literária, y ménos puede aspirar á ellos despues que ha hecho á sus deberes de família el sacrificio de sus aficiones de hombre de letras, habré de consignar á lo ménos, en testimónio de gratitud, que los claros ingénios, que, pareciendo que aceptan el patronazgo de mi nombre, me dan efectivamente el de los suyos, han proporcionado á mi casi desconocida firma una notoriedad de que carecía, y á insignificantes escritos, borroneados rápidamente en médio de las

prosáicas ocupaciones mercantiles, lectores escogidos, que de seguro no tuvieron algunos otros trabajos, si no mejores, pensados con más meditacion y ejecutados con más conciéncia, cuando oscuro, pero entusiasta soldado, formaba yo en las filas de la brillante falange literária que jamás ha faltado en la pátria de Rioja y de Lista. El Prólogo á los *Estudios de Literatura y de Crítica* de D. José Fernández-Espino ha atravesado los mares, y como comentário ó síntesis, aunque ligera é imperfecta, de uno de los mejores libros de Literatura de nuestro siglo, se ha visto reproducido por los periódicos del Nuevo Mundo: el Prólogo á las *Poesías* de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca penetrará con ellas en las Académias y en los aristocráticos salones; y si lo pasan por alto los sábios, que no necesitan y tal vez desdeñan un análisis de las bellezas, que pueden comprender mejor que el que se atreve á tomar el encargo de exponerlas, acaso algun mero aficionado, ó alguna hermosa, me acepte por *Cicerone*, para introducirlo en el elegante monumento de Arte que eleva á las Musas de su juventud el Militar-Poeta.

Como la Poesía Lírica es la forma esencialmente subjetiva, eminentemente individual del Arte, no pueden analizarse, juzgarse, ni áun comprenderse bien sus producciones, sin entrar profundamente en el espíritu del autor, sin identificarse con sus idéas, con sus afectos, con su modo especial de pensar y de sentir. A diferéncia del Poeta Dramático, que es más grande cuanto mayor es el círculo moral que abrazan sus creaciones, cuanto mejor acierta á reproducir la infinita variedad del corazon humano, cuanto más sabe penetrar en los misterios de ese Protéo, que se llama la pasion, y que, idéntico en sus caractéres esenciales, se diversifica hasta lo infinito en sus formas y en sus manifestaciones individuales, el Poeta Lírico no puede ser profundo, verdadero, conmovedor, sino á condicion de permanecer siempre fiel á sus própios sentimientos, siempre espontáneo en el pensamiento, siempre sincero en la expresion. Por eso la Poesía Lírica es el princípio y el fin de la série contínua, que constituye la evolucion literária de cada civilizacion, y no brilla nunca con tan vivos resplandores como en las épocas de fé viva, de entusiasmo ardien-

te en que el génio del Poeta concentra y reproduce el sentimiento universal, la idéa colectiva, religiosa ó patriótica de todo un pueblo, y en aquellas otras épocas de anarquía moral en que disueltos todos los lazos que establecen la armonía entre las inteligéncias y entre los corazones, rotas las cuerdas que hizo vibrar unísonas la voz de un Homero, de un Sófocles ó de un Calderon, el Poeta sólo puede pedir inspiraciones á su propio individualismo, que se desarrolla tanto más poderoso y concentrado, cuanto más imposible le es apoyarse en el mundo que le rodéa. A la verdad, este último género de inspiracion no ha sido posible sino despues del Cristianismo. que desarrolló al indivíduo, y le permitió vivir vida própia cuando la vida moral de la sociedad á que pertenece sufre esas crísis difíciles y laboriosas, que señalan la muerte de una forma social y la incubacion de otra nueva y más progresiva: por eso, si el mundo moderno no ha producido un Píndaro, la poesía clásica no tiene nada que comparar á los cantos melancólicos de Byron, de Lamartine, de Víctor Hugo y de Espronceda.

Tan individual como cualquiera de estos

génios, cantores de la ruina de un mundo moral, De Gabriel obedece, sin embargo, á opuestas inspiraciones, y puede sólo compararse con el penúltimo de los citados en su primera época literária. Sus tradiciones de família, su educacion religiosa y social, sus opiniones políticas, su carácter idealista y caballeresco, le han hecho naturalmente simpatizar con las formas sociales de los tiempos pasados, por más que, tolerante é hijo de su siglo, segun él mismo dice en una de sus más notables poesías, procure armonizarlas con las condiciones y exigéncias de los presentes; y como todo sentimiento del corazon toma tanta mayor fuerza y se concentra y eleva tanto más, cuanto ménos expansion encuentra en la atmósfera moral que le rodéa, De Gabriel es en sus Poesías, no sólo el inspirado cantor de las tradiciones, sino el defensor entusiasta, no ya de las formas, pero sí de los elementos políticos y sociales legados por otras épocas; y como el Enéas virgiliano, lucha para salvar del incéndio que devora á sú ciudad querida, los penates bajo cuyo patronazgo espera verla renacer, fiel á su história y á sus gloriosos antecedentes, si bien

con nueva juventud, y acomodada á las necesidades de otro siglo y de otra civilizacion. Bajo este aspecto, su escuela es la del Duque de Frías y la del Duque de Rívas, aristócratas, militares y poetas como él; que encariñados por justo orgullo de família con las gloriosas tradiciones de su raza, enlazando sus risueñas reminiscéncias de juventud, con el ejercicio de una profesion que fué siempre la ocupacion predilecta y el elemento de poder de las clases privilegiadas, y en que la organizacion rigurosamente gerárquica perpetúa algo de las formas sociales del Feudalismo, y contemplando lo pasado con la brillante mirada de la imaginacion, que se fija más en lo bello, que en lo útil y lo conveniente, confundieron en una sola aspiracion el entusiasmo retrospectivo del Artista con las sérias convicciones del Político, aunque sin abominar tampoco por ello de su época.

Y he aquí cabalmente lo que pudiera formar la mayor dificultad de mi posicion, al constituirme intérprete y comentador de las Obras Poéticas de D. Fernando de Gabriel; dificultad que otros en mis circunstancias eludirían, pensando, acaso con razon, que

las opiniones de un hombre, que en su absoluta insignificáncia política no ha tenido jamás ocasion de producirlas en el terreno de la práctica, son un património exclusivamente suyo, un secreto de su vida íntima, en que el público no tiene derecho á ocuparse: pero dificultad que yo arrostro lealmente, y con tanta más franqueza, cuanto que créo que la confesion que voy á hacer no me favorecerá demasiado en el ánimo de la mayor parte de los lectores de este interesante libro.

La idéa democrática es ciertamente, despues de la idéa católica, y subordinada á ella, la verdad que más evidente aparece á los ojos de la inteligéncia del que estos renglones escribe: sábenlo así los pocos que en el seno de la intimidad han tenido ocasion de conocer los pensamientos y las convicciones de quien, acaso por no amoldarse servilmente al Credo político de ningun Partido, ni busca ni acepta ocasiones de hacerlas conocer en el terreno práctico de la política discusion. Y, sin embargo, puede comprender y simpatizar en el terreno del Arte con las glórias y las tradiciones de las clases privilegiadas. ¿Cómo y por qué? Pre-

ciso será, aunque me aparte acaso cada vez más del objeto de este Prólogo, definir cómo entiendo yo la idéa democrática; porque en épocas críticas y de anarquía moral, como la que vamos atravesando, lo primero sobre que hay que ponerse de acuerdo es sobre el valor de las palabras que universalmente se usan, y que, sin embargo, cada cual entiende á su manera.

La idéa democrática, para los que han formado sus opiniones en la candente atmósfera de los cafés, de los clubs y de los periódicos, es en general la detestacion de toda forma social, antígua ó moderna, que no se ajusta á su ideal preconstituido; es la sobérbia pretension de suponer que la Humanidad entera ha carecido de sentido comun, desde que murió el último de los Gracos, hasta que nació el filósofo de Ginebra, y que éste encontró en su cabeza los títulos de la dignidad y de los derechos del hombre, que andaban completamente perdidos; es la execracion sistemática de Pontífices, Reyes, Aristocrácias, de todos aquellos, en fin, que han conducido ó pretendido conducir á los Pueblos, sin convocarlos cada dia en la plaza pública para preguntarles su

opinion; es en muchos la confusion más deplorable de las nociones históricas, hasta considerar como demócrata á Bruto, el orgulloso defensor de las prerogativas patrícias, y como tirano á César, el gran demócrata y el gran tribuno; es para algunos, pocos ya por fortuna, el espíritu de vengativa saña contra cuantos se oponen á la realizacion de sus proyectos trastornadores, y contra todas las eminéncias de la Iglesia y del Estado, de la sangre y de la fortuna, la apoteósis de Robespierre y de Marat, la teoría de la guillotina como elemento reformador.

Pero para el que ha elaborado sus convicciones y sus creéncias sociales y políticas léjos del estádio de la discusion activa, hartas veces anublado por el polvo que levanta la lucha de las pasiones y de los intereses encontrados; para el que sólo ha pedido inspiraciones á su propia razon, y lecciones á la Filosofía y á la História, esa gran maestra de la vida práctica, la idéa democrática es cosa muy distinta, que no excluye la admiracion ni la simpatía hácia otras formas y otras instituciones que le son antitéticas. A sus ojos la Democrácia,

como forma política y social, es el ideal, el *desideratum,* el límite absoluto de la evolucion progresiva de la Humanidad; ideal remoto, tarde y difícilmente realizable, al que sólo se camina con seguridad por la vía del progreso cristiano, racional, pacífico; ideal al que han servido, sin saberlo y sin quererlo, todos los que en sus respectivas épocas han hecho progresar á la Humanidad, cualquiera que fuese la forma transitória que le impusieran. Bajo este aspecto, todos los hombres, todos los Pueblos, todas las Instituciones civilizadoras, han sido precursores y han merecido bien de la futura Democrácia: la Aristocrácia Romana, realizando la unidad material del Mundo Antíguo, el Império de los Césares, verificando la unidad social del mismo: los Bárbaros, disolviendo esta unidad, sin aniquilarla, para dar nacimiento á las nuevas Nacionalidades, distintas é independientes, pero unidas por vínculos comunes; la Aristocrácia Feudal, creando un princípio de organizacion, en el seno del cáos y de la anarquía; los Emperadores Suavos y Francónios elevando un nuevo centro de unidad en medio del fraccionamiento del Feudalismo; los Papas

Güelfos, defendiendo la libertad del espíritu contra la fuerza material; los Grémios, las *Ligas*, las *Hermandades,* iniciando la organizacion y la emancipacion del Estado Llano; el Absolutismo mismo, generalizado en los siglos XVI y XVII, quebrantando el poder de los privilegios tradicionales, y preparando la unidad social; las Revoluciones, destruyendo las resisténcias materiales para abrir camino á la práctica de las nuevas idéas: la Religion y la Ciéncia, sobre todo, realizando el único progreso verdadero, constante, y eternamente benéfico: la educacion de la Humanidad. Considerada así la Política desde el punto de vista de la Ciéncia, la Ciéncia desde el punto de vista de la História, y la História desde el punto de vista del progreso, es posible ser demócrata, y simpatizar con todo lo grande, con todo lo noble, con todo lo útil de las pasadas generaciones, y entonar con entusiasmo himnos de glória á César y á Alarico, á Carlo Magno y á Gregório VII, á Guillermo Tell y á Isabel la Católica: es sobre todo posible comprender y saludar con respeto todas las grandes figuras de la História Patria, sin rebajarlas ni empequeñecerlas con

los mezquinos y apasionados juícios del espíritu de Partido; reconocer y aplaudir los inmensos servícios de las clases privilegiadas, en la obra de la reconquista y de la civilizacion nacional, aunque se créa que el privilégio ha pasado ya su tiempo de existéncia, como hecho social: mirar, en fin, con lástima las declamaciones de ciertos Escritores populares ó populacheros, contra los Obispos de los Concílios Góticos, contra los Ricos-hombres é Infanzones de Aragon y de Castilla, contra los privilégios y la prepoténcia de las Órdenes militares y monásticas, y aun contra la autoridad absoluta, severa é indiscutible de Cárlos V y Felipe II; con tanta lástima, como escucharíamos al jóven, que encontrándose en la mayor edad, rico de salud, de ciencia y de fortuna, maldijese de la sujecion, en que niño y adolescente le tuvieran su padre, sus maestros, su tutor, obligándole á disciplinar su inquieta y vacilante inteligéncia al yugo de la educacion, refrenando sus pasiones prematuras, y administrando su caudal con tino y al abrigo de su caprichosa inexperiéncia.

Pero observo, y observará con más motivo el lector, que hablo demasiado de mí,

en lugar de hablar de las Poesías de Don Fernando de Gabriel. Reconozco el poco interés que la manifestacion de mis opiniones personales podrá tener para el que hojéa estas páginas, buscando en ellas el juício crítico de las obras de un autor mucho más digno de ocupar su atencion; pero he creido preciso hacer preceder á ese juício una exposicion clara y sincera del critério que he de aplicar á esas mismas obras, con tanto más motivo, cuanto que, fiel adepto en esta parte de la Escuela Crítica Romántica, es la idéa, más que la forma, lo que á mis ojos constituye el carácter própio, y el principal mérito de las obras de Arte.

Pocas son en número las Poesías exclusiva y propiamente religiosas que contiene este volúmen; que si la fé y el amor de Dios pueden arder tan vivos bajo la coraza del soldado como bajo el sayal del anacoreta, no es la inspiracion mística la que más naturalmente se impone á la imaginacion de un Militar, hombre de sociedad; y D. Fernando de Gabriel es demasiado espontáneo, para componer una poesía, como

un ejercício de ingénio, á la manera del Abate Marchena, y demasiado católico para hacer de nuestra sacrosanta Religion un tema de variaciones sentimentales y algun tanto panteistas, como Lamartine. Así, prescindiendo de las dos lindas traducciones de «La Oracion» y «El Faró de Dios», en que sólo hay que alabar la exactitud de la version de un pensamiento ageno, y la suavidad y armonía de la forma, y del soneto titulado «La Santa Cruz» que es casi tanto patriótico como religioso, la musa de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de Leon solamente ha inspirado á De Gabriel los tres sonetos «Á La Eucaristía», «Dios y El Hombre», y «Á La Purísima Concepcion» y el himno «Á La Expectacion de la Santísima Vírgen». Todos se distinguen por la sobriedad de adornos extraños á la esencia del Mistério que celebran, sobriedad tan recomendada por el sábio é inolvidable Lista, que consideraba como del todo imprópia de la magestad de la Poesía Religiosa la exagerada divagacion por las regiones del sentimentalismo naturalista, en que anegan un pensamiento más ó menos ortodóxo los numerosos

adeptos del autor de las «MEDITACIONES POÉTICAS».

Pero no es acaso en las Composiciones de objeto esencialmente religioso en las que brilla más la fé robusta y viva del que lleva sobre su pecho la Cruz de una de las Órdenes Militares, no sólo como un timbre de aristocrática ascendéncia, ni como una distincion que halague su amor própio, sino con el verdadero espíritu de veneracion caballeresca que animó á los compañeros del santo Abad de Fitero. En las Poesías donde el autor, ménos dominado por la magestad del asunto, puede dar rienda suelta á su individualidad, brota espontánea y viva por todas partes la confesion de una creéncia profundamente arraigada en la inteligéncia y en el corazon del poeta. El que ha escrito la bellísima y herreriana Oda «A LA SEÑORITA DOÑA CATALINA DE ARIZON», crée y siente que las epidémias son un azote de Dios, y no un mero fenómeno de la accion fatal de las causas naturales, como crée y siente que en la curacion de un moribundo puede haber, más que una crísis de la vida orgánica, la intervencion de un Poder providencial, que no es indiferente al

ruego del amor y de la fé: el que consuela á D. Manuel Pérez de Molina en la muerte de su hijo, halla en sus convicciones frases harto más profundas, y que penetran el corazon de un padre infinitamente más, que las que una vulgar filosofía pudo inspirar á Malherbe y á sus innumerables copistas; el que anticipa á todos sus deséos para el porvenir de su tierno hijo, el de verlo fiel á la Religion de sus Mayores, tiene siempre ante sus ojos la expresion del Evangelio: «*Qui prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur*».

Las Poesías amatórias de este autor son tambien la sincera expresion de un sentimiento verdadero, sinceridad que por otra parte es un mérito general en los buenos poetas líricos de nuestra época, y que no ha contribuido poco á dar novedad é interés á un género, que habían llegado á hacer algun tanto monótono, y á veces soporífero, los imitadores clásicos de Tibulo y de Petrarca. No hay acaso pasion que desarrolle más vivamente la individualidad, que el amor, y no hay nada más difícil, por lo mismo, que imitar su lenguaje, y que hacer interesante el que no siente quien lo

canta. Así, desde que ha pasado la moda de los amores imaginários, el lector bosteza involuntariamente con las amaneradas endechas que el soñado desden de una Fílis fantástica inspiraba en los siglos XVI y XVII á algun buen Sacerdote, modelo de las castas virtudes de su estado, ó á algun juicioso sexagenário; miéntras que simpatiza, y goza, y padece con el epitalámio de amor apasionado, que el vehemente Byron dirigió á su esposa, en los breves días de su felicidad conyugal; con los melancólicos acentos que Lamartine exhala sobre la losa de la pobre pescadora, cuyo último sueño arrullan las brisas de Sorrento, y aun con el amargo canto, que recuerdos de dolor, y acaso de remordimiento, hicieron al autor del *Diablo Mundo* intercalar en su escéptico poema.

Sin duda D. Fernando de Gabriel ha tenido, entre otras dichas, que merecidamente le brinda la suerte, la de no amar en la acepcion verdadera de esta palabra más que una vez, colocar bien su amor, y verlo coronado por el único prémio que puede alcanzarse sin deprimir al objeto de su pasion, y sin remordimiento: por lo ménos

en esta Compilacion no se insertan, ni el autor de estos renglones conoce otras poesías amatórias del mismo escritor, que las que ha dirigido á la que es hoy su digna esposa. Su fecha relativa puede colegirse de su estilo y carácter: la composicion «EN LAS MÁRGENES DEL GUADALQUIVIR», es la aspiracion entusiasta, un tanto vaga, y por lo mismo exuberante de poesía, que reside tanto en la imaginacion como en el sentimiento, es en una palabra el primer suspiro de amor; la que lleva por título «A ELISA», es acaso más vehemente, pero más sencilla; ella y «LA VUELTA DE ELISA» revelan el predómínio del corazon sobre la mente en un amor feliz, correspondido y no contrariado; y por último, en el lindo soneto «A MI DULCE COMPAÑERA» el poeta ha tenido el buen gusto de desmentir la frase de un escritor escéptico, que podrá ser ingeniosa, pero que no es ni moral ni verdadera, y de demostrar que su amor no se ha sepultado en lo que éste llamó *el sepulcro de la posesion.*

No es el amor conyugal el único de los dulces y santos lazos de la família que ha inspirado las Poesías de D. Fernando de

Gabriel: un canto de sentida, religiosa y justa gratitud á su dignísima madre; recuerdos de legítimo y filial orgullo por los bien ganados timbres de los varones de su raza, en la epístola al Marqués de Casa Arizon, en el romance á Polónia y en el soneto á la memória del General Ruiz de Apodaca, y por último el tierno y lindísimo romance á su hijo Gonzalo, son otras tantas poéticas expansiones del corazon de un autor, que sólo canta lo que siente y como siente.

No faltará tal vez, entre los Críticos idólatras de la forma convencional, entre los adeptos de esa Escuela de mezquinas proporciones, que censuraba á Voltaire por hacer sonar el cañon en la escena, sólo acostumbrada á los Héroes griegos y romanos, y hallaba contrário á la dignidad teatral que un personaje se presentase en las tablas con el brazo en cabestrillo, no faltará tal vez, repito, entre esos Literatos que consultan con los libros si es legítima la emocion que sienten, y conforme á las reglas el placer que experimentan, quien gradúe de pueriles algunas de las más tiernas y sentidas estrofas de esta última composicion, y juzgue erradamente, que la natura-

lidad desciende en ellas por bajo del nivel que permite la frase poética. Para ellos invocaré el ejemplo de Juan Rufo Gutierrez, en una composicion de análogo objeto, y en una época en que la imitacion clásica esclavizaba harto más que hoy las leyes del buen gusto: para los hombres de sentimiento, sobre todo si son padres, no es necesario justificar lo que, léjos de ser un defecto, constituye la mayor belleza de que es susceptible este poco cultivado género. Como el Jurado de Córdoba, De Gabriel eleva con maestría y sin violencia el tono de su composicion; y la que empieza sencillo y candoroso desahogo del amor de padre, concluye profunda y filosófica leccion de Moral religiosa y social.

Tiempo es ya de tratar de las Poesías políticas y sociales del autor, que caracterizan al hombre público, como las que acabo de analizar caracterizan al hombre privado, retratando al fiel creyente, al buen esposo, al hijo y padre cariñoso y tierno. D. Fernando de Gabriel es siempre en ellas español ántes que todo; monárquico leal y entusiasta, pero sin que jamás se confundan sus varoniles acentos con los de la adu-

lacion; aristócrata de convicciones como de sangre, mas sin que aparezca nunca en sus palabras idéa alguna de jactáncia, ni ménos de desden hácia otras clases. Amante de la tradicion, no aspira, sin embargo, á inmovilizar la Humanidad, á reproducir en la práctica formas sociales antíguas y envejecidas, á copiar servilmente instituciones que pasaron; ni mucho ménos confunde en un fanático anatema todas las creaciones de los siglos modernos, todas las nuevas fórmulas prácticas á que han dado orígen nuevos tiempos y nuevas necesidades; no niega el progreso, aspira sólo á que éste acepte como punto de partida lo pasado, y lo armonice, sin destruirlo, con las aspiraciones de lo porvenir: bellísima utópia, que acaso es posible en los Paises que, como Inglaterra, no han roto nunca por completo la escala de la tradicion; pero que difícilmente, á mi entender, aspirarán á realizar los Pueblos Latinos, que en pleno siglo XIX están por desgracia ménos adelantados en prácticas de ordenada libertad, que lo estuvieron la Monarquía Constitucional de la Dinastía de Trastamara, y las Repúblicas de Génova y de Floréncia. Justo

es, sin embargo, apreciar una aspiracion generosa, aunque se gradúe con dolor de no muy realizable, y no confundir bajo el comun epíteto de reaccionarios á todos los que no entienden la libertad á la francesa, como, con más vehemencia que equidad, se acostumbra en el campo de la discusion periodística.

Español ántes que todo, son las glórias nacionales las que con más entusiasmo hacen vibrar la lira de D. Fernando de Gabriel. Al felicitar á una ilustre Española por su elevacion al Trono de la Nacion vecina, recuerda que dos de los más grandes Monarcas franceses llevaron sangre española en sus venas; y quiere que el futuro Emperador se enorgullezca con la de Giron y de Guzman, tanto como con la del que elevó un Trono sobre los laureles de Lodi y de Arcola: al rendir merecido homenaje á las cristianas virtudes y eminentes prendas de los Infantes Duques de Montpensier, coloca en muy preferente lugar, entre sus títulos á la gratitud nacional, su celo por la restauracion de los monumentos de nuestras glórias tradicionales: la Capilla de Nuestra Señora de Valme, el Convento de la Rábi-

da, la Casa de Hernan Cortés: la despedida de un amigo, que cruza los mares en demanda de nuestras Antillas, le sirve de ocasion para recordar las glórias de Isabel la Católica y de los heróicos Conquistadores del Nuevo Mundo; saluda con efusion el despertar del Leon, cuando vé á nuestra Pátria preparar simultáneamente tres Expediciones en desagrávio de su bandera; y la Guerra de Africa, esa magnífica continuacion de la épica empresa de los siete siglos, que aplaudieron con delírio y vieron abortar con pena cuantos miran en las empresas políticas algo más que el dinero que cuestan y el que producen, le inspira acentos de poético entusiasmo en las octavas «A LA ENTRADA EN SEVILLA DEL REGIMIENTO DE LEON» y en los sonetos «A LA TOMA DE TETUAN», y «AL REGIMIENTO DE HÚSARES DE LA PRINCESA». En el soneto al «DOS DE MAYO», uno de los mejores del autor, á las nobles inspiraciones del patriotismo se enlazan las del justo orgullo que inspiran al Artillero los bien ganados timbres del distinguido Cuerpo á que pertenece; y el que lleva por título «GIBRALTAR» destila la profunda amargura, que todo co-

razon español siente, al ver violada la integridad del territorio nacional, por esa fortaleza, cáncer corrosivo de nuestra honra.

Pero los acentos más calurosos que el patriotismo inspira á De Gabriel, son aquellos en que defiende á su País de los cargos, que la magistral ligereza de muchos Extranjeros, y la intoleráncia de no pocos Nacionales acumulan sobre la Sociedad Española de los siglos pasados, representándola como un convento tenebroso, regido por el miedo, bajo el látigo de un déspota y de un inquisidor. Tan falsa pintura, que haría reir, si no indignara, á los que han estudiado la História algo más que en los folletos y en las novelas francesas, es digna y virilmente rechazada por el autor en multiplicados pasages de sus Poesías; en que acaso prodiga á su vez la admiracion y el elógio á épocas, que, si no fueron tales como sus detractores las retratan, distan de merecer, en mi júicio, todo el ditirámbico entusiasmo que inspiran á De Gabriel; no pudiendo tomarse en absoluto como el mejor termómetro del estado social el progreso de las Letras y de las Artes, que, siguiendo en su desarrollo el impulso comu-

nicado por épocas de libertad y de verdadera grandeza, suelen venir á iluminar con sus más vivos resplandores el princípio de todas las decadéncias, y á cubrir por algun tiempo con su espléndido manto la gangrena social, brillando en todo su apogéo con Perícles, cuando declinaban todas las virtudes políticas en Grécia; con Augusto, cuando la inmoralidad romana oscurecía las torpezas de Pentápolis y la servil afeminacion de Babilónia; con los Médicis, cuando las libertades italianas agonizaban y el sentimiento cristiano padecía su más peligroso eclipse; y con Luis XIV, cuando el Cetro de San Luis rodaba en los *boudoirs* de insolentes Favoritas: sin que por esto séa mi propósito comparar con estas épocas, y ménos que todo con la última, á la España de los Monarcas Austriacos, cuya decadéncia, de otro órden en verdad, no coincidió por cierto con el siglo de Garci-Lasso, de los Luises de Leon y de Granada, de los Herreras y Argensólas, de Moráles, de Mariana, de Ercilla, de Lope y de Cervántes, aunque bien sí la alcanzáran Calderon y Murillo, y aun Moreto y Velázquez.

Pero si para el autor de estos renglones, ni la glória militar en que ahogó la Monarquía Austriaca el recuerdo de las libertades nacionales sofocadas, ni los triunfos literários y artísticos que la acompañaron, son una compensacion suficiente del extravío que la civilizacion española sufrió de su natural, legítima y genuina direccion, desde que le imprimió su impulso personal, lanzándola en las aventuras de la Política Européa, el César de Gante; no por eso es ménos cierto, que los juicios históricos del Poeta que comento, se aproximan harto más á la imparcialidad del critério histórico, que las amargas censuras, apoyadas por lo comun en falsas generalidades, que en coro entonan contra la Dinastía Austro-Española los Franceses, á quienes humilló, y los Protestantes, á quienes combatió, y de que se hace eco cierto Liberalismo intolerante, que no comprende que el espíritu nacional y la opinion pública de la España del siglo XVI son solidariamente responsables de todos los hechos de aquella Monarquía, y que Felipe III al expulsar á los Moriscos, y aun Felipe II, al sofocar con ruda mano la Heregía, hubieran podido decir, pa-

rodiando anticipadamente una frase célebre: «*Cúmplase la voluntad nacional.*»

En la poesía dedicada á D. José Fernández-Espino, De Gabriel toma ocasion de las altas funciones del magistério, que su amigo dignamente ejerce, para pedir que no se adulteren los hechos, que no se desnaturalicen las nociones históricas, ni se extravíen los sentimientos de las nuevas generaciones, enseñándolas á renegar de las que las precedieron, sin estudiarlas y sin conocerlas, y revuélvese luego en viril indignacion contra los Pueblos, que censurando con envidiosa exageracion errores é imperfecciones, de que ninguna Civilizacion está exenta, afectan olvidar las nobles víctimas que los adúlteros caprichos de Enrique VIII, mal disfrazados con capa de religion, sacrificaron en los patíbulos de Inglaterra; las que espiraron en las hogueras de Ginebra, por haber tomado por lo sério la libertad de conciencia, tan proclamada por los fundadores del Protestantismo; los horrores en que Calvinistas y Católicos rivalizaron en la guerra civil de las Cevénnas; y más recientemente las sangrientas hecatombes que humearon ante los altares

de la Diosa Razon. Así tambien en las magníficas octavas, «A LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DE MURILLO», devuelve á Quintana, con oportuna antífrasis, los denigrantes versos que en un arranque hiperbólico de política intoleráncia arrojó contra el grandioso Monumento de Herrera, estigmatizando con suprema injustícia al grande Artista, que nunca hubiera debido negar su cooperacion para elevar un Templo al Dios verdadero, y un padron de glória á las armas victoriosas de su Pátria, aun cuando el Rey que solicitara el concurso de sus talentos, hubiera sido en realidad el más infame de los hombres, suposicion que De Gabriel combate en sus notas, con la autoridad de nombres, no ménos ilustres en la historia del Liberalismo contemporáneo, que el del laureado poeta.

El mismo espíritu de política toleráncia y de justícia, que hace á De Gabriel confesar explícitamente, que errores y extravíos pudieron deslustrar las más brillantes fases de nuestra História, como deslustran todo aquello que es obra de la espontaneidad humana, y como tal, manifestacion de la actividad de un sér imperfecto, modera las

aristocráticas convicciones y sentimientos, que la tradicion de raza ha comunicado á este poeta; y si en el soneto «A LAS CUATRO ÓRDENES MILITARES», fidelísimo retrato de éstas por otra parte, infiere de las glórias de una institucion que correspondía admirablemente á las necesidades de otra época, un augúrio de perpetuidad, que nuevas aspiraciones y nuevas condiciones sociales no cumplirán probablemente, y si en otros muchos pasages de sus Poesías destella el legítimo, y, en sus lábios, nunca ofensivo orgullo por los claros hechos de sus antepasados (sentimiento harto natural, y que en los hombres y en los pueblos que profesan el culto de la família, se abre paso aún en medio de las más democráticas instituciones), y el deséo de que las clases privilegiadas por la tradicion conserven este mismo privilégio mostrándose dignas de él y marchando á la cabeza de todo adelanto social; tambien el entusiasmo por los triunfos literários de un amigo, le hace exclamar, tan noble como espontáneamente, que es mayor la glória de quien sólo se debe á sí mismo educacion, ciencia y honores, que la de aquel á quien levantan desde la infán-

cia sobre un pedestal, méritos de pasadas generaciones; confesion digna de un Caballero español, de un hijo de este País, donde los privilegiados del nacimiento han abierto siempre sus filas al génio y al heroismo, desde el piloto de oscura extraccion que fué gran Almirante de las flotas de Isabel la Católica, hasta el Soldado de fortuna que en nuestros días se ha sentado en las gradas del Trono; confesion equivalente á la feliz frase del General de la República Francesa, que decía á un Noble de antigua raza: «*Je suis un ancêtre*»; y que contrasta con la repugnante inconsecuéncia, con que en el calor de la contienda política, y por hombres que hacen alarde de profesar princípios de igualdad social, se arroja á la frente del adversário la humildad de su orígen, y se ha arrojado á la del mismo literato á quien De Gabriel ensalza, el recuerdo de la modesta profesion en que pasó su primera juventud, como una depresion, si no como una injúria.

Así tambien, elevándose á grande altura sobre el mezquino y apasionado critério de nuestros hombres de Partido, que si son amigos de la Revolucion llaman *bandole-*

ros á los defensores de la Autonomía napolitana, que Proudhon reconoce, y si partidários de la Autoridad á todo trance, se atreven á defender la legitimidad de las consecuencias de los impíos Tratados de San Petersburgo y de Campo-Fórmio, De Gabriel expresa en sus versos la más ardiente y justa simpatía por la causa de la infeliz Polónia, de esa heróica Nacion, que reune en una misma bandera la defensa de su Católica Religion y de su injustamente aherrojada Independéncia; á cuya lucha han llamado prolongado martírio los Sucesores de San Pedro; y á quien no se concibe que tengan valor de escarnecer, ni aun de tratar con indiferéncia, Escritores españoles cuyo entusiasmo no reconoce límites cuando aluden á nuestra guerra contra Napoleon, no más santa ni más justa, por ser más afortunada.

Entrando con tan nobles idéas, con tanta buena fé y con tan vírgenes sentimientos en el estádio de la Política militante, donde, como Representante del País, hubo, no ha mucho, de penetrar, ¡cuánto ha debido sufrir D. Fernando de Gabriel! La ardiente lucha de los Partidos hubiérale tal vez brin-

dado entusiasmo y atractivos en 1812, en 1820 ó en 1837, cuando bien definidas las banderas políticas, vigorosamente organizadas las parcialidades, cada una con un símbolo venerado, con fé y con abnegacion, se combatía, no sólo por el mando, sino más especialmente por imprimir á la marcha social el impulso de las propias idéas. Pero le ha tocado, por desgrácia, tomar asiento por primera vez en el Santuário de las Leyes en una época de desorganizacion política y descreimiento: cuando retraidos de la lucha legal los Partidos radicales, y alguno cuyas tendencias no se definen hoy con entera claridad, el combate versa ménos sobre princípios, que sobre cuestiones de aplicacion práctica, y sobre personalidades; á la noble y fecunda discusion de las idéas ha visto sustituirse una triste reciprocidad de recriminaciones, por todos más ó ménos merecidas: y ha sentido oprimirse su corazon, y subir el rubor á su frente, al ver la inconsecuéncia y poca fé de grupos políticos, que proclaman siempre en la Oposicion lo que en el Poder jamás practican; la insultante osadía con que mútuamente se niegan, no sólo la sinceridad de sus con-

vicciones, sino hasta la probidad de sus procederes; y en fin, la cínica y degradante aritmética, con que recíprocamente se ajustan, como prenda y motivo de sus actitudes ministeriales ú oposicionistas, los sueldos que ganaron ó perdieron en el último cámbio de Gabinete. Por eso, al sentir salpicar ese fango sobre su toga de Legislador, que aspira á legar á sus hijos tan pura y tan honrada como su militar uniforme y como la venera que lo esmalta, tradicional insígnia del Honor castellano, exhaló una sentida queja en el romance «A FERNAN CABALLERO», amarga á la vez que generosa inspiracion de su primera campaña política.

Aún hay en el alma de D. Fernando de Gabriel, despues de la fé religiosa, del amor de la família, del patriotismo, y de las políticas convicciones, otro sentimiento enérgico y profundo, que no podía ménos de inspirarle un canto de entusiásmo: el amor de la glória. Militar y poeta, ha de simpatizar con la doble emulacion de los que han seguido con igual fortuna las banderas de Marte y las de Apolo; brillante pléyada, que en nuestro País, esencialmente idealista, y sobre todo en la época de exaltacion,

que iniciaron los caballerescos tornéos de la Vega de Granada y de los pantanos de Barletta, y los milagros del génio de Colon, Gonzalo de Córdoba, Cortés y Pizarro, comprende casi el mayor número de los nombres ilustres del Pindo castellano. Por eso en la epístola «AL MARQUÉS DE CASA-ARIZON», con erudita oportunidad y legítima complacéncia recuerda ese estrecho maridage de las Armas y de las Letras españolas, agrupando con tino las más realzadas figuras de tan gloriosa falange; caracterizando con rara destreza, en breves y poéticas frases, tan adecuadas, como distantes de la confusion y de la monotonía, difíciles de evitar en la repeticion de parecidas circunstáncias, el vário génio de los grandes Maestros de la Lírica, del Drama, de la Epopeya y de la Novela española; y tributando luego el merecido honor á los que hasta nuestros días han continuado enlazando el laurel del Guerrero al del Poeta; número entre el cual casi rehusa colocarse, con una modéstia, que bastarían á calificar de injusta los brillantes períodos en que, al expresarla, recuerda las glórias de su família y de su ciudad natal. Y á propósito de esta poesía,

séame permitido consignar aquí, como un nuevo y justo homenage al espíritu de verdadera toleráncia que reina en las poesías, como en el carácter, de D. Fernando de Gabriel, que entre los que se proclaman apóstoles de esa virtud, no habría muchos que aludiesen á los hechos de armas de un soldado de Bessieres ó del Siete de Julio, con la frase benévola y hasta simpática que el nieto de un Virey y el hijo de un Gobernador militar y político del antiguo régimen empléa para recordar el bautismo de sangre del compañero de Chapalangarra.

Hasta aquí he considerado las Poesías que contiene este Libro, casi exclusivamente bajo el punto de vista del pensamiento que entrañan. Hora es de decir algo de la forma; que si no constituye todo el Arte, como erradamente juzgan algunas Escuelas críticas, es por lo ménos su sello distintivo, y lo que separa sus obras de las lucubraciones puramente intelectuales ó filosóficas; sin lo cual el Poema del Cid se consideraría superior á la Araucana, y el Brahm enroscado en círculo de algun relieve indostánico merecería la preferencia sobre el Apolo de Belvedere.

Severo y sóbrio de adornos, enérgico y conciso en la expresion, y aun violando á sabiendas ciertos preceptos secundários de la eufonía, por más que sólo raras y justificadas veces y sin que por esto deje de ser siempre castizo, correcto y puro en su lenguaje, manifiesta De Gabriel en las poesías en que domina un elevado pensamiento religioso, moral ó político, la justa preferéncia que en semejantes asuntos han dado al fondo sobre ciertos accidentes de la forma nuestros mejores clásicos (*); pero demuestra bien que tal proceder nace exclusiva-

(*) Para que no se créa arbitraria mi afirmacion, quiero citar algunos ejemplos, y no necesito buscarlos fuera de las poesías más conocidas, y que andan en manos de todos. En la cancion de Herrera á la batalla de Lepanto, al fin de la primera estáncia, hay cinco versos seguidos asonantados, cosa que por cierto no se consentiría hoy á ningun poeta digno de este nombre: versos tan duros y llenos de sílabas que se chocan como estos:

Que tanto ódio te tiene, en nuestro estrago,

. . . . . .

Temerá el fuego y la asta violenta
Y el humo subirá á la luz del cielo.

En la cancion de L. de Argensola á la Canonizacion de San Diego, una CADENCIA SEMEJANTE, tan ridícula como esta:

Por contemplar las ARAS de ORO ricas.

La silva moral de Lope de Vega, titulada El Siglo de Oro, con-

mente de su resolucion de no sacrificar nunca la claridad, exactitud y fuerza de la idéa á otras consideraciones de menor importáncia, por la riqueza y galanura de la frase poética, la propiedad y brillantez de las imágenes, y el número y cadéncia de la versificacion, que avaloran especialmente aquellas poesías, en que el autor, ménos obligado á sujetarse á la índole filosófica y austéra del asunto, es más dueño de la composicion de sus cuadros, y de la rotundidad y armonía de sus períodos.

¿Qué pintura más realzada y brillante puede trazarse del Arte español en su apogéo, qué más ardiente y ditirámbica apoteósis del génio del que con razon se llama el Pintor del Cielo, que las primeras estrofas de la oda «A MURILLO»; ni qué mayor esfuerzo cabe de la imaginacion poética, que el que luce en las últimas octavas de la misma, transformando en interesante palenque

cluye con este endecasílabo, cuyos acentos no pueden estar peor repartidos:

Subióse en hombros de sí misma al cielo, &, &.

¿Creeráse que el oido de tan eminentes poetas no les avisó estos descuidos? Conociéronlos sin duda, pero los tuvieron por menor mal, que desfigurar ó atormentar la expresion de su pensamiento.

de dramáticas emociones la vulgar escena de una ventá en pública subasta? ¿Qué modelo más acabado de poesía descriptiva que el romance «A UN AMIGO CON MOTIVO DE SU PARTIDA DEL CASTILLO DE GIGONZA», en que se retrata con pintoresca verdad la rica meridional vegetacion de las dehesas andaluzas, sus variados efectos de naturaleza silvestre y cultivada, sus acres aromas, y sus misteriosas armonías; y en que recuerdos históricos y pinceladas de costumbres, sóbria y hábilmente distribuidas, vienen á animar y dar carácter al paisaje, como figuras esparcidas en un lienzo por la mano maestra de Salvator Rosa ó del Poussino? ¿Qué cuadro más ideal, qué representacion más viva de la brillante fantasmagoría con que la imaginacion, excitada por el doble poder de la juventud y del amor, engalana y transforma la naturaleza material, que las primeras estáncias de la poesía «EN LAS MÁRGENES DEL GUADALQUIVIR»? Y en fin, ¿quién ha retratado las inocentes grácias, los sencillos encantos de la infáncia, con tan perfecta naturalidad, y con tan sentida ternura, como De Gabriel en el romance á su hijo GONZALO?

Si en vez de un Prólogo, escribiese estos renglones para analizar en un Periódico literario las Poesías de D. Fernando de Gabriel, y dar idéa de su mérito á quien no las tuviese ante la vista, no los terminaría sin citar algunas de las más felices inspiraciones y de los más armoniosos versos de este Poeta, y para ello tendría que transcribir casi enteras las cuatro poesías que acabo de citar, no ménos que las dedicadas «A EUGENIA DE GUZMAN», «AL MARQUÉS DE CASA-ARIZON» y «A D.ª CATALINA DE ARIZON», á «DOS HIJOS DE REYES», «A D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO», «A D. TOMÁS DE REINA», «A POLÓNIA», y los sonetos «A LA FIESTA DE LA EUCARISTÍA», «A GIBRALTAR», «DOS DE MAYO», «A LAS CUATRO ÓRDENES MILITARES» y «A MI DULCE COMPAÑERA». Pero ¿á qué desparramar aquí algunas flores, que parecerán mejor en el ramillete en que su autor las ha agrupado? Sobrado tiempo he entretenido la justa impaciencia del lector en el vestíbulo del artístico Monumento: dejémosle ya penetrar en él, y admirar por sí mismo sus bellezas [1].

L. S. HUIDOBRO.

EPÍSTOLAS.

LA ESPADA Y LA LIRA[2].

AL CORONEL MARQUÉS DE CASA ARIZON,

EXCITÁNDOLE AL EJERCICIO DE LA POESÍA.

Que nunca la lanza embotó la pluma,
ni la pluma la lanza.

Cervántes.

I.

Oh tú, caro Marqués, en quien la llama
Del entusiasmo brilla,
Y cuyo pecho inflama
Vivo amor á las Letras, ¿no es mancilla
Que, cuando el cielo en tí preciosos dones
Blando derrama, y la encantada orilla
Huellas del Bétis, en acordes sones
Tu voz no dés á la region del viento?
¿Por qué, dócil tu lábio,
No ha de alzar del Empíreo al alto asiento
De los héroes las ínclitas acciones?
¿Por qué, en sonoro acento,
De la virtud no cantas la grandeza,
La tierna vírgen que de amor suspira,
Del bosque y la llanura la belleza?

¿Acaso temes que la ebúrnea Lira
Niegue sus tonos á tu armada mano,
O que, si al Númen cedes que te inspira,
El de la Guerra esquive,
A tu brazo, su esfuerzo soberano?

Jamás, oh amigo, tan injusta idéa
Tu mente abrigue; en el Ibero Pindo
Nunca ostentó la claridad Febéa
Más puro el ígneo rayo
Que al rudo estruendo de marcial peléa!

II.

¡Oh vosotros, Guerreros, que en la cumbre
Del Parnaso inmortal alzáis la frente,
No vuestro brillo fúlgido deslumbre
Mis débiles miradas,
É inspirando benévolos mi mente
Dadme que en nobles Himnos
Vuestras glórias ensalce reverente!

III.

Allí, ¡oh Marqués! el de Aragon orgullo,
JÁIME EL CONQUISTADOR, el no vencido,
Entona dulcemente

Plácidas Trovas, del Amor herido;
Y el que reinó en Castilla,
DÉCIMO ALFONSO, de renombre excelso,
Sábio Monarca, desgraciado Padre,
Al lado muestra del laüd doliente
La espada sin mancilla.

Allí tambien el que á la Gente Mora,
Bravo INFANTE DON JUAN, humilló fiero,
Pulsa la blanda cítara sonora,
Siempre ceñido el toledano acero;
Y el CANCILLER AYALA, del *Rimado*
De Palácio escritor exclarecido,
Cronista al par severo
De Don Pedro el Temido;
Y el heróico DON ALVARO DE LUNA,
Que, del Rey Juan Segundo gran Privado,
De la inconstáncia fué de la Fortuna
Ejemplo atroz, muriendo degollado.

Allí MANRIQUE, en varonil querella,
Del Padre insigne llora el desdichado
Fin ejemplar, y Cántiga más bella,
Respirando mayor Filosofía,
Nunca dejó tan peregrina huella.
Lidiando como bueno,
¡Cuál en su sangre un día,
Al exhalar el último suspiro,
Las Endechas ternísimas teñía!

Mira no léjos la gigante sombra
Serena alzarse del varon preclaro
Que aún SANTILLANA prosternada nombra,
Y es á su extirpe generosa caro;
Del que entre lides y cuidados graves
Restauró la Española Poësía,
Y en risueña pradera
Cantó *de Finojosa la Vaquera.*

Ántes öido presta al sin ventura
MACÍAS, el Doncel enamorado,
A quien muerte crüel, de aguda lanza
Al golpe inesperado,
Cantando de su amor la malandanza,
Sorprendió en la prision, aun dando al viento
El nombre de su Dama y su esperanza.

DE BÁTRES al SEÑOR luego contempla,
Y en la paz y en la guerra vé cuál templa,
Las Letras cultivando
Y remembranza eterna conquistando,
Del Mundo los rigores,
De la Córte falaz los sinsabores.

Y escucha al buen FEBRER, del pueblo ámado;
A CARVAJAL, á ESTÚÑIGA animoso;
A QUÁDROS, como pocos celebrado;
Al REY CEREMONIOSO;
A SANDOVAL, MONCAYO, SESSÉ, URRÉA,

Claros en el trovar y en la peléa;
Al gran LÚLIO, el *Doctor Iluminado;*
Y á ÁUSIAS MARCH, cuyo brazo y cuyo acento
Tanto le elevan, entre Vates ciento
De esta y de la otra parte
Del Ebro no domado,
Que en verso al rojo Apolo está igualado
Y en armas está al par del fiero Marte.

Del QUINTO ALFONSO DE ARAGON glorioso,
Del magnánimo Rey, que Itália viera,
Clemente y victorioso,
Al aire desplegando su bandera
En Nápoles, Cerdeña y Lombardía,
Oye tambien la Cántiga hechicera.

IV.

Mas ¿qué súbita luz ofusca el día?...
¿Es de Celeste Coro el lampo ardiente
O fíngelo quizás mi fantasía?...
¡En nueva lumbre inflámase el Parnaso!
¡Allí ERCILLA y CERVÁNTES, allí LOPE,
CALDERON, GARCI-LASSO!...
¡Oh de glória y honor Astros radiantes,
Para cantar vuestra eternal grandeza
No halla mi léngua términos bastantes!

¡Cómo decir la cándida dulzura
De tus versos, oh LASSO,
De belleza dechado y de ternura!
¡Cuál de Vïena en el cercado muro,
Cuál en la Pátria de Petrarca y Tasso,
Tomando ora la espada, ora la pluma,
Te abriste al Templo de Memória paso!
Duelo profundo el corazon abruma
Del gran Emperador, tu heróica muerte
Al contemplar, y, de sus justas iras
En vengativo alarde,
Del audaz enemigo arrasa el Fuerte,
Y dá á sus defensores
La que te cupo á tí sangrienta suerte.

¡Ni cómo, oh LOPE, que en edad florida,
Del Ponto contrastando los furores,
El arcabuz llevaste en la temida
Flota del gran Filipo,
Cantaré dignamente tus loores!
¡Cómo podré la innumerable suma,
El fácil verso, las discretas Damas,
Puras y bellas cual la nívea espuma,
De tus Comédias celebrar, si inflamas
En tan vivo entusiasmo el pecho mío
Que, absorto y reverente,
Oh Crëador de la Española Escena,
No el lábio expresa lo que el alma siente!

¡Ni qué decir de tu fecunda vena,
Gran CALDERON, de Caballeros guía,
De las Armas honor, si el Mundo llena
De tu nombre la Fama, y no sería
Buen Español, ni honrado,
Quien no amase en tus versos tu hidalguía!

¿Y de tí, gran portento,
Que en medio de las Armas y aspereza,
No en seguro secreto regalado,
De la homérica trompa la grandeza
Conseguiste emular? Jamás ¡oh ERCILLA!
Nadie más árduo empeño
Vió de más pura glória coronado.
¡Cuál en tus cantos, honra de Castilla,
De profunda Moral, de alto Gobierno,
La excelsa llama esplendorosa brilla!

¿Y á tí, de ardiente inspiracion en alas
Podré cantarte, oh MANCO DE LEPANTO,
Cuando tu nombre universal, eterno,
El Mundo admira con respeto santo,
Y la Española História
Ansiosa escribe en tablas de diamante?...
¡No de mi inhábil lira el vuelo es tanto!...

¡Donde con alta de Soldados glória,
Y con própio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la vitória.

Así cantaste, de Don Juan el triunfo
Al recordar, ¡oh Autor de *Don Quijote!*
¡Tiempos aquellos en que el Orbe estrecho
Era á nuestro poder, y duro azote
De la Barbárie y la Mentira, España!
Fé viva, Pátrio Amor nos cupo en dote,
Y una tras otra gigantesca hazaña
A su impulso nació. ¡Y hora podría
La que triunfó de la Agarena saña,
Católica Bandera,
Al aire tremolar allá en Turquía! (3)
Su benéfica lumbre
Antes niéguete el Sol ¡oh Pátria mía!
Que de la Enseña de Mahoma impura
Brille al lado la Cruz de tus Pendones.
¡Nunca á tanto te obligue suerte dura!

V.

Ni sólo estos varones,
Que entre los más famosos cuenta el Mundo,
De en medio de guerreros Escuadrones
Himnos alzaron con ardor fecundo.
Dignos tambien de perenal memória
Otros nacer miró la Madre España
Que, del cañon al eco tremebundo,
Vencer supieron en feral combate,

Y ornar luego sus sienes
Con la corona que sublima al Vate.

Tal Boscan, en quien late
El fuego que con vivos resplandores
Destelló en Garci-Lasso; el gran Mendoza,
Diplomático, Prócer, Estadista,
Y que, de Historiador y Novelista,
Al par que de Poëta,
Láuro inmortal conquista;
El Capitan Aldana,
Víctima de su esfuerzo en lid insana;
Figueróa y Acuña, á quien *Divinos*
Unánimes llamáron
Cuantos sus dulces rimas escucháron;
El rondeño Espinel, que la guitarra
Perfeccionó, y la *Décima* expresiva;
Alcázar, cuya cítara festiva
Siempre de quien la escucha es regocijo;
El veraz Castellanos,
De los *Varones* ínclitos *Indianos*
Exímio historiador, de Alanís hijo.

Tal quien de *Aminta* á un tiempo, y la *Farsália*
Tanto supo apropiarse la belleza,
Que los nobles Idiomas
Del Lácio antiguo y la moderna Itália,
En sus versos admiran
Del Español Lenguaje la grandeza;

GUILLEN DE CASTRO, que del *Cid* valiente
Cantó las *Mocedades*,
Y una y otra magnífica proëza,
Con estro prepotente;
ZÁRATE, de la *Cruz* cantor rendido;
Y el que del *Monserrate*
La sacra tradicion tornó en Poëma,
CRISTÓBAL DE VIRUÉS, del Túria Vate;
ARGOTE DE MOLINA,
A quien debe la Bética Nobleza
Su história peregrina;
GUTIERRE DE CETINA,
Que unos ojos cantando,
A él fieros é iracundos,
Aunque *claros*, *serenos*,
Fama alcanzó de bueno entre los buenos.

Tal ARTIEDA, no siempre *Artemidoro*,
Y que en la Pátria Escena fué quien ántes
Que otro escritor alguno
Presentó *de Teruel* á *los Amantes;*
El Cuatralbo CARRILLO,
Por la Muerte á deshora arrebatado
Cuando más era de su ingénio el brillo;
MONTEMAYOR, amante infortunado,
Autor de *La Dïana*,
Que, Portugués, ayuda á Castillejo
A defender la Rima Castellana;
MELO, honor en los Tércios Españoles

De la Region de Luso;
García de Salcedo,
Comentador de Góngora confuso;
El Conde ilustre aquel de Rebolledo,
Que del *Casal* enrojeció los campos
Con sangre de sus venas,
Y que en las *Selvas Dánicas* amenas,
Y en sus ócios, los suyos escribiendo
Y los Sagrados Libros traduciendo,
Dió tregua á cien campañas, de honor llenas;
De Esquilache el gran Príncipe, que Lima
Aclamó su Virey, y que la Rima
Sagrada y la profana, con fortuna,
En su sonante lira diestro adúna.

Tal Cañizáres, que las huellas supo
De Calderon seguir, y á quien, festivo,
Ser á más precursor de Breton cupo;
Y tal, en fin, el Capitan Coplero (4),
Cuatro veces herido en *Campo Santo*,
Y cuya fácil y castiza frase
Chiste avalora tanto.

Otros y otros aún; mas fuera vana
Empresa enumerarlos: de la Guerra
La dulce Poësía
Mostróse siempre en nuestro suelo hermana.

VI.

¡Oh Portugal! ¿Por qué, rasgando el seno
De la Pátria comun, de fúria lleno,
Con daño de ella y tuyo
Enflaqueciendo tu poder y el suyo,
De España, que es tu Madre, te apartaste,
Y en las Britanas redes te enlazaste?

¡Cuán distinta tu suerte y nuestra suerte,
Nación cuán grande y fuerte
En nuestros sacros lindes se alzaría,
Si, del extremo Tajo al Pirinéo,
Tan sólo el mundo viera,
Un cetro, y *un altar*, y *una bandera!*

¡Y cuál me fuera dado
Entónces á uno y otro gran soldado
Aquí conmemorar! ¡Ah ¡quién primero
Entre ellos, y entre todos
Los hijos de la Guerra,
De las Musas al par hijos queridos,
Que el épico Camöens, cuyo acero
Brilló esplendente en la region Indiana,
Y cuya noble sangre
Antes corrió abundosa en la Africana!

VII.

Ahora, oh Marqués, de nuevo
Torna los ojos al Parnaso Hispano,
Que, en tiempo de nosotros ya cercano,
El acento sonoro
De CADALSO y del CONDE DE NOROÑA,
Muerto con glória aquel ante la enhiesta
Roca baldón de España; del decoro
Pátrio Adalid estotro allá en *San Payo*,
Grato se escucha en el Castálio Coro.

De VÁRGAS PONCE, BEÑA y MOR DE FUÉNTES;
De un nuevo VIRÜÉS, de CAMPO-ALANGE;
Del Narrador insigne de la história
De los que osados descubrieran Mundos
Para honra suya y en Hispana glória;
Y del que, sábio, el Cielo contemplaba
Y su ciéncia en sus versos revelaba,
Aún resuena en el viento
El acordado, plácido concento.

Aún de ARRÏAZA la armoniosa lira,
De augusta palma y de ciprés ornada,
Ora en voz de victória,
Ora bañada en llanto,
Suena de Amor de Pátria al fuego santo.

Aún puebla el aire leve,
Del que pintó la célica pureza
De la infeliz *Elvira*, y la fiereza
De *Montemar* impía,
Digno rival de Byron, la potente
Voz de amargura llena; y en su frente
Resplandeció del Guardia el férreo casco,
Y ántes le vió el riscoso Pirinéo
Pulsar la ardiente cítara enlutada,
Del trueno al ronco son y del torrente,
A un lado rota la novel *espada*.

Resuena todavía
El acento ya blando, ya severo,
Del Prócer inspirado
Que el nombre vindicó del Rey Prudente;
Del Duque ilustre, que del pátrio Estado
Sólo pudo salvar un noble acero (5).

VIII.

Mira, en fin, lo presente,
Y en torno tuyo encontrarás Poëtas
Que á serlo se educaron
Entre el fiero clamor de las trompetas.

Tal de *Bailén*, *D. Alvaro y Mudarra*
El egrégio Cantor, honra del Bétis,

Y que Vate Español por exceléncia,
De Cádiz á Navarra
Cuantos aman las Letras proclamáron;
Y un día contempláron
Tinto en su propia sangre, que *once heridas*
Mortales derramaban, los que España
En mal hora triunfantes vió en Ocaña,

Tal Breton, cuyas plácidas Comédias,
Por su ingenio y su chiste, siempre urbano,
Y el dominio admirable
Del espléndido Idioma Castellano,
Lugar le dan ingente
En el Tëatro Hispano.

Tal Pezuela, del Tasso y de Camöens,
Del Dante y de Arïosto
Admirador ferviente,
Y que á la Léngua nuestra
Verter con glória sabe
Una y otra del Arte obra mäestra;
Como tambien con glória, en lid reñida,
Supo verter impávido su sangre
De una y otra crüel, profunda herida.

Tal del *Simoun* y el *Tajo*, y de *Lañuela*
El autor y el poëta, que revela
Al par que el estro el meditar profundo,
Y que al célebre Autor del *Diablo Mundo*

Cariño mereció, como de hermano.
¡Recordarlo es nombrar á Ros de Olano!
¡Con honra suya cuánta,
Allá en *Mendigorría*,
Casi el postrer aliento despedía!

Tales tambien se muestran
REINA, ESCOSURA, SERRA, JUSTINIANO,
Cuyos nombres clarísimos la Fama
Solícita proclama;
De *El Trovador* el laurëado Vate;
MORA, BARALT, de perenal renombre;
BUZARÁN, JUAN DÏANA, HÚMARA, EULÁTE;
FERRER DE COUTO, PARDO DE LA CASTA,
CORRAL, que aventurero
La muerte busca en pueblo hoy extranjero;
MUNÁRRIZ, BOULIGNY, siempre festivos,
Mas nunca al bien ni al pundonor esquivos;
SAN ROMAN, GOIZÜETA, VALDEMORO [6];
El siempre melancólico CASTILLA;
CAUNEDO, BÁRRIOS, AMETLLER, TABOADA;
FERNÁNDEZ y GONZÁLEZ, que decoro
Y timbre es de Sevilla,
Al par que de Granada,
Y cuya voz, cantando al *Cid* y á *Acuña*,
De nadie fué igualada;
QUIROGA, mal herido
En fratricida lucha; PASTORFIDO,
RÜANO, PASARÓN, FLÓRES-ARÉNAS:

VIDART y NAVARRETE, en cuyos lábios
El bozo juvenil apunta apénas.

Tal aunque indigno, yo, que transcurrido
No bien un breve lustro
Del día, aún no lejano, en que mis ojos,
En las feraces márgenes serenas
Del manso Guadïana
Vieron la luz de la primer mañana,
Ya de la Veste militar ciñóme,
Y su entusiasmo férvido infundióme,
El noble Padre, que en el almo Cielo
Hoy para siempre mora.
El noble Padre, que, con raro celo,
Y diestra, al par que firme, bienhechora,
Las belígeras Haces juntamente
Y la Ciudad querida
Entonces gobernaba, dó la vida
Me dió amoroso, y dó tranquila yace,
En Agustino Templo,
Bajo marmórea losa blasonada,
De su bizarro Genitor (7) la yerta
Ceniza idolatrada.

La Ciudad que avaloran
MORÁLES EL DIVINO;
El Capitan insigne,
Que el Pacífico Mar halló el primero;
ALVARADO, GARAY, DOSMA, CEPEDA,

Y de mi caro Padre el caro hermano (8),
Heróico sin segundo y caballero,
Que en la orilla del Gébora cercano,
Antes que ver rendida la Bandera
Timbre y orgullo de la Gente Ibera,
Alta la ardiente espada,
En las filas Francesas penetrando,
La existencia á la Pátria consagrada
Dejó en sus aras, al morir lidiando.

IX.

Canta, pues, dulce Amigo, y no te asombre
Que al redoblar del atambor sonante
Se inflame del Soldado
El fuerte corazon, y arrebatado,
Su glória enalteciendo,
Ó el Amor ensalzando y la Belleza,
Del Pindo á la alta cumbre se levante,
Que el amor y la glória del Guerrero
Inspiráron tambien á Tasso, á Dante,
Al gran Virgílio, al inmortal Homero.

PATRIOTISMO!

Á D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ESPAÑOLA

DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA (9).

I.

Vanamente se afana
El que, surcando el Mar, la dicha busca,
Envuelta en oro, en la Region Indiana;
Y vanamente aquel á quien ofusca
De Honores y Poder el ánsia ciega,
Buscándola tambien, á ellos se entrega.
En más segura fuente,
De la própia conciéncia en el sosiégo,
Atento siempre al ruego
Del que, si nó su igual, nació su hermano;
De la familia en el hogar querido,
Ó en los nobles placeres embebido
Que al jóven y al anciano
El estúdio, del sábio apetecido,
Próvido dá con bienhechora mano,
Halla el hombre la paz, halla la calma
Supremo bien y aspiración del alma.

II.

De tan alta verdad, oh caro Amigo,
Tú ejemplo ofreces, que tranquilo vives
En la feliz, dorada medianía
Que el Lírico del Lácio cantó un día,
Y de viles pasiones al abrigo
Apláusos mil y admiracion recibes:
Ora cuando la cítara pulsando,
Á la region del viento
Gozoso dás el melodioso acento,
Timbre y honor de la inmortal Escuela
Que Rioja y Herrera fecundáron,
Y que Lista y Reinoso
De nuevo de su tumba suscitáron;
Ora cuando doctísimas lecciones
De tu lábio elocuente
Brotan, y al punto fíjanse en la mente,
Y grábanse en los tiernos corazones
De la estudiosa Juventud que acude
Al gran Gimnásio, de Sevilla glória.
Al gran Gimnásio en cuyas aulas dura
Eterna la memória
Del sábio, del insigne Árias Montano,
Blason de Extremadura,
Que en ellas fundamento

Dió á la pasmosa erudicion, que en Trento,
En Lóndres y Lovaina, Antuérpia y Roma,
Brilló con desusados resplandores,
Y del Monarca egrégio
Cuyo domínio el Sol no abandonaba,
La amistad le alcanzó, no los favores,
Que siempre su modéstia rehusaba.

III.

¡Grave mision y augusta
Es la del Docto á quien la Pátria fía
La inteligéncia dirigir de aquellos
Que, en no lejano día,
Serán su honor, su nérvio, su grandeza!
¡Oh, cuánto importa despertar en ellos
El santo amor á los Paternos Láres,
Y á los que el Nombre Hispano á tanta alteza
Un tiempo levantaron
Y en uno y otro Mundo dominaron!
¡Y cuánto precaverles
De que al mirar de España la alta História
Por extranjera mano adulterada,
De la celosa Envídia amäestrada,
Los hechos desconozcan más honrosos,
Y los Varones dignos de memória
Á sus ojos odiosos

Y con negros colores aparezcan,
Y opróbio en vez de apláuso les merezcan!

¡Imposible parece cómo viendo
Cuán falsamente extraños Escritores,
Del límpio honor de España detractores,
Los hechos, de que aún vive por testigo
Tanto esforzado actor, referir osan,
Haya quien por clarísimas verdades
Tome las que, al narrar de otras Edades
La insigne História nuestra,
Torpes calúmnias estampó su diestra! (10).

IV.

«¡La Inquisicion! ¡Felipe! ¡El Fanatismo!
»¡Del Nuevo Mundo la feroz Conquista!
»¡Del degradado Pueblo la ignoráncia!»
Estas las frases son que á un tiempo mismo
En Inglaterra y Fráncia,
En Alemánia y Flándes á porfía
Sirven de tema eterno al rudo embate
Con que á España combate
El Ódio nacional y la Heregía.

¿Y qué, decidme, vírgenes Naciones,
De todo error é intoleráncia exentas,
Jamás luchas crüentas,

Ni opuestas Religiones,
Vuestro suelo sublime ensangrentáron,
Ni vil supersticion, encono ciego
Vuestra impecable História deslustraron?

¡Oh sí, que sangre á ríos
En vuestros campos ven los ojos míos,
Y de CALVINO, y de ISABEL y ENRIQUE
Al terrífico acento
Alzarse miro hogueras y cadalsos
Y allí espirar á víctimas sin cuento!

Unida en tanto España
Fuerte, feliz, potente aparecía,
Y con gigante hazaña,
Por arrancarle un Mundo, el Mar rompía;
Y del Poder á la eminente cumbre,
Asombro siendo á la feudal Europa,
Fráile humilde elevaba;
Y la gran ISABEL, del Trono lumbre,
Leyes ántes dictaba
Del Índio amparo, admiracion del Sábio;
Y apénas puede el lábio
Los triunfos numerar con que brillaba
De FERNANDO, de CÁRLOS y FELIPE
En la gloriosa frente,
La augusta Dïadema más fulgente,
De más claro renombre
Que nunca dado fué ceñir al hombre.

V.

¡Tú, España, degradada! ¡Tú ignorante!
¡Tirano tú, y fanático, oh FELIPE!
Respondan, Pátria amada,
Tu altivez proverbial, y tu hidalguía
De nadie superada;
Respondan de París y el Orbe todo
Las áulas que regía
De tus hijos la ciéncia,
Y el anheloso afan con que del modo
Que ráudo el ciervo al manantial se lanza,
Inmensa muchedumbre á ellas corría,
De recibir sedienta su enseñanza.
Responda, en fin, el generoso arranque
Con que al sentirte herida en tu creéncia,
Tu honra, tu lëaltad, tu independéncia,
Te alzaste, ejemplo al Mundo, el *Dos de Mayo*,
Y al Galo fuiste de venganza rayo.

Responda, oh gran Monarca,
Por tí tambien la História,
Que, si grave y austero
Sus páginas te muestran, no altanero,
Ni fanático y déspota inhumano
En ellas apareces. No es tirano

Quien en justícia y paz rige y mantiene
El Ibérico suelo, cuando el Mundo
De lágrimas y sangre es mar profundo;
Quien la conciéncia tiene
De ser expresion fiel del sentimiento
Que al Pueblo suyo y á su Siglo anima;
Quien, al mérito atento,
En sus Consejos, con igual estima,
Al Prócer y al Plebeyo se complace
En dar lugar en encumbrado asiento;
Y á sus Ministros hace
Que en todo árduo litígio en que su nombre
Encuéntrese mezclado, y duda abriguen
De á quien mejor derecho galardona,
En contra suya fallen, sin reparo
Al brillo y al poder de su Corona.

No es fanático, no, quien enemigo
De la rüin supersticion mostróse;
Quien célebres Escuelas esmeróse
Munífico en fundar; y, ardiente amigo
De las Letras, en público Gimnásio
Las lecciones siguió de altos Mäestros,
Y protector del Sábio y el Artista
Su amor y su respeto al par conquista.
¡Fanático! ¿Por qué? ¿Por ser creyente?
¿Cuándo nunca sinónimas han sido
Palabras tan opuestas? Tanto diera
Cobarde apellidar al que es prudente,

Mal padre al buen GUZMAN, y temerário
Á quien de heróico aliento muestra hiciera (11).

¡España, Pátria mía! ¡Rey excelso!
Vuestra inmortal grandeza, el haber sido
De la Verdad impenetrable escudo,
Mision providencial así llenando,
Vuestro delito constituye infando.
Si errores cometísteis, si algo pudo
Un punto deslustrar la história vuestra,
No es mío defenderlo; mas ¿en dónde
Se encuentra la Nacion, dónde el Monarca,
El hombre sin defecto?
¿En dónde existe ese idëal perfecto?

VI.

Y no juzgues, oh Amigo,
Mi canto al escuchar, que ensalzo sólo
Lo ya pasado, y de la Edad presente
Eríjome en censor y en enemigo.

Hijo soy de mi Siglo, y con ardiente
Apláuso sus progresos y su ciéncia,
En cuanto tienen de admirable y recto,
Saluda alborozada la voz mía.
Pero duéleme ver cómo á porfía

Púgnase por borrar las tradiciones,
De los Siglos que fueron la alta glória
Y la sábia experiéncia, y enlazarlo
Al moderno adelanto útil contemplo.
Sólo así las Naciones
Se engrandecen, y viven en la História,
Y en ella sirven de perenne ejemplo.

¿Acaso la Edad nuestra,
Sin los esfuerzos y el saber unidos
De aquellas que del Mundo en la palestra
De precederla hubieron, se hallaría
Donde la vemos hoy? Nécio sería
Tal absurdo afirmar. Grácias, pues, demos
Á quienes nos legaron tal tesoro,
De más valor que el oro,
Y su recuerdo augusto conservemos.

VII.

Basta, caro Fernández;
Léjos de tí me lleva el entusiasmo
Que siempre en mí producen
Las Pátrias Glórias, de la mente pasmo.

Tú á quien tanto avaloran y en quien lucen
Prendas tan altas, del acento mío,

Del tuyo al lado desmayado y frío,
No has menester para excitar el santo
Amor de Pátria en tus alumnos fieles,
Cuando el sublime canto
De los egrégios Vates les revéles
Que ilustraron de España el claro nombre;
Y la profunda ciéncia con que al hombre
Nuevos rumbos abrieron,
Ó sabrosa lectura le ofrecieron,
Dándole al par altísima enseñanza,
Tanto y tanto Escritor como enriquecen
Su literária História y la enaltecen.

Taréa tan gloriosa
Sin desmayar prosigue, y melodiosa
Al par resuene tu vibrante lira
Que á lo bello y lo grande amor inspira;
Y el tiempo por venir siempre en tí véa,
Tu nombre al aclamar de Polo á Polo,
Cómo, del fráude y la ambicion y el dolo
Alejado mostrándote, le ofreces
Nuevo y constante ejemplo
De la dichosa vida que en el Lácio
Supo cantar y engrandecer Horácio.

HIMNO.

EN LA EXPECTACION
DE LA VÍRGEN MARÍA.

CORO.

Alcemos gozosos,
En álas del viento,
El férvido acento
Al Trono de Dios.
Suspenso ya el Mundo
Espera anhelante
El célico instante
Nunciado á Jacob.

I.

Cese, Isräel, tu quebranto,
Mira cercano el gran día
Que pondrá fin á tu llanto:
Ya del Espíritu Santo
La Grácia sintió María.

De la tierra orgullo y gala,
Vaso insigne de ventura
Que celeste aroma exhala,
Madre excelsa, Vírgen pura,
¡Qué placer al tuyo iguala!

¡Oh asombrosa maravilla!
En el regalado seno
De la Vírgen sin mancilla
Mora AQUEL á quien se humilla
De respeto el Orbe lleno.

¡Cuán grande, Señor, te ostentas!
¡Qué infinita es tu bondad!
Por la humana libertad
Tú, que en las nubes te asientas,
Ocultas tu Magestad!

CORO.

Alcemos gozosos,
En álas del viento,
El férvido acento
Al Trono de Dios.
Mirad á MARÍA
En glória bañada;
No así en la alborada
Brilló nunca el Sol.

II.

Madre Vírgen Soberana,
De los hombres Protectora,
De los Ángeles Señora,
Fuente viva, donde mana
Consuelo eterno al que llora;

¡Cuál te abrasa en llama pía
Del Señor el santo fuego!
¡Cuán inmensa es tu alegría!
Porque llegue el fausto día
¡Cuál á Dios alzas el ruego!

De tu amante Esposo al lado
Á Belén tu pié se mueve:
Allí ¡oh mengua! despiadado,
Por el Averno inspirado,
Os rechaza el pueblo aleve.

¡Oh Madre! ¡Oh gran Patrïarca!
Reprimid vuestro dolor.
Pronto os rendirán su amor
Desde el sencillo pastor
Al poderoso Monarca.

CORO.

Alcemos gozosos,
En álas del viento
El férvido acento
Al Trono de Dios.
¡Paz á los Humanos!
¡Glória en las Alturas!
¡Venid, Crïaturas,
En torno al Señor!

III.

Tiende el manto de zafiro
La augusta Noche estrellada;
La Luna en plácido giro
Dobla su luz nacarada,
Vaga del áura el suspiro.

Ya al humilde portal llega
La que ensalzan Tierra y Cielo;
Su dulce semblante riega
Llanto de gozo, despliega
En torno el Querub su vuelo.

Suena angélica armonía
Que difunde raudo el viento
Y el Cielo á la Tierra envía;
Rasga el alto Firmamento
Luz que envídia la del día.

¡Oh momento celestial!
¡Oh placer nunca sentido!
¡Oh Isräel, mira vencido
El negro Bando Infernál!
Libre estás: ¡Dios ha nacido!!...

CORO.

Alcémos gozosos,
En álas del viento
El férvido acento
Al Trono de Dios.
¡Paz á los Humanos!
¡Glória en las Alturas!
¡Venid, Crïaturas,
En torno al Señor!

ODAS Y CANCIONES.

A EUGENIA DE GUZMAN,

EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES,

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU ENLACE.

¡Oh hazaña del amor!. . . . . .
. . . . . .
. . . . . ¡Oh glória
no enturbiada con bárbaros despojos;
de angélica hermosura
pacífica victória
. . . . . .
M. CAÑETE.—ODA Á S. M. LA REINA.

¿Qué súbito clamor rasgando el viento
De París por el Orbe se derrama,
Y en sonorosos cantos
El nombre excelso de mi Pátria aclama?

¿Por qué del Templo en las ingentes naves
Sube el incienso á la Celeste Cumbre,
Y al pié del ara llega,
Con vivo afán, inmensa muchedumbre?

Hoy es, hoy el glorioso aniversário
De aquél día, de Amor claro troféo,
En que lució esplendente
La más preciada antorcha de Himenéo.

¡Día feliz, por siempre memorable,
Que de asombro y ternura el alma llena!
¡De su mágica aurora
No se turbe jamás la luz serena!

¡Cuál lo recuerdo! En imperial carroza,
Cercada en torno de Escuadron brillante,
Del cañon al estruendo
Y de la trompa bélica sonante,

Eugénia de Guzman, la blanca frente
En azahar y rosas coronada,
Pálido el bello rostro,
De Dios se acerca á la Mansion Sagrada.

El que del gran Napoleon renueva
El nombre y el Império soberano,
Á su lado aparece
Amoroso, feliz, cual nunca ufano.

Sólo la voz del corazon oyendo,
De la envídia á despecho y del encono,
Con la noble Española
Vá á compartir el tálamo y el trono.

Llegan al Templo: por dó quier resuena
En honda admiracion murmúrio blando,
De la trémula vírgen
La cándida hermosura contemplando.

Yo los ví, de rodillas ante el ara
Donde el Señor en magestad fulgura,
La coronada frente
En el polvo humillar; yo la ternura

Ví de la Madre, y la emocion sublime;
Yo del Prelado venerable el ruego,
Sobre ellos implorando
La bendicion de Dios en santo fuego.

Regocíjate ¡oh Fráncia! y al Empíreo
Alza en noble entusiasmo el digno acento,
Que hoy es para tí EUGÉNIA
Núncio de dichas y placer sin cuento.

No mi voz te lo dice: en tus Anales
Brilla, en fulgentes páginas de glória,
Del SANTO LUDOVICO,
Del VENCEDOR DE HOLANDA la memória.

Y cual la pura BLANCA DE CASTILLA,
Cual de FILIPO la animosa Hermana,
Vida y sustento al Sólio
Dará, en prole feliz, la hermosa Hispana (12).

Y tú, Princesa ilustre, en cuyo apláuso
Suenan las cuerdas de mi humilde lira,
No ya al süave impulso
De la santa Amistad, que el alma inspira;

No del afecto que me unió, guïadas,
Á tu deudo infeliz, síncero amigo
De mis años primeros,
Cuyo recuerdo plácido bendigo;

Sino cediendo al móvil generoso
De Pátrio Amor que el corazon inflama,
Hoy que tu claro nombre
Extranjera Nacion *Augusto* aclama,

Tú bondadosa acogerás los Himnos
Que del Bétis feraz al Sena envía,
En férvido arrebato
De tan sublime afecto el alma mía.

Y cuando el Rey de Reyes te conceda
Hijo en quien cifres tu mayor ventura,
Y en cuyo pecho alientes
Sacra virtud, indómita bravura;

Cuando en su tierno corazon derrames
Del alto Império la difícil ciéncia,
Y el caudal le anticipes,
Con sábio amor, de próvida experiéncia;

Cuando nutrido en la justícia otorgue
Prémio al Saber, corona al Ardimiento,
Y próspera su Pátria
Alce en su honor eterno Monumento,

Muéstrale de tu estirpe los blasones,
De Leivà el triunfo, de Girón la glória,
Y de Guzman el Bueno
El sacrificio y sin igual victória;

Haz que admirando tan heróicos timbres,
Que el lábio sellan de rugiente Saña,
Ufano de tu nombre,
Amiga llame con orgullo á España.

LE PHARE DE DIEU.

Á F.....

En Mer.

Quand deux fois je franchis la cime
De ces mers qu'aujourd'hui je sillonne sans toi,
Ah! j'emportais du moins mon trésor sur l'abîme,
Je te sentais auprès de moi.

Loin de la rive paternelle,
Vers le port de l'exil j'allais d'un cœur content;
Maintenant je vais seul, et seul Dieu, qui m'appelle,
Sait le nom du port qui m'attend.

Mais si Dieu le sait, que m'importe?
Vainement l'Océan se dresse en sa fureur,
Toujours plus haut encore, une main calme et forte
Tiendra le Phare du Seigneur.

Plus le flot ému se courrouce,
Plus le chemin s'emplit d'épouvante et de deuil;
Plus le Phare eternel monte, monte, et plus douce
Descend sa clarté sur l'ecueil.

EL FARO DE DIOS.

Á F.....

TRADUCCION DEL ORIGINAL FRANCÉS DE MR. A. DE LATOUR (13).

En el Mar.

Cuando una y otra vez surqué los Mares
Que hora cruzando voy léjos de tí,
Dábame aliento entre las fieras ondas
El verte ¡oh mi tesoro! junto á mí.

Gozoso entónces, de las pátrias costas
Al puerto del destierro navegué;
Hora sólo navego, y Dios tan sólo
Sabe á qué puerto al cabo arribaré.

Mas, sabiéndolo Dios, ¿qué temer puedo?
Hínchase en vano el Mar en su furor,
Siempre serena y fuerte amiga diestra
Sobre él tu Faro mantendrá, ¡oh Señor!

Cuando airadas las olas se embravecen
Y todo es duelo y angustioso afán,
Álzase más enhiesto el sacro Faro,
Y en el escollo sus fulgores dán.

Ceux que la main de l'homme allume
N'ont qu'un pâle rayon qui s'efface et qui fuit;
La tempête, en passant, leur jette un peu d'écume,
Et plus sombre se fait la nuit.

Mais le tien, Seigneur, pure flamme,
Qui n'eut point de matin, qui n'aura point de soir,
Flambeau des mauvais jours, brille surtout pour l'âme
Et son vrai nom est Le Devoir.

(A. de Latour.)

Del que la mano del mortal enciende
Bórrase el rayo lívido al lucir,
La tempestad lo oculta entre la espuma
Y tórnanos en noche á sumergir.

Mas el tuyo, ¡oh Señor! nítida lumbre
Que sin mañana existe y sin ayer,
Es consuelo del triste y luz del alma,
Su nombre verdadero es El Deber.

EN LAS MÁRGENES DEL GUADALQUIVIR.

Era la tarde: trasponiendo el monte
El Sol sus tíbios rayos recogía
Y de rosada luz el horizonte
En espirantes ráfagas teñía.

La brisa murmurando en la espesura
Mansa vagaba de suspiros llena,
El ruiseñor cantando su ventura
Daba al aire la voz dulce y serena.

Y allá en la márgen del undoso río
Que por la verde alfombra se dilata,
Ténue vapor exhala el centro frío
Que vuelve á descender llúvia de plata.

Solo yo en tanto en la feraz llanura,
Fijos los ojos en la excelsa cumbre,
De admiracion sublime fuente pura,
Contemplaba del Sol la eterna lumbre.

Álzase entónce en ilusion divina
Á la etérea region el pensamiento,
Y la Beldad que adoro peregrina
Fúlgida cruza el ancho Firmamento.

Trémulo el lábio, incierta la mirada
Y el pecho ardiente de entusiasmo henchido,
Así, turbando el áura sosegada,
Exclamé con acento dolorido:

«Encanto de mi sér, cándida estrella
Cuya nítida luz mis pasos guía,
Púdica flor, que misteriosa y bella
Tornas mi duelo en célica alegría;

»Ardo en llama de amor inextinguible
Y do quiera que voy tu imágen miro,
Eco del corazon tierno y sensible
Responda tu suspiro á mi suspiro:

»Mira piadosa el anhelar doliente
Que en amoroso afán agita el alma,
Y acogiendo mi súplica ferviente
Vuelve á mi pecho la perdida calma.»

Oyó atenta la hermosa, y ya movía
El dulce lábio cuando blanca nube
Ocultóla á mis ojos: muere el día
Y ella á la cumbre de los Cielos sube.

A ELISA.

Desde el dulce momento
En que tu lábio,
Coronando mis votos,
Dijo: «Të amo»
No hay en el mundo
Ventura cual la mía,
Gozo más puro.

Nace el alba, y las flores
Que ántes marchitas,
Cerrando el yerto cáliz
Tristes gemían,
Al soplo manso
De las cándidas auras
Blanden sus tallos.

Tal ¡oh Elisa! tu imágen
Al alma mía,
Como el alba á las flores
Dá nueva vida.
¡Fresco rocío
Para mi pecho amante
Son tus suspiros!

De la Celeste Altura
Vívidos rayos
Al Mundo el Sol envía,
Rey de los Astros;
Mas la mirada
De tus ojos de fuego
Dá luz al alma.

Melancólica y dulce
La blanca Luna
En castos esplendores
La Tierra inunda;
Mas no le cedes,
Que, si lánguida miras,
¿Á quién no vences?

La brisa que murmura
En la enramada
Célico aroma espira
Que me embrïaga;
Pero es más grato
Tu dulcísimo aliento,
Bien que idolatro.

Todo cuanto en la Tierra
De puro y tierno
En sus sueños, ansioso,
Finge el deséo,
En tí, bien mío,
Al amor más vehemente
Se encuentra unido.

Desde el dulce momento
En que tu lábio,
Coronando mis votos,
Dijo: «Të amo»
No hay en el Mundo
Ventura cual la mía,
Gozo más puro.

LA VUELTA DE ELISA.

Cuando tras largos y azarosos días
En que lloré tu ausénсia
Te ven mis ojos en la clara márgen
Del gran Guadalquivir, y de tu lábio,
La que siempre ahuyentó las penas mías
Voz de ternura, extasïado escucho,
Mi pecho en alborozo
Se inunda, y mi mejilla
Baña una ardiente lágrima de gozo.

¡Oh de ventura delicioso instante!
Jamás la fantasía
En sus dorados sueños fingir pudo
Más célico placer. ¡Cómo el acento
Decir sabrá mi dicha, ni el semblante
Revelarla podrá! Mejor lo exprese,
Oh Elisa, tu alegría,
Que al contemplar la tuya
Comprenderás tambien la inmensa mía.

¡Ya más bello se ostenta cuanto miro!
El gozo de mï alma
Á todo presta peregrino encanto,
Del áura vagarosa al dulce aliento,
Del Sol fulgente al abrasado giro.
Todo lo animas tú, todo renace
Cuando la arena breve,
Envídia del aljófar,
El blando impulso de tu planta mueve.

¡Cuál suspiraba yo, dulce bien mío,
Por tan feliz momento!
¡Cuántas veces dichosas ilusiones
La mente fascinando enamorada
En las ardientes noches del Estío,
Verte juzgué de la modesta Luna
En el disco de plata,
Que el río murmurante
Entre sus ondas plácidas retrata!

¡Cuántas veces rasgando el aire leve
Veloz el pensamiento
Á tu lado volaba, y de tus ojos,
En que su lumbre cándida y süave
La dulce Estrella de la Tarde bebe,
Me abrasaba en el fuego, y en mi öido
Tu acento resonaba,
Y tu adorada mano
Entre mis manos trémulo estrechaba!

Mas ¡ay! ¡cuál era la amargura mía,
Cuán profunda mi pena
Mis sueños al mirar desvanecidos!
¡Cuál desgarraban mi angustiado pecho
La triste realidad, la razon fría!
Tal en fiera borrasca vé el Marino
Hundirse su esperanza
Cuando el rayo aniquila
El faro que brillaba en lontananza.

Hoy, que, tras duelo tanto, de mi frente
Bate la dicha en torno
Sus áureas alas, y los votos míos
Cúmplense al cabo, y ante mí te véo
Gozoso el corazon, llena la mente
De risueñas imágenes, contempla,
Oh Elisa, tu alegría,
Que al contemplar la tuya
Comprenderás tambien la inmensa mía.

Á UNA DAMA

EN ELOGIO DE SUS POESÍAS.

Cuando con dulce acento
El ruiseñor canoro en la alborada
Al vagaroso viento
La voz enamorada
Suelta alegre, poblando la enramada:

Y en acordados sones,
Que halagan y deleitan el sentido,
Mueve los corazones,
El cantar no aprendido
El ánimo dejando embebecido;

Más grata melodía
No del tierno pechuelo exhala el ave
En la region vacía,
Que de tu lira suave
La que de gozo el alma inundar sabe.

Tú las cuerdas dë oro
Tímida pulsas con ebúrnea mano,
Y del Castálio Coro
Al fuego soberano
Brota en tu lábio el Himno sobrehumano.

Por tí la blanca Luna
Brilla más pura en la azulada esfera,
Sin que nube importuna
Velando la hechicera
Faz, oculte su plácida carrera.

Tú de la casta Aurora
Dás nuevo encanto al rayo purpurino,
Y al triste que la implora,
En canto peregrino,
Alientas de la vida en el camino.

De la encendida rosa
Por tí lucen más vivos los colores,
Y ufana y olorosa,
Merced á tus loores,
Álzase reina de las gayas flores.

De la gentil zagala
Tú rëalzas la púdica belleza,
Y del prado la gala,
Y la sublime alteza
De la Celeste Cumbre, y la grandeza.

Cánta, Poetisa bella,
Y orne cándido amor tu blanda lira;
Y la bendiga AQUELLA
Que el Universo admira
Y el Mónstruo holló de la Infernal Mentira.

DOS HIJOS DE REYES.

En los plácidos vergeles
Que amoroso el Bétis riega,
Y en que su pompa despliega,
Entre bosques de laureles,
La palma, honor de la vega,

Alza á las nubes la frente,
Con noble y gallardo brío,
Régia morada esplendente
Cuyas plantas blandamente
Besa humilde el claro río.

Orna sus bellos salones,
Que el fáusto afrentan del Moro,
Ya el blanco mármol, ya el oro,
Ya un artístico tesoro
Envídia de cien Naciones.

Pero aun más alto blason
Lo avalora y engrandece:
La voz del que en la afliccion
Pide amparo y compasion
Nunca á sus puertas fenece.

Bajo el arteson dorado
El eco al punto resuena,
Y alívio hallando á su pena
Torna con la faz serena
El que clamó acongojado.

Que allí, cual de límpia fuente
Que ni entúrbia su corriente
Ni su raudal nunca agota,
Mana consuelo al doliente,
El oro al mísero brota.

El falto de educacion
Pura enseñanza recibe,
Y debe á su proteccion
No sólo el pan de que vive,
La luz de la Religion.

Y no de la Caridad
Arde allí sólo la llama,
Que tambien el pecho inflama
El Pátrio Amor, y derrama
Vivífica claridad.

Á su impulso cada día
Vé nacer un pensamiento
De España honor y alegría,
Y dá vida á un Monumento
Que ya en el polvo se hundía.

Así el artista, el pöeta
Mano encuentran bienhechora;
Así el espacio devora,
Veloz como la säeta,
La ardiente locomotora.

Ayer de la destruccion
Vimos salvar la Morada
De Cortés, y la sagrada
Mansion, ya casi olvidada,
Que asilo prestó á Colon.

Hoy, á la noble señal
De la voz restauradora,
Elévase á la que adora
El hombre cual protectora
De un Soberano inmortal,

La venerada Capilla
Que el mismo Rey le labrára
Cuando triunfante en Sevilla
Conoció que la ganára
Por la Vírgen sin mancilla.

De nuevo el rojo Pendon
Al Árabe conquistado
Será á los piés humillado
De la Imágen que á su lado
Llevó el Santo Campëon.

Y tan preciado troféo,
Del TERCER FERNANDO glória,
Renovará la memória
De su hazaña, y á la História
Su fé dirá, y su deséo.

Mas ¿quién, exclamáis, habita
Ese Palácio sublime?
¿Á quién la Piedad excita?
¿Quién de Pátrio Amor palpita
Y joya tanta redime?

—¿Quién? De la augusta ISABEL
La dulce y egrégia Hermana;
Un Hijo excelso de aquel
Que en Francia reinó y Argel
Y yace en tierra Britana.

Á LA SEÑORITA

DOÑA CATALINA DE ARIZON,

DECHADO DE TERNURA FRATERNAL.

Cuando llena del vício la medida
Tronó iracundo el Cielo,
Y la espada del Ángel de Extermínio
Brilló en los aires, y el Potente, el Sumo,
Tremendo Jehová la enardecida
Rueda movió del carro de sus males,
Y la fulmínea Diestra,
Entre enlutadas nubes
Tendió, de horror cercando el alma nuestra.

Y á la señal Divina el puro ambiente
Llenó letal ponzoña;
Y la madre, el anciano, el tierno infante,
El mancebo robusto á un tiempo mismo
Con tortura infernal, con sed ardiente
Juntos caían en la helada huesa,
Cual Ángel de Consuelo,
Del espirante hermano
Al lado te miré con hondo anhelo.

Sí, yo te ví seguir con devorante
Afán de sus dolores
El vuelo aterrador, sin que ni deudos,
Ni amigos fieles conseguir pudieran
De su lecho arrancarte; palpitante
Miré tu tierno pecho el día horrible
En que de Dios la Mano
Señalar parecía
Término infausto á tu infeliz hermano.

¡Siempre, siempre tu allí! Nunca olvidaste
La obligacion sagrada,
Y de ternura ejemplo y fortaleza,
Y tu esperanza en Dios poniendo siempre
Fuerzas en Él para sufrir hallaste.
La Madre del Señor oyó tu ruego,
Y la segur impía
La Muerte abandonando
Lució de nuevo de ventura el día.

¡Oh de fraterno amor digno modelo!
La inmaculada Vírgen,
Aquella á cuya lumbre peregrina
Del refulgente Sol los resplandores
Son cual de niebla ennegrecido velo,
Áurea Corona en el Celeste Empíreo
Ciña á tu pura frente
Cuando, tras largos días,
A sí te llame el Padre Omnipotente.

EN LA INAUGURACION

DE LA ESTATUA DE MURILLO.

I.

Triunfa España do quiér: á sus Guerreros
Valla no encuentra que oponer el Mundo;
Sus Damas y sus nobles Caballeros
En porte y proceder no hallan segundo;
En las Letras sus hijos los primeros
Brillan al par, y, con ardor fecundo,
Sus Sábios, y sus místicos Doctores
Señálanse entre todos por mejores.

¿Y en medio el Arte de tan alta glória
La suya no acrecienta? ¿En sus Anales
Acaso no registra nuestra História
Nombre alguno de Artistas inmortales
Que á España dando aún nueva victória
Superáran tambien á sus rivales,
É hicieran que rayase el Arte Hispano
Donde nunca alcanzar logró el Pagano?

II.

Sí, los registra; y en el Sacro Templo,
Y en la adorada Estátua de María,
Y en el Lienzo sublime, raro ejemplo
Y alta muestra se ofrecen á porfía,
Que con ardiente admiracion contemplo
Y en honra ceden de la Pátria mía,
Del génio que en el Arte reveláron
Los que dos Hemisferios sojuzgaron.

¡Qué mucho, *oh Escorial, que al Mundo asombres*
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la Tierra
De la glória *del Arte y de los hombres!*
De San Quintin y Herrera tú los nombres
Haces por siempre amar, y aun en la Sierra
Á cuyo pié te ostentas, ver al claro
Filipo, de la Fé sosten y amparo (14).

¡Qué mucho que la Estátua bendecida
De la Reina eternal de Tierra y Cielo
El sentido suspenda, si es debida
Á Montañés insigne, que en el suelo
Copiar logró con mente embebecida,
Y ardoroso cincel, y santo celo
La cándida expresion, las perfecciones
De Aquella en que agotó el Señor sus dones!

¡Qué mucho, en fin, que ZURBARÁN, MORÁLES,
Y PACHECO, y VELÁZQUEZ, y CASTILLO,
Y MOYA, y CANO, y los en nombre iguales
Al CANTOR DE LEPANTO, nuevo brillo
Dén, cual VALDÉS, con Lienzos inmortales
Á la Pátria! ¡Qué mucho que MURILLO
En extasis divino huya del suelo
Y el nombre alcance de *Pintor del Cielo!*

Del Cielo, sí, porque jamás su idéa
Cruzó del mal el pensamiento impuro;
Del Cielo, sí, porque la luz febéa
Es á sus tintas como lampo oscuro;
Del Cielo, sí, que quien gozar deséa
De la Mansion del Justo y su bien puro,
Sus Cuadros contemplando se extasía
Y cual él faz á faz mira á MARÍA.

Tanto alcanza la Fé, débese tanto
Á su Divino impulso, al alto vuelo
Que hácia lo grande, lo sublime y santo
Imprime siempre á quien con vivo anhelo
Pospone todo terrenal encanto
Á los goces purísimos del Cielo,
Y creyente y sencillo á ella se entrega
Con blando amor y confianza ciega.

Así del gran Murillo el nombre dura
Y sus Obras do quier précianse tanto;
Tiénese así por sin igual ventura
Á Dios dar muestra de respeto santo
De su mano ante célica pintura,
Y tal es su atractivo, y tal su encanto
Que aun al que sólo vé la forma en ellas
Le admiran y suspenden por lo bellas.

III.

Yo, donde el Sena la Ciudad famosa
Metrópoli del Mundo humilde baña,
En torno he visto de la Madre hermosa
Del Salvador, que patrocina á España,
Y que con hábil diestra y amorosa
Pintó Murillo egrégio, con extraña
Inquietud no ya un Pueblo congregarse,
Mas cien y cien ansiosos agolparse.

Allí el Britano, de su gran riqueza
Cual nunca envanecido; el Moscovita
Allí tambien, depuesta la rudeza
Que un tiempo señalara al fiero Escita;
Allí, en fin, cuantos muestra de grandeza
Pretenden dar y á quienes hondo excíta
El vivo afan de posëer la santa
Imágen que mi lábio ardiente canta.

De Sevilla arrancada en hora triste,
No en franca, y noble, y generosa guerra,
Mas cuando España con valor resiste
Á aquel que en buena lid domó la Tierra
Y á ella tan sólo con dobléz embiste,
Porque ella sólo su denuedo aterra,
Orna en París soberbia Galería
Que del dueño la muerte deshacía.

¡Oh, si el dolor con su acerado diente
Mi español corazon no destrozára
Al contemplar entónces que la ingente
Joya acaso por siempre abandonára
El suelo que la vió brotar rïente
Al golpe del pincel que la trazára,
Cuánto gozado hubiera el alma mía
Al verla objeto de tenaz porfía!

La lucha empieza, y el amor al Arte,
El própio amor, de las Naciones várias
Los mútuos celos, y el que mueve á amarte
Íntimo impulso, oh Vírgen, más contrárias
Que pudo un tiempo el fabuloso Marte
Á opuestas gentes que le rinden párias,
Hacen á las entónces allí unidas,
Y dieran por triunfar sus propias vidas.

Por el Lienzo bellísimo una suma
Ofrécese con ánsia generosa,
Multiplícase en breve, y como espuma
Crece y á cifra llega portentosa;
Acaso ya obtenerlo hay quien presuma,
Mas dobla otro la oferta, y rumorosa
La inmensa turba en el Estrado suena
Y en voz de asombro los espácios llena.

Rúsia, un Prócer Britano, y el que lleva
La voz y el cargo del Francés Muséo
Quedan solos al fin, y en lucha nueva
El Lienzo se arrebatan: su deséo
De adquirirlo harto más el précio eleva,
Vence al cabo el Francés, y apenas créo
Á mis própios oidos cuando hiere
La cifra en ellos porque el Cuadro adquiere (15).

IV.

¡Honor, honor eterno al que proclama
De sus Pintores Príncipe Sevilla!
Himnos alcemos hoy, que ya á su fama
Monumento se eleva donde brilla
Su Estátua colosal y el pecho inflama,
Y al recordar sus Obras, su sencilla
Y plácida existencia, al hombre amemos,
Y al Artista, al Creyente veneremos.

Á D. MANUEL CAÑETE

CON MOTIVO DE SU RECEPCION

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Vítor, vítor, MANUEL, el claro día
Del merecido galardon lució;
Ya tu saber, tu ingénio, tu valía
El más preciado láuro coronó.

¡Oh puro y digno triunfo! ¡Cuánto debe
Tu hidalgo pecho de placer llenar!
¡Y cuál mi corazon al par conmueve
La história de tu vida al recordar!

Viniste al Mundo en hora malhadada,
Que si alto puesto en él te marcó Dïos
Vino tambien al punto despiadada
Negra suerte y contrária de tí en pos.

Y al polvo descendiste, niño siendo,
Mas te salvó de tu razon la luz,
Y á tu síno tu fé sobreponiendo
Tu lucha contempló el suelo andaluz.

Y abandonado y mísero, del vício
Hollando casi el seductor umbral,
Siempre evitar supiste el precipício
Y nunca en tí su garra clavó el mal.

Y á tí tan sólo educacion debiste,
Y honor, y ciencia, y nombre, y rectitud,
Y que alzada del polvo en que te hundiste
Creciera entre laurel tu juventud.

Y Crítico y Pöeta esclarecido
Al cabo un día te escuchó Madrid,
Y en su más noble círculo, escogido
Puesto ganar lograste en buena lid.

¡Oh preclara conquista! Más preciarla
Debes que el no heredado alto blason,
Tuyo, no más que tuyo, fué alcanzarla,
¿Dónde placer igual, igual fruicion?

Y no es que ciego yo tan solo véa
Del hombre en el nacer casualidad,
Y á la cuna aplicable tal vez créa
Lo que al génio, al valor, á la beldad,

Á cuanto el hombre á sí darse no puede
Lo própio se aplicara, cierto á ser,
Exceléncia negando á cuanto cede
En honra suya y cáusa su valer;

Mas no desconocer tampoco intento
Que si respeto siempre mereció
El que de Héroes y Próceres sin cuento
Los insignes blasones heredó,

El mérito es mayor, mayor la glória
Del que á su propio aliento y á su fé
Debió, luchando, sin igual victória,
Y en él génio, grandeza el mundo vé.

Vítor, pues, oh MANUEL, hoy que ya ufano
El venerado Cuerpo, fundacion
La más alta y fecunda que el Hispano
Debe en las Letras al primer Borbon,

El sello pone á tu admirable vida
Y tu esfuerzo corona y tu virtud.
¿Quién del SEÑOR la diestra bendecida
No vé, y á ella no fía su salud?

EN LA ENTRADA EN SEVILLA

DEL

REGIMIENTO INFANTERÍA DE LEON,

Á SU REGRESO

DE LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

¡Vedlos llegar! en su abrasada frente
El sello augusto de los Héroes brilla,
Y entre sus filas se despliega ingente,
Cual un tiempo, la Enseña de Castilla.
¡Vedlos llegar! de la Africana Gente
Triunfar supieron en la inculta orilla
Y labrar con su sangre al Pueblo Hispano
De glória Monumento soberano.

La Pátria en prémio agradecida ahora
Su paso alfombre de laurel y flores,
Y con mano de olvido salvadora
Esculpa en duro mármol sus loores;
De la mente del Vate crëadora
Broten Himnos sin fin, y, vencedores
Del espácio y los siglos, siempre á Europa
Modelo ofrezcan en tan brava Tropa.

POR LA UNION TRADICIONAL

DEL CUERPO DE ARTILLERÍA.

BRINDIS.

Llene las anchas copas
El néctar jerezano
Y asiendo nuestra mano
El límpido cristál,
Eco del alma el lábio
Revelen sus acentos
Los nobles sentimientos
Que inspira la Amistad.

Brindemos porque hermanos
Nos mire siempre el Mundo,
Y en la paz, y al fecundo
Rugido del Cañon
En nuestras filas brille
Espléndida y potente,
Con vida y fuerza ingente,
Inquebrantable Union.

AL MISMO ASUNTO

QUE LA POESÍA ANTERIOR.

BRINDIS.

Cuando brillan los aceros
Y al clarin de la batalla
Con la voz de la metralla
Fiero responde el Cañon,
¿Quién dá fuerza á nuestro brazo?
¿Quién inflama nuestros pechos?
¿Quién nos lleva á grandes hechos?
¿No es, decidme, nuestra Union?

Cuando al culto de la Ciéncia
Con ardor nos consagramos
Y en seguir nos afanamos
Á Descártes y á Newtón,
¿De los Álavas y Morlas
No anhelamos el renombre?
¿Á emular su claro nombre
No nos mueve nuestra Union?

Y al mirarme entre vosotros,
Oh del alma Compañeros,
Hoy cual nunca placenteros
Del festin al grato son,
¿Quién dá acentos á mi lábio
Y armonías á mi lira?
¿Quién mi rudo canto inspira?...
Nuestra firme, santa Union.
¡VIVA, VIVA NUESTRA UNION!!!

Á LA

CELEBRE CIEGA DE MANZANARES.

IMPROVISACION.

¡Lástima grande que la lumbre pura
Que en vívido esplendor arde en tu mente
Y de tu suerte alívia la amargura
No brille en tu mirada refulgente!
Mas si gozar debieras tal ventura
Del génio en cámbio que te inspira ingente,
No ya del Sol la luz para tí quiero:
¡Ciegos fueron tambien MILTON y HOMERO!

DESPEDIDA [16].

Ángel de luz que abandonas
La un tiempo Régia Ciudad,
Y con tu excelsa beldad
Mi corazon aprisionas;

En lo traviesa y diablilla
Y por tu alegre semblante
Cien mil veces más picante
Que el pimiento y la guindilla;

Más bella que el claro día,
Más pura que la azucena,
Y cuyo talle enagena
Y rinde mi fantasía;

¿Por qué á la heróica Madrid
Te vas dejando á Segóvia,
Mientras tu recuerdo agóbia
A tanto bravo Adalid?

¿Por qué no miras, ingrata,
Este corazon ardiente,
Que triste queda y doliente
Y á quien tu recuerdo mata?

Vuelve, hermosísima hurí,
Devuélvenos tu belleza,
Ó corte nuestra cabeza
El filo de un bisturí.

Acaso tu mente loca
Desoye mi amante ruego
Y olvida el hirviente fuego
Que mi corazon sofoca.

Y *con dura condicion*
Y nada blandas entrañas,
Vas en busca de alimañas
Huyendo de este garzon.

En tanto yo, solo y triste,
Tu imágen do quiera véo,
Y escuchar tu acento créo
Do quier que el lábio moviste.

Escucha lo que te hablo
No desaires mi querer,
¿Qué tienes, dime, que hacer
En esa Córte del diablo?

En ella sólo verás
Torpeza y atróz falsía,
Un alma como la mía
Para amarte no hallarás.

Pero sí en gran abundáncia
Insípidos mozalvetes;
Dignos de cien mil cachetes
Por su precóz petulánciа.

Ya que la ventura pierdo
De contemplar tu hermosura,
Recompensen mi ternura
Un suspiro y un recuerdo.

Y te aseguro, mi amiga,
Que de tanto en tí pensar,
Acabaré por alzar
Un monumento á tu liga.

Si desoyendo mi canto
Desprécias mi amor ferviente
Y dejas que tristemente
Anegue mi rostro el llanto,

En prémio de tales trazas
Y del rigor que en mí empléas,
Quiera Dios que blanco séas
De estupendas calabazas.

Mas no; siempre tu alegría
Será de mi vida encanto;
Siempre en mi amargo quebranto
Tu dicha será la mía.

Y, en fin, para intercalar
Una cuarteta que falta,
Deséo que estés muy alta
Cuando vuelvas de invernar.

Adios, mi amor: á tu blando
Recuerdo la mente elevo,
Do quier conmigo te llevo,
Adios otra vez.

FERNANDO.

Y con un afecto insólito,
Pues los autores son dos,
Alegre te dice adios
Tu síncero amigo

HIPÓLITO.

ELEGÍA.

Á D. MANUEL PEREZ DE MOLINA,

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

I.

Voló del Justo á la Mansion: sus días
Contados fueron, y escogerlo plugo
Para sí al Hacedor. ¡Él cuán dichoso!
Mas tú ¡cuán infeliz! No es dado al hombre,
Por más que aliente de eternal ventura
Alta esperanza el angustiado pecho,
La muerte contemplar con faz tranquila.
Y si al tender sus alas pavorosas
El amigo arrebata, la por siempre
Idolatrada esposa, el venerado
Padre del alma, ¡cómo al golpe rudo
El corazon herido desfallece!
Mas cuando el hijo tierno en quien cifrada
Está la glória, la ambicion, la dicha
Del que le diera el sér, despojo es suyo,
Apénas puede mísero el Humano,
Soportar el dolor, y el Orbe entero
Á sus ojos desierto, inmensa tumba
Es ya tan solo, donde el eco triste
No más devuelve que ayes y suspiros.

II.

Tú así, caro MANUEL, tú que lamentas
Perdido el hijo amado, el hijo solo
Que otorgado te fuera, y que, portento
De bondad, de saber, de inteligéncia,
En su florido abril era esperanza
De tu hoy llagado corazon. Tus ojos
No intento, no, enjugar: justo es tu duelo.

Comprendo tu dolor, y al lado tuyo
Contigo á llorar vengo; compartido
No tan crüel será, que hasta en el llanto
Quiso del Mundo el Crëadar Supremo
Mostrar al hombre que en sus altos fines,
Para vivir en sociedad formólo.
Juntos lloremos, pues; mas cuando el pecho
Las ardorosas lágrimas que viertes
Un tanto alívien, de mi lábio escucha
El único consuelo que algun día
Puede acallar la que tu sér consume
Hórrida pena.

III.

¿Del que el Cielo mora
Gozar de nuevo la preséncia ansías?
Pues en tu mano está. De él hazte digno
Y lograrás tu aspiracion; sostenga
Esta esperanza tu vivir, y al cabo
El consuelo hallarás que hora rehusas.
Á tan sagrado fin tus pasos mueve:
Que la Pátria, cual nunca hoy anhelosa
De los esfuerzos de sus hijos todos,
Á su bien consagrado te contemple,
Magistrado rectísimo, repúblico
No atento al propio medro en tí encontrando;
Que en tu hogar, de tu Esposa la honda pena,
Aún más crüel é intensa que la tuya,
Con tu ternura en mitigar te emplées;
Que nunca el desvalido halle cerrada
Á sus ayes tu puerta; y fuerte escudo
La Santa Religion tenga en tí siempre.

Así, tan solo así, digno holocáusto
Darás á tu dolor, y al hijo tuyo
De entrañable cariño digna muestra.

ROMANCES.

Á MI MADRE.

Madre del corazon, Madre querida,
Más grata para mí que la existéncia,
¿Cómo pagar la que mi sér te debe
De incomparable amor sagrada deuda?

¡Cómo el afán, la angústia, los desvelos
Que, desde el punto en que por vez primera
En tu adorado seno el vivir mío
De sí comenzó á dar segura muestra,

Por mí has sentido, y el ansioso anhelo
Con que, guïando al bien mi inexperíencia,
Del piélago del Mundo en los escollos
Pugnaste por abrirme fácil senda!

¡Oh, imposible! Tan sólo el Cielo puede
De una Madre cual tú premiar la tierna
Solicitud, el previsor cariño
Que nunca igual reconoció en la Tierra.

Al Cielo, pues, elevaré mi acento
De Dios rogando á la Bondad inmensa
Que con piadosos ojos te contemple
Y te abra un día las Empíreas puertas.

Y al ruego mío se unirá la santa
Oracion de la Vírgen Madre excelsa
Que de los buenos hijos los clamores
Al Hijo suyo presurosa lleva.

Mas ¡ay! tampoco así me será dado
Mi gratitud mostrarte y mi terneza,
Que al llegar al Eterno la plegária
El libro mirará de tu existéncia,

Y de adquirida culpa no encontrando
En él ni leve mancha, su pureza
Harála innecesária, y la voz mía
Inútil juzgará la Omnipoténcia.

Pero ¡qué digo! el corazon materno
Mar de amor insondable y sin riberas,
Del hijo en quien cifrada está su glória
La más leve carícia recompensa,

Y basta una palabra, un solo halago
Que de filial cariño indício séa
Para colmar su dicha, y que al olvido
Dé sus desvelos todos y sus penas.

Recibe ¡oh Madre! de mi amor ardiente
Esta que hora te envío débil muestra,
En tanto que de nuevo al lado tuyo
Con tierno afán mis ojos te contemplan.

Vive por luengos años, y en los nietos
De tus hijos, tu encanto, tu belleza,
Tu claro entendimiento y tus virtudes
Una vez y otra vez renacer véas (17).

RECUERDOS DE GLÓRIA.

AL CORONEL (*)

DON TOMÁS DE REINA,

AL EMBARCARSE PARA PUERTO-RICO.

I.

¡Y te alejas, Tomás! ¡Y así las olas
Del Mar inmenso donde muere el día
Surcar anhelas! ¿Ni la dulce Pátria,
Ni la memória plácida y tranquila
De los felices años que del Bétis
Corrieron en las márgenes floridas,
Ni de amistad los cariñosos lazos
Bastan á detenerte? ¿De tu lira
No más escucharé los blandos ecos
Poblar sonoros la region vacía?...

Mas desoye mi voz, no de mï alma
Mude tu intento la profunda herida,
Harto la causa de tu afán conozco,
Harto el impulso que tus pasos guía.

(*) Hoy General de Artillería.

Vuela, sí, vuela, de la fuerte Nave
Hienda las olas la cortante quilla,
Lance á torrentes de su centro el humo,
Retumbe la potente artillería,
Y despliéguese al viento en la alta popa
La fúlgida Bandera de Castilla.

II.

¡Oh noble Enseña de triunfal recuerdo,
Cuántos despiertas en la mente mía,
De honor y glória, y de entusiasmo ardiente
Claros ejemplos! El lejano clima
Á donde el rumbo la acerada prora
Hoy endereza, ¡á cuánta hazaña digna
De inmarcesible lauro ofreció un tiempo
Campo anchuroso! Refulgente brilla
Ante mis ojos de la Reina augusta,
Orgullo de la Hispana Monarquía,
La excelsa Magestad; miro en Granada,
Cuando su brazo al Agareno humilla,
Cómo á Colon acoge bondadosa,
Cómo, guïada de la Luz Divina,
Abre á la Fé Católica otro Mundo
Que el Mundo antíguo con asombro admira.
El mismo rumbo que tu Nave ahora
Siguió, caro Tomás, la frágil quilla
Que al egrégio Colon, pasmo del Orbe,
Á incógnitas riberas conducía.

Del gran Cortés, del ínclito guerrero
Honor del Guadïana, en cuya orilla
Tanto Genio inmortal nació, que ilustra
Tu nombre, Extremadura, Pátria mía,
Se alza tambien la gigantesca sombra
Que el vivo aliento del Señor anima.
En la arenosa playa Americana
La voz dirige á su Falange invicta,
Rayos lanzan sus ojos, en su mano
La tersa espada de Toledo vibra,
En la siniestra, abrasadora téa
Los Iberos Bajeles ilumina...
Postrémonos, Tomás, la ajena história
No en sus más bellas páginas registra
Empresa tal que compararse pueda
Á la que al héroe Hispánico sublima.

De Pizarro y los *Trece de la Fama;*
De Ponce de Lëon y de Valdívia,
De Almagro, de Alvarado, de Balbóa:
Del que osado la Tierra circüía
Primero que otro alguno; de Orellana,
Del Épico sin par Alonso Ercilla,
De Magallánes, los Pinzones, Soto...
Pero ¿á qué proseguir? nunca pondría
Término á mi cantar si fiel mi lábio
Alzar quisiera á la region Empírea,
En sonorosos himnos, glória tanta
Como la Fama próvida eterniza.

III.

Adios, oh Amigo, bondadoso el Cielo
Tu Nave impulse á la feliz Antilla
Que supo un tiempo rechazar valiente
Del fiero DRAKE la agresion impía.

Tú el Pabellon que tremoló triunfante
Sobre el hundido Império de los Incas
Sabrás ileso conservar, si, torpes,
Del Ibero Lëon las justas iras
Osáran provocar, los que ultrajando
Su propio honor, con infernal codícia,
La del Hispano Sólio esclarecido,
Preciada joya, arrebatar ansían.

Tú entre el estruendo del cañon y el humo,
Del clarín á la bélica armonía,
Al rudo son del redoblado parche,
La salvadora espada en sangre tinta,
Cantar sabrás las glórias de la Pátria,
Émulo digno del preclaro ERCILLA.

Á LA SEÑORITA

DOÑA JOAQUINA GOMEZ DE LA CORTINA (*).

Tú que debiste á la eternal cleméncia
De clara estirpe el esplendente brillo,
De ingénio y de virtud los ricos dones
De la belleza el mágico atractivo,
Hora animosa el láuro que las sienes
Augustas coronó del gran MURILLO
Pretendes conquistar, ¡los cielos quieran
Á tus pasos abrir fácil camino,
Y ejemplos tu pincel ofrezca al bueno,
De sacra inspiracion dócil ministro!

Si á retratar aspiras la constáncia
De incontrastable Fé, si el heröismo
De ardiente Caridad pintar anhelas,
Nunca busque tu númen peregrino
En ageno sentir antorcha y guía;
Pinta tu hermoso corazon al vivo,
Y así hallarás los gérmenes fecundos
Que dirigen al bien nuestros instintos,
Y expresarán la vírgen y el mancebo
El que reside en tí, fuego divino.

(*) Hoy Condesa de la Cortina.

Así tu nombre se alzará radiante
Del nombre al par del inmortal MURILLO:
Benigna entonce, entre el comun apláuso,
Acoge el eco del acento mío.

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II,

EN SU ARRIBO Á SEVILLA.

I.

Si un tiempo mi tosca lira,
De vivo entusiasmo en alas,
Hizo sonar en los aires
El gozo que la inflamaba,
Cuando Madre á par que Reina
Contra tu seno estrechabas
Por vez primera á tu ALFONSO,
Al hijo de tus entrañas,
Al que es de tu amor troféo,
Y será honor de tu raza,
Y en quien cifradas contempla
Sus esperanzas la Pátria,
¿Cómo no cantar de nuevo
Y no elevar á tu planta,
En arranque generoso,
Himnos nacidos del alma,

Hoy que vienes presurosa
Á estas leäles comarcas,
Y haces preceder tu arribo
De magnánimas palabras,
Que vuelven el hijo al padre
Y de esposas desoladas
Tornan en júbilo el llanto
Al colmar sus justas ánsias?

II.

¡Oh, si mi acento viviera
Y los siglos traspasára!...
Mas sí vivirá, tu nombre,
Que es su inspiracion, lo salva.
Tu nombre, á quien ya la História
En sus páginas depára
Digno lugar entre aquellas
Que á los buenos Reyes guarda.
Tu nombre que en las almenas
De Tetüan, y en las playas
Del apartado Annamita,
Y en Veracruz, y en la Habana,
Y en los mares que circundan
La bella region preciada
Que el título de ESPAÑOLA
De reconquistar acaba,

En boca de tus guerreros
Tantas veces resonára,
Como signo de victória,
Como emblema de esperanza.
Éste para los vencidos,
Aquél á los que triunfaban,
Renovando de otros héroes
La cleméncia y las hazañas.
Tu nombre que pronunciarlo
Para enaltecerte basta,
Y á los siglos venideros
Legar memória preclara
De tus rasgos admirables,
De tus virtudes hidalgas,
De los triunfos y las glórias
Que tu reinado señalan,
Sin que quede á mis acentos,
Ni á la Epopeya más alta,
Cosa que á explicar no alcance
ISABEL! palabra fausta,
Que te hace en todo heredera
De aquella gran Soberana,
Orgullo del Trono Ibero,
Blason de la História Pátria,
Que cual tú comprender supo
Que es alteza en el Monarca
Ver por sí mismo sus pueblos,
Y por sí curar sus llagas;

Que tremoló sus Pendones
Cual tú en Portugal é Itália;
Que llevó cual tú sus Huestes
Á las costas Africanas,
Y que obrando cual tú misma
En su própio caso obráras,
Pues es suyo tu alto aliento,
Suya en Dios tu confianza,
Lanzó al Árabe por siempre
De la católica España,
Y dió un Mundo al gran Colon
Si un Mundo Colon le daba.

A MI HIJO GONZALO.

I.

Hijo mío, dulce encanto,
Delícia de mi existéncia,
De tu Madre dicha y glória,
De castos amores prenda,
¡Cuál tu cándida sonrisa,
Espejo de tu inocéncia,
De esa inocéncia que sólo
Dios á los niños reserva;
Cuál tus pasos vacilantes,
Cuál tus palabras que empiezan
Á dar señal evidente
De que retienes y observas;
Y de tus brillantes ojos
La mirada, que revela
Cómo en tí se desarrolla
Y aviva la inteligéncia,
Halagan el pecho mío
Y más mi cariño empeñan,
Y el que á tus Abuelos debo
Hácen que entero comprenda!

II.

¿Qué más grata melodía
Que aquella que me embelesa
Cuando de tu Madre el nombre
Ó el mío en tu boca suena,
En esa tu pura boca
Que, cual otras tantas perlas,
Esmaltan dientes de nácar,
Y corales al par cierran?
¿Ni qué gozo es comparable
Al que mi sér enagena,
Y desdeñar de un Monarca
Privanza y favor me hiciera,
Cuando en mis manos cogiendo
Tu blanca frente serena,
Donde nunca el mal osára
Estampar su impura huella,
Imprimo en ella mis lábios,
Y tú, en amorosa muestra
De tu afecto y tu dulzura,
Blandas frases balbucéas,
Y reclinando en mi pecho
Tu idolatrada cabeza
Con entrambas manecitas
Mi cuello enlazas y estrechas?

Me encanta el alegre acento
Con que tu júbilo expresas,
Y ver que jamás á nádie
Extrañeza manifiestas,
Y cómo, cuando una cosa
Admiras por vez primera
Hacer á todos partícipes
De tu admiracion intentas.
Me encanta la confianza
Con que al descanso te entregas,
Y la expresion que dormido
Tu bello semblante muestra,
Pues parece que tu mente
Con los Querubines sueña,
Y á tus hermanos los Ángeles
Allá en los Cielos contemplas.
Y la verdad me enamora
Que en tus actos se refleja,
Y ver que tus impresiones
Nada oscurece ni vela.
Que lloras cuando te afliges,
Y rïes cuando te alegras,
Rechazas lo que no quieres,
Y pides lo que deséas.
Y que el peligro ignorando
Que amenazarte pudiera
Á no estar tan vigilantes
Los que siempre te rodéan,

Y mostrando los hoyuelos
Que tus mejillas ostentan
Á impulsos de blanda risa,
Sólo en tí no picaresca,
En júbilo rebosando
Cien travesuras idéas,
Y nada de tí seguro
Á tu alcance ya se encuentra.

III.

Á veces, cuando contemplo
Cuán gozoso juguetéas,
Y cuál así de mi alma
La dicha toda completas,
Quisiera que eternamente
Tu edad prolongada fuera
Y jamás de otras mayores
Los peligros conocieras.
Mas otras veces, las ménos,
Ya crecido te quisiera,
Y que, mostrándote digno
De tu nombre y tu ascendéncia,
Del gran GONZALO emulabas
Las inmortales pröezas,
Do quier triunfantes alzando
De la Pátria las Banderas.

Mas ¡ay! que séa cual fuere
Mi deséo, despues de esta
Vendrá otra edad, y vendrán
Desengaños mil con ella.
Entónces, dulce Hijo mío,
Ojalá Dios me conceda
Al lado tuyo encontrarme
Y guïar tu inexperiéncia,
Que á veces un acto solo
De juvenil ligereza
Daños sin cuento, y profundos
Pesares tras sí acarréa.

IV.

En tanto, así que tu Madre,
En tu corazon de cera,
Con la fé y el sentimiento
Grabe verdades eternas,
Dado me séa imprimirlas
Tambien en tu inteligéncia,
Á tu razon demostrando
Lo que ya tu pecho sienta.
Que una Religion tan sólo
Es sagrada y verdadera:
La que á todos los Humanos
Hermanos hizo en la Tierra,

Borrando con su palabra
De la Esclavitud la afrenta,
Y á la Mujer transformando
De Sierva en Esposa tierna;
La que al rico, al poderoso
Santa Caridad ordena,
Y al pobre, al enfermo, al triste
Otro Mundo mejor muestra;
La que en los claustros salvára
El tesoro de las Letras,
Y del Godo á la barbárie
Fué insuperable barrera;
La que á Reyes y á Naciones
Siempre habló con entereza,
Y condenó la Anarquía
Y tambien condenó al Déspota;
La que ciñe la Tïara
Al que último fué en su aldéa
Si en él la llama fulgura
De Santidad y de Ciéncia;
La que, en fin, guïando al Hombre
Por hacerlo bueno empieza,
Y espera así confiada
Que buenos los Pueblos séan.
Y al propio tiempo inculcarte
Que dar la vida y la hacienda
Por el Rey y por la Pátria
Siempre de honrados fué empresa,

Como en tu mismo linaje
Altos ejemplos lo prueban,
Que algun día en tu memória
Dejarán profunda huella.
Y que la regla segura
De hacer el bien en la Tierra
Y vivir despues por siempre
En las Mansiones Etéreas,
Es amar primero á AQUEL
Cuya Omnipotente Diestra
Produjo, con querer sólo,
Desde el Insecto á la Esfera,
Y hacer ó no á tus hermanos
Lo que anheles ó no quieras
Para tí, ¡máxima santa,
Que sólo un Dios concibiera!
EL, Hijo, te haga dichoso,
Y ese candor que demuestras
Y la expresion con que al Cielo
Tus bellos ojos elevas
Cuando al preguntar tu Madre:
«¿Dónde está Dios?» le contestas
Con mirada en que parece
Que Dios á tí se revela,
De tu honor y tus virtudes
Seguros preságios séan.
¡Bendito mil veces, Hijo!
¡Bendito mil veces séas!

Á POLONIA EN 1863.

Aut vincere aut mori.—Pro
Religione et Libertate.
(Lema de la Bandera de Pulawski en 1772.)

I.

¡POLONIA! tierra gloriosa
De héroes y mártires pátria,
No ménos célebre y grande
En pröezas que en desgracias!
¿Qué grito hiere mi oido,
Qué voz resuena en mi alma
Que salvando el Pirinéo
Llega al mar de Lusitánia,
Y hace en tí clavar los ojos
Con anhelante mirada,
Y hervir la sangre en las venas,
Y hácia tí mover la planta?
Es el grito pavoroso
De tu audáz Aguila blanca
Que de nuevo á la peléa
Á tus fieles hijos llama.

Es tu voz, que, de PULAWSKI
La Bandera desplegada
En torno tuyo convocas,
Blandiendo la férrea lanza,
Á los dignos herederos
De las ínclitas hazañas
Que á SOBIESKI y SEGISMUNDO
Láuro eterno conquistáran.
Eres tú, que hecho pedazos
El yugo que te humillaba,
¡Religion é Independéncia!
Y *¡Vencer ó morir!* clamas.

II.

¿Y cómo no ha de inflamar
El pecho mío tu cáusa,
Al escuchar tus acentos
Entre el humo y la metralla,
Si regó de mis Mayores
La sangre nunca manchada
Los campos de Extremadura
En defensa de la Pátria,
Al par que de Cádiz otros
En las invictas murallas,
Y del mar que las rodéa
En las turbulentas aguas,

Con no menor entusiasmo
Y en Dios puesta la esperanza,
Como buenos combatiendo,
Tambien por ella lidiaban? (18).
¡Oh sí, Polónia! mis votos
En la lucha te acompañan,
Y no es tan solo mi pecho
El que ardiente los exhala,
Que tambien por tí se elevan
Al Señor de las batallas
Los de todos cuantos deben
El sér á la noble España.
Á la Nacion cuyo Rey
Fué el solo que protestara
Contra el torpe, inícuo Pacto
Que tu particion consagra;
Á la que, cual tú en Viëna,
Salvó á la Europa asombrada,
En los mares de Lepanto,
De la barbárie Otomana;
Y en sus guerras contra el Moro
De Covadonga á Granada,
Y en Bailén y en Zaragoza,
Y en la Albuera y en Chiclana,
Supo al Mundo mostrar siempre
Con su esfuerzo y su constáncia,
La Cruz por guía y enseña,
La diestra asida á la espada,

Que el Pueblo que libre quiere
Ver su cuello de la infámia
Que imprime Extranjero yugo,
Del triunfo logra la palma.

III.

Mas no invoques, si auxiliares
Para tu empresa demandas,
Victórias sobre otros héroes
Que por causa igual lidiáran,
Cual lo has hecho recordando
De Somosierra la falta,
Cuando del Francés Império
Seguiste el Pendon á España
Y un Prócer y Vate insigne,
En los llanos de la Mancha,
Cayó moribundo al golpe
De las polonesas lanzas (19).
Ni olvides, cuando tu esfuerzo
Y tenaz perseveráncia
Logren al cabo tornarte
Nacion libre y soberana,
Que á ser presa te trajeron
De Rúsia, de Prúsia y Áustria,
Discórdias, revueltas, ódios,
Fruto de leyes infáustas,

Que tu glória oscurecieron
Y entregáronte aherrojada
Á los que un pretexto sólo
Para desgarrarte ansiaban.
Sé libre, mas sé prudente;
Ser valerosa no basta:
Sólo el triunfo consolidan
Cordura, union, leyes sábias.

Á UN AMIGO

CON MOTIVO DE SU PARTIDA

DEL CASTILLO DE GIGONZA.

I.

Mal hiciste, dulce Amigo,
Mal hiciste en ausentarte
De los campos venturosos
En que tanto bien halláste,
Pues alzándose no léjos
De tus jerezanos lares,
Á donde con tal presura
Y empeño tanto volaste,
Al par que salud te brindan
No te tuvieran distante
De la bella á quien rendido
Aquí tu amor entregaste,
Y de quien, por más que ahora
La preséncia no gozáses,
Tiernas memorias halláras,
Que tu dolor aplacásen.

Si no en mármoles y bronces,
En las fuentes y en los sáuces,
De los Baños en la senda,
Del Castillo en los umbrales.

II.

¿Por qué, dí, no detuviste
Esos tus pasos fugaces
Y de esta hermosa comarca
No más el placer gozaste?
¿La recuerdas? De Gigonza
La Árabe Torre, á Levante
De Jerez la frente muestra
Sobre harto célebres valles;
Que por ellos Guadalete
Corre aún teñido en la sangre
Que un tiempo brotar hicieron
En su generosa márgen,
Atractivos de Florinda
Y de Rodrigo desmánes,
Á España en heréncia dando
Ocho siglos de combátes.
Cércanla en torno eminéncias
Entre las que sobresale
Cual régia palma de Oriente
Entre mirtos y arrayánes;

Y de su cima almenada
Vése allá, donde el Sol nace,
Desde Alcalá la Morisca
Hasta la Sierra del Valle;
Al tiempo que, donde muere,
Se vé á lo léjos cuál baten,
Y vienen sobre la playa
Una tras otra á estrellarse,
Las nunca tranquilas olas
Del soberbio Mar de Atlante
Que humillaron las primeras
Del gran Genovés las Naves.
Y en opuestos horizontes
Medina y Árcos no en balde
Contémplanse, que despiertan
Recuerdos no ménos grandes:
Éste con RODRIGO PONCE,
Que las Insígnias Ducales
Ciñó á su frente gloriosa
Por hechos mil memorables;
Aquel con la clara Estirpe
Que, para ejemplo á lëales,
Ostenta en su noble Escudo
El blason de los GUZMANES.
De la Torre al pié se miran
Cien pintorescos paisajes,
Y senderos que brindando
Á recorrerlos se abren:

Aquí espesándose un monte
Juzgárase impenetrable,
Que apénas los ojos pueden
Paso abrirse en sus jarales;
Allí onduladas campiñas,
En que ricas mieses nacen,
Permiten que en lontananza
Inmensa extension se abrace.
Arroyos murmuradores
Dán blando riego y constante
Á adelfas y madreselvas
Que grato perfume esparcen;
Y escondidas enramadas
Convidan á reclinarse
Sobre la mullida alfombra
Do la suelta cabra pace;
Al paso que entre las flores
Ocultas canoras aves
Con deliciosa armonía
Dán sus gorgéos al aire,
Al compás con que las áuras,
Acariciándolas suaves,
Por escucharlas apénas
Las sutiles alas baten.
Brotan por do quier callados
Purísimos manantiales
Que frescas aguas ofrecen
De virtudes admirables,

Y, por último, en la selva
Que del Castillo delante
Se extiende, vénse los Baños
Que dán fama á estos parajes,
Y en que infinitos recobran
El bien más inestimable,
La salud, que ya perdida,
Por siempre lloráron antes.

III.

¡Y cómo tan bello cuadro
Anímase cada tarde
Cuando, despues que el Lucero
De Vénus comienza á alzarse,
Derrámanse por las cumbres
Y los bosques más distantes
Cuantos, la salud buscando,
Acuden á estos lugares!
¡Cómo sobre el claro verde
Del lentisco, y el follaje,
Ya blanquecino, ya oscuro,
De acebuches y morales,
Y el color de oro del heno
Que sirve de fondo y márgen
Á entrambos, y á cuantos bordan
Llanuras, montes y valles,

Destácanse los matices
De los vaporosos trages
Que de cien hermosas Damas
Ornan los flexibles talles!
¡Y cuál del afecto unidos
Por los vínculos amables,
Que aquí la amistad florece
Harto más que en las Ciudades,
Todos gozosos paséan,
Y alegres todos departen,
Y en torno de alguna fuente
Beben sus claros raudales!
¡Nádie al mirarlos creyera
Que enfermos allí se hallásen!
¡Tal júbilo resplandece
De todos en los semblantes!
Veloces las horas corren,
Y despues, en los umbrales
Del Castillo, el viento pueblan
Cantos en que sobresalen
Ora el hondo sentimiento,
Ya el gracejo y el donaire
De que siempre Andalucía
Mostrarse pródiga sabe.
Mas tres campanadas suenan
Y al Rosário todos vánse,
Que si cristiano es el dueño
Sónlo tambien los bañantes.

En tanto ya de la noche
Tiéndese el manto, y el báile
Comiénzase en el Casino,
Y unos juegan, y otros tañen.

IV.

¿No estos recuerdos te mueven
Á tornar á estos lugares,
Do testigo es cada piedra
De la fé que aquí juraste?
Vuelve, vuelve, dulce Amigo,
Y de nuevo tus cantares
Resuenen como solían
En florestas y en adarves.
Así tambien con la auséncia
Tu amor podrá acrisolarse,
Y más preciado á los ojos
Habrá de ser de tu amante.

Á LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA LUISA ALVAREDA,

EN SU ALBUM.

Flor de preciado atractivo
Es la flor de la belleza,
Su vivo matiz encanta,
Su blando aroma deleita;
Cual faro que alienta y guía
De la noche en las tinieblas,
Alúmbranos en el Mundo
La luz de la inteligéncia;
Y para alcanzar la palma
Que Dios al bueno reserva,
Es la virtud bienhechora
La que el camino nos muestra.
¡Feliz aquella en quien brillan
Unidas tan claras prendas!
¡Feliz tú, que así atesoras
Virtud, talento y belleza!

Á FERNAN CABALLERO.

I.

Caro Fernan, cuyo nombre
De Polo á Polo se extiende [20],
Y cuyas altas virtudes
No hay quien no estime y respete;
Tú que de pura Moral
Y de Pátrio Amor ardiente
Ejemplo dás en tus Libros
Cual en tu vida lo ofreces,
Y cuyas nobles palabras,
Del corazon hijas siempre,
No hay pueblo en que no se escuchen,
Ni hogar en que no penetren,
¡Cuán inmenso, cuán glorioso,
Es el servicio que puedes
Prestar á la Madre España
En la contienda presente!
Á España, que el puro seno
Desgarrado muestra, y vierte
Raudales de amargo llanto,
Que cáusan hijos crüeles.

¿Quién cual tú de toleráncia
Alzar la bandera debe?
¿Quién cual tú de paz ser íris
En la tormenta que acrece?
¡Tú que grande entre los hombres,
Más grande entre las mujeres,
De aquéllos el alto ingénio,
De éstas la ternura tienes!
Álzala, pues; de tus lábios
Broten acentos que lleven
Á los ánimos concórdia,
Hijos á la Pátria fieles.

II.

¿Cuándo de lid fueron armas,
Á no sostenerla aleves,
La impostura y la calúmnia,
Y los dictérios söeces?
En esta tierra de Hidalgos,
¿No existe ya quien recuerde
La senténcia de: *No quita*
Lo cortés á lo valiente?
¿Es posible que, á los daños
Que á la Nacion sobrevienen
De que discordes opinen
Los que unidos fueran fuertes,

Para lidiar como buenos
Bajo los gloriosos pliegues
Del Pendon que tremoláron
Los ALFONSOS é ISABELES,
Ha de añadirse la méngua
De no conceder que puede
Ser digno y noble el Contrário,
Y que ingénio, ciéncia tiene?
¿Pues qué, insensatos, tan sólo
En vosotros se comprende
Cuanto de honrado y discreto
De España el suelo contiene?
¿Todo aquel que con vosotros
No comparta ciegamente
Opiniones y doctrinas
Vil ó nécio ha de creerse?
¿Á qué aspiráis, oh Partidos?
¿Qué ofusca así vuestra mente?
¿Qué juzgará Europa, el Mundo,
De esta Nacion, que carece,
Segun vosotros, de todo
Lo que en las demás resplende,
Y do no hay virtud, conciéncia,
Un hombre entre tantos séres?

III.

¿En qué atmósfera de ódio
Sumir á España se quiere?
¿Qué bárbaro antagonismo
Aquí crëar se pretende?
¡Aquí do nunca existiera
Entre clases diferentes,
Y el camino á los Honores
Franco estuvo á todos siempre!
¿Es así como los Pueblos
Se mejoran y engrandecen?
¿Es así como se alcanzan
De dicha y de paz los bienes?
¡Ah, ciegos! de luto y llanto,
De desventura perenne,
Tan funesto desvarío
Sólo cosecha promete.
Volved en vos, respetad
Si pretendéis que os respeten,
No entrada déis á pasiones
Que degradan y envilecen;
De tiempos que ya pasaron
Conservad lo que enaltece,
Mas nunca su intolerância,
Que mal dice en los presentes.

Dadnos libertad que ilustre,
No licéncia que envenene,
Ni igualdad, que es vana utópia,
Cuando iguales no hay dos séres.
Hermanos sí, que es más alto.
Ni sólo en los lábios reine
La hermandad; vuestras acciones
Claro su império revelen.
Fïad más en las doctrinas:
Sin revueltas ni vaivenes
Llegó á ornar la Cruz de Cristo
Las Banderas de los Césares.
Haced porque aún en el mundo
Español é hidalgo suenen
Como palabras gemelas
Que una misma idéa expresen.
¿Mas á dónde de mi pecho
Dejo que las ánsias vuelen?
Guardar silencio me toca,
Cese ya mi lábio, cese.
Sólo á tí, FERNAN insigne,
Es dado que tal intentes;
Tus populares acentos
Sólo escucharse merecen.
Habla, y así dos Coronas
Al par ornarán tu frente,
Más preciada la de oliva
Que la egrégia de laureles.

Á LA

SEÑORA CONDESA DE MONTEAGUDO,

EN UN ALBUM

QUE REGALABA Á LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA DE LA CONSOLACION MOTA,

CON MOTIVO DE LAS BODAS DE ÉSTA.

Es, CONDESA, imposible
Que el más sonoro verso
Nunca expresar consiga,
Mejor que tus acentos,
El cariñoso apláuso,
El sin igual contento,
Con que miran tus ojos
El gozo de CONSUELO.
No mi lira, tu lábio
Diga, pues, en conceptos,
Como tuyos lëales,
Cual tu cariño tiernos,
La singular ventura,
Que predice tu afecto,

Á la modesta vírgen,
Que en el sagrado templo
Por siempre unirse debe
De su amor al objeto.
  Dile, cual tú lo juzgas,
Que de su rostro bello
Los hechiceros rasgos,
Son de su claro ingénio,
De su dulzura innata
Y su virtud espejo;
Como apacible lago
Que en el cristal sereno
En fiel retrato cópia
La bóveda del Cielo.
  Y que con prendas tales,
Que prendas son de acierto
Para el Doncel que ahora
Arde en amante fuego
Y que en feliz Esposo
Ha de tornarse presto,
Logrará que por siempre
Aquel á quien su pecho
Dá el tierno «*sí*», que el lábio
Repite placentero,
En la Tierra contemple,
Como goce supremo,
El ser de los tesoros
De su cariño dueño.

LA ORACION.

(TRADUCCION DE UNA ROMANZA FRANCESA ESCRITA PARA UNA PRINCESA DE LA REAL FAMILIA DE ORLEANS.)

Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Del Cielo el Querube,
Que al Sol vence en brillo,
Vuestro nombre ensalza,
Reina del Empíreo.
Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Bajo vuestro manto
Reposan tranquilos
El niño en la cuna,
El ave en el nido.

Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Vos la vela sóis
Del pobre marino,
Vos la clara estrella
De los peregrinos.
Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Bálsamo en vos halla
El mísero herido,
El desamparado
Halla en vos abrigo.
Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Vuestro dulce nombre,
De ventura signo,
Dá á quienes lo llevan
Célico atractivo.

Á esta santa hora
Se despide el día,
La campana suena:
¡Ave María!

Así las Marías
En coro escogido
Para unirse á vos
Álzanse al Empíreo.
La postrera lumbre
Se extingue del día,
La campana cesa:
¡Ave María!

SONETOS.

Á LA

FIESTA DE LA EUCARISTÍA.

¡Glória á tí, Señor Dios! en las Alturas
Himnos el Ángel de alabanza entone,
Y tu ternura ensalce y la pregone
La voz de las humanas crïaturas.
Hoy, presagiando célicas venturas,
Darse al hombre en manjar tu amor dispone,
Y porque más su dicha se corone
Bienes sin fin y Grácia le aseguras.
¡Oh inefable Mistério! Jamás pudo
Tal maravilla imaginar siquiera
El mísero Mortal. ¡Sólo el Potente,
Que, de sacra piedad nunca desnudo,
Por dar la vida á quien en Él espera,
Es de cleméncia inagotable fuente!

DIOS Y EL HOMBRE.

(ANTE UNA CRUZ.)

De ese madero, ignominioso un día
Y hoy timbre de valientes y de sábios,
Apurados del hombre los agrávios
La salvacion universal pendía.
En rábia fiera el populacho ardía,
Y, léjos de apiadarse, de sus lábios
No acentos de pesar ni desagrávios
Brotan, mas voz de bárbara alegría.
Míralo El que es prodígio de ternura,
Y al Padre á quien pidió fuerza y consuelo
Demanda su perdon; y por su hechura
Vela de entónces con doblado anhelo.
¡Cuán ingrata y feroz la crïatura,
Y cuán dulce y sublime el Dios del Cielo!

LA SANTA CRUZ.

¡Siempre, siempre la CRUZ! Desde que al viento
Dióla con fé PELAYO en la montaña
No hay triunfo, no hay pröeza en nuestra España
Que impulso no la deban y alto aliento.
¡Testigos ocho siglos de ardimiento
Contra el Hijo de Agar, y tanta hazaña!
¡Testigo el mar que nuestras costas baña
Y es á COLON perenne monumento!
Testigos... ¿mas el Signo del Calvário
No ha de ser prenda cierta de victória
Si en él quiso espirar quien nos dió vida,
Y quien hizo del fúnebre sudário
Manto inmortal de sempiterna gloria
Y al morir á la muerte vió vencida?

Á LA

PURÍSIMA CONCEPCION,

PATRONA DE ESPAÑA.

Reina y Señora del Empíreo Cielo,
Tú á quien mi Pátria Protectora llama,
Y el hombre siempre en sus dolores clama
De tí esperando perenal consuelo;
La sola INMACULADA, la que el suelo
Libertadora del Humano aclama,
Y cuyo sacro corazon inflama
De perdurable amor férvido anhelo,
Al Supremo Poder, al Dios que un día
En tus entrañas albergarse quiso
Del Orbe siendo pasmo y alegría,
Ruega que de tu España el indiviso
Claro Päís, que siempre en tí confía,
Siempre á Extranjeros muéstrese insumiso (21).

EN EL FAUSTO NACIMIENTO

DEL

PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Hoy que en júbilo inmenso el Pueblo Hispano
Se agrupa en torno de la Régia Cuna,
Donde, núncio feliz de tu fortuna,
Bendícete al nacer el Vaticano;
Hoy que al Rey de los Reyes Soberano,
En oracion ferviente cual ninguna,
La voz eleva Aquella en quien se aduna
De Reina y Madre el gozo sobrehumano;
Hoy unidos aquí, do con fé nueva,
Del mútuo afecto en generoso alarde,
El lazo antíguo de hermandad sellamos,
De lealtad y de amor en clara prueba,
De DÄOIZ el ejemplo y de VELARDE,
¡Oh esperanza de España! te mostramos [22].

Á ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LAS EXPEDICIONES MILITARES DE COCHINCHINA, MÉJICO Y EL RIFF [23].

Allá á las costas de Turana envías
Muestra brillante del valor natío,
Y á Méjico y al Riff con noble brío
Naves y Huestes presurosa guías.
¿Será que tornan los antiguos días
De glória insigne y alto poderío,
Y el hado ántes adverso, hora ya pío,
Tus duelos trueca ¡oh Pátria! en alegrías?
Sí; que los Mánes de Guzman el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro
Por tí constantes velan, Madre España;
Y el Mundo todo, de respeto lleno,
Aún ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

EN LA TOMA DE TETUAN.

¡No mi afán me engañó! Musa que inspira
Es de Amor de la Pátria el sacro fuego,
Yo á su influjo vivífico me entrego,
Y, Núncio de Verdad, vibró mi lira.
España aún es España: el Orbe mira,
De noble sangre al fecundante riego,
Cual torna á alzarse fuerte la que ciego
Presa juzgaba de funérea pira.
Annam sucumbe, cede el Mejicano (24),
Y en la Ciudad al Marroquí sagrada
Al aire flota Hispánica Bandera,
Al par que Europa ensalza entusiasmada
De O'Dónnell, Prim, Bustillo y Ros de Olano
Los nombres, caros á la Gente Ibera.

Á LOS SERMOS. SEÑORES

INFANTES DE ESPAÑA

DUQUES DE MONTPENSIER,

CON MOTIVO DE LA RESTAURACION DE LA CASA
EN QUE MURIÓ HERNAN CORTÉS.

Yace la Madre España en triste duelo,
El alma presa de mortal quebranto;
Los claros ojos que enrojece el llanto
Fija afanosa en el tendido Cielo.
«¿Cómo, Señor, tu próvido desvelo
Mira tranquilo que el retiro santo
Del gran Cortés, á la Barbárie espanto,
Hoy se derrumbe en el Hispano suelo?»
Dijo, y calló: del Trono diamantino
Ráudo desciende Paraninfo hermoso
Del régio Bétis á la fresca orilla;
Y á impulsos del Espíritu Divino
La Morada del Héroe portentoso
Restáuran los Infantes de Castilla.

EN LA RESTAURACION

DEL

MONASTERIO DE LA RÁBIDA.

(15 DE ABRIL DE 1855.)

Magnánimo COLON, tú á quien un día
Prestó este asilo venerable y santo
Amiga sombra, al enjugar tu llanto
La fé en tu ciéncia que en Marchena ardía;
Tú á quien la Reina generosa y pía,
La gloriosa ISABEL, de España encanto,
Benévola acogió bajo su manto
Para honra eterna de la Pátria mía;
Héroe inmortal, á cuya voz un Mundo
Brotó del seno de los anchos Mares,
Digno prémio á tu esfuerzo sobrehumano;
Regocíjate ¡oh Génio sin segundo!
Hoy que restaura tus piadosos Láres
Un Príncipe de aliento soberano.

EN EL NACIMIENTO

DEL INFANTE

D. FERNANDO DE ORLEANS Y BORBON.

¡Nació! Cual nunca la Potente Diestra,
Del Infierno terror, gozo del Cielo,
Dejó cumplido el maternal anhelo
De la que ardiendo en fé siempre se muestra,
¡Nació! y el que en la bética palestra,
Sacro Monarca del Hispano suelo,
Fué de valor y de virtud modelo
Y al Árabe arrancó la Ciudad nuestra (25),
Contémplale risueño, y con su nombre,
Fáusto anúncio de dichas y de glória,
Le dá el amor de la Nacion Ibera,
Y que, alcanzando perenal renombre,
Los ejemplos renueve y la memória
Del magnánimo INFANTE DE ANTEQUERA.

EN EL RESTABLECIMIENTO

DE LA INFANTA

DOÑA CRISTINA DE ORLEANS Y BORBON.

De fiebre infáusta la abrasante mano
Pósase audaz en la infantil CRISTINA,
Y de su tersa frente alabastrina
Torna el puro matiz en fuego insano.
Publícalo la Fama, y desde el cano
Pirene hasta las Costas que domina
La Montaña del África vecina
Rompe en ayes España, mas en vano.
Crece sin freno el mal, á la que adora
Vé espirante LUÏSA, y entrañable
Plegária eleva, en lágrimas bañada;
Escúchala el Señor, de la que implora
La caridad contempla inagotable
Y allá en los Cielos resonó: SALVADA!

DOS DE MAYO.

Truena el cañon: intrépido VELARDE
Corre á afrontar la muerte en la peléa,
El acero en su diestra centelléa,
Fuego divino en sus miradas arde.
Muere, de Pátrio Amor en santo alarde,
Que Europa un día con asombro véa:
Blanco Lienzo el Francés pérfido ondéa
Y DAOIZ sucumbe á la traicion cobarde.
Rásgase entonce el alto Firmamento,
Y del egrégio CONDE DE GAZOLA (*)
Suena la augusta voz: «¡Sublime día,
(Exclama en celestial arrobamiento)
»Estos mis hijos son, esta la sola
»Ventura que restaba al alma mía!
»¡Tú inspiraste, Señor, tan grande hazaña!
»¡Siempre en mis hijos las encuentre España!»

(*) Fundador del Colégio de Artillería.

Á LA MEMORIA

DE MI VENERADO ABUELO EL CAPITAN GENERAL
DE LA ARMADA

D. JUAN RUIZ DE APODACA,

CONDE DEL VENADITO,

EN SU MISION DIPLOMÁTICA Á LÓNDRES.

Cuando los aires impetuoso hendía
El nuevo Marte en resonante carro,
Y desde Cádiz al confin Navarro
España en guerra asoladora ardía;
Cuando Europa aterrada enmudecía,
Rotas sus Huestes cual de frágil barro,
Y, so la planta del Francés bizarro,
La frente, un tiempo vencedora, hundía;
Tú, què el ejemplo de Madrid seguiste,
Y de Lepanto el Estandarte augusto
En la enemiga Escuadra tremolando
Glórias á España y á tu nombre diste;
Tú, á quien la Pátria en entusiasmo justo
Llevó á Lóndres, su honor en tí fiando,
Y á cuyo influjo blando
El gérmen de la paz brotó fecundo,
Tú coadyuvaste á libertar el Mundo (26).

EN LA MUERTE

DE MI MALOGRADO AMIGO Y COMPAÑERO

D. JUAN KIRKPATRICK.

Al peso del dolor cede mi frente
Y doblo ante un sepulcro la rodilla,
Hondas lágrimas surcan mi mejilla,
En fuego abrasador arde mi mente:
Triste recuerdo de amistad ferviente,
Ya malograda, para herirme brilla,
Perdida lloro la virtud sencilla
Que fué encanto del alma juntamente.
Entonce al Trono del Señor del Mundo
Álzase el corazon en ráudo giro
Ansiando haber á mi dolor consuelo,
Y al Padre de la Luz, en luz fecundo,
Ruego que mire aquél por quien suspiro
Mi acerba pena desde el almo Cielo.

Á LA SEÑORA

DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE,

POR SU ODA EN HONOR DE NUMANCIA.

Hoy que resuena el Pindo Castellano
Con el sentido y plácido concento
De Damas cien, que al vagaroso viento
El fruto dán de ingénio soberano,
Tú, contemplando el heröismo Hispano,
Alzas con noble impulso el claro acento,
Y das nueva existéncia, nuevo aliento,
Al Numantino asombro del Romano.
Y así como Corina obtuvo en Grécia,
Con Píndaro al luchar, la verde rama
Que en vano cinco veces disputóla,
Así tú, de quien ya Sevilla précia
El sublime cantar, y á quien aclama,
Ciñes láuro inmortal, Musa Española.

Á GIBRALTAR [27].

Cual de honor, lëaltad y excelsa glória
Fuiste insigne tëatro el negro día
En que tus moradores, á porfía,
Dieron ejemplo de inmortal memória,
Eres de entónces en la Hispana História
De vergüenza padron, que el alma mía
No en vano con furor contemplaría
Si hoy mi voz fuera signo de victória.
¡Oh, si á mi duelo, al ver que la Bandera
De Villacréces, y Árcos, y Guzmánes
En tu doblado muro no tremola,
Poder igual para triunfar se uniera!
¡Cómo la de la Pátria enarbolára
Y en tí otra vez por siempre la clavára!

AL CAPITAN (*) D. JUAN JUSTINIANO,

ESTIMULÁNDOLE

Á CONTINUAR SU INTERRUMPIDO POEMA:

HERNAN CORTÉS:

¡Tú desmayar, oh Amigo! ¡Tú que un día
Con estro poderoso celebraste,
Y á la region más alta sublimaste
Los claros triunfos del que en Dios confía!
¿Despareció tal vez la fé en que ardía
Tu noble corazon cuando cantaste
La hazaña de Rogér, y te aprestaste
De Cortés á löar la valentía?
¡Oh, no es posible, no! la épica trompa
De nuevo empuña, y con fogoso aliento
Del Extremeño insigne ensalza el nombre;
Y cuando el canto tuyo el aire rompa
Verás cual te conquista tu alto acento
El apláuso inmortal que anhela el hombre.

(*) Hoy Coronel de Caballería.

AL REGIMIENTO
DE
HÚSARES DE LA PRINCESA,
EN SU REGRESO
DE LA MEMORABLE CAMPAÑA DE ÁFRICA.

(Soneto de Consonantes forzados.)

Sí, contempladlos: son los *campëones*
Que á la carga lanzando sus *corceles*,
En Castillejos, triste á los *Infieles*,
Del Moro arrebataron los *Pendones*.
Los que en nuevos combates, de *lëones*
La fama al conquistar, no de *crüeles*,
Á su frente ciñeron más *laureles*
Que de Roma alcanzaron las *Legiones*.
Son los que España entusiasmada *espera*,
Los que el pueblo conserva en su *memória*,
Y Europa con asombro partir *viera*.
Grabad, pues, sus hazañas en la *história*,
De flores alfombradles la *carrera*,
Elevad monumentos á su *glória* (28).

Á LAS

CUATRO ÓRDENES MILITARES.

Cuando rota en pedazos se mostraba
La Unidad de la Hispana Monarquía,
Y rota entre sus Reyes la armonía
Segundo Guadalete amenazaba,
De Alcántara, Santiago y Calatrava,
Y de Montesa luego, á luz nacía
La sagrada, marcial Caballería,
Y de nuevo la Pátria se salvaba.
Cuatro siglos sus lides contempláron;
De Lasso, Calderon, Quevedo, Ercilla,
Sus insígnias despues el pecho ornáron.
Si en Armas como en Letras maravilla
Su história, y nuestros tiempos alcanzáron,
¿Quién extinguirlas osará en Castilla?

Á MI DULCE COMPAÑERA.

Á tí, Elisa, bien mío, el alma debe,
Ansiosa de expresarte su ternura,
De nuevo cultivar la ardiente y pura
Sublime Pöesía, que hoy me mueve.
Á tí de dulce paz los años nueve
Que en santo lazo, del Potente hechura,
Á tu lado han corrido, y la ventura
Que el corazon y el ánimo conmueve.
Á tí gustar de Padre las delicias,
El placer de sentir del Hijo blando
Las infantiles plácidas carícias.
Suene mi canto, pues, que, si cantando
Mi amor un día te mostró mi acento,
Tambien debe hoy alzarse al libre viento.

SEGUNDA PARTE.

COMPRENDE

LAS POESÍAS ESCRITAS DESPUES DE PUBLICARSE

LA PRIMERA EDICION.

EPÍSTOLA.

EL DIVORCIO.

Á TEODORO GUERRERO,

CONTESTANDO Á UNA EPÍSTOLA SUYA.

Carísimo Teodoro,
Si por mí he de responder,
Te diré que es un tesoro
Mi Mujer;
Que yo tampoco por nada
De ella me separaría,
Y que en la comun jornada
Será mía;
Que de mis hijos la suerte,
Aunque yo tal no quisiera,
Con el aprémio más fuerte
Lo exigiera.
Pero me aflige y me espanta
Contemplar la triste vida
De los que, con pena tanta,
Ven perdida

De dicha toda vislumbre,
Y míranse ¡desdichados!
Á perpétua pesadumbre
Condenados.
Ya de Consorte liviana
El deshonrado Marido,
Ya el que á fiera Tigre hircana
Vése unido;
Ya la Esposa, que trocado
Vé el que soñó blando yugo,
En el dogal despiadado
Del Verdugo.
La santa resignacion
Mucho puede, no lo ignoro;
Pero ¿es justo, en conclusion,
Oh Teodoro,
Condenar con mano impía,
Miéntras la vida les dura,
Á negra melancolía
Y amargura,
Á tanto varon honrado,
Á tanta digna matrona
Á quien el rigor del Hado
No perdona?
Problema es harto confuso,
Que resolver no pretendo.
Y así, digo: «¡Me recuso,
No lo entiendo!»

12 de Setiembre de 1883.

HIMNO.

EL REY EN MADRID [29].

CORO.

Hoy ensalzan de ALFONSO la glória
Los Iberos con Himnos de honor,
Y en sus pechos alientan cual nunca
La hidalguía, la fé y el valor.

I.

Tras larga, horrible noche
El Sol alza su disco,
Y el llano, el valle, el risco
Inunda nueva luz.
Así de ALFONSO el nombre
Calma de España el duelo,
Y aclámanlo en su anhelo
Del Vasco al Andaluz.

CORO.

Hoy ensalzan de ALFONSO la glória
Los Iberos en Himnos de honor,
Y en sus pechos alientan cual nunca
La hidalguía, la fé y el honor.

II.

Vedlo! de cien Monarcas
Las sombras le cobijan,
Y en él los ojos fijan
CORTÉS, el CID, GUZMAN.
Sábios, Artistas, Vates,
De España eterna glória,
Al Templo de Memória
Sus pasos guiando ván.

CORO.

Hoy ensalzan de ALFONSO la glória
Los Iberos en Himnos de honor,
Y en sus pechos alientan cual nunca
La hidalguía, la fé y el honor.

III.

No brilla, nó, en su diestra
La espada vengadora;
Mayor, más tentadora,
Más noble es su ambicion.
En torno de su Trono
No mira más que Hispanos:
¡No más sangre de hermanos!
¡Sus hijos todos son!

CORO.

Hoy ensalzan de ALFONSO la glória
Los Iberos con Himnos de honor,
Y en sus pechos alientan cual nunca
La hidalguía, la fé y el valor.

Octubre de 1869.

ODAS Y CANCIONES.

LA SALVACION DE ESPAÑA.

Castilla es mar de llanto,
Sus hijos son su azote,
No hay pueblo en que no brote
De sangre ancho raudal.
El horno del combate
Do quier ruge y se enciende,
Sus negras alas tiende
El Génio atroz del Mal.

Ni un rayo de esperanza
Á vislumbrar se acierta;
Sólo la muerte es cierta
Tras largo padecer.
Yermos los campos yacen,
Despareció el Tesoro:
Ni la virtud, ni el oro
Lógranse en calma ver.

Súbito, tierno Infante,
Niño tan sólo en años,
Á reparar los daños
De la Pátria se alzó.

¡Á su impulso renace
Feliz el Pueblo Ibero!...
¡ALFONSO EL JUSTICIERO
La História le llamó!

Hoy que, tras nuevos males,
Nuevo ALFONSO aparece,
Y en génio y virtud crece,
Que admiran en su edad,
Como Iris de bonanza,
¡Oh hermanos! acogedle:
Cual REY DE TODOS vedle,
Y ¡¡VIVA EL REY!! clamad.

23 de Enero de 1875.

A S. M. EL REY

EN SU LLEGADA

Á SEVILLA.

Hoy con férvida alegría
Sevilla á tu encuentro vuela,
Y se afana y se desvela,
Mostrando su bizarría,
En probar, cómo á porfía
Aún alienta y resplandece,
Y con tu presencia crece,
De sus hijos en el seno,
De Alfonso el Sábio y el Bueno
El timbre que la engrandece.

Y no ya su lëaltad
Hoy sólo á Sevilla mueve,
Que su corazon conmueve
Tambien Augusta Beldad.
Angel de amor y bondad
Á ceñir vá tu Corona,
Y aplaude el pueblo y abona
Eleccion que te honra tanto,
Y al aire dando su canto
Himnos en tu honor entona.

Suene tambien mi läud,
Y ensalce en tan fausto día,
De tí, Señor, la valía,
De la Infanta la virtud.
Tú, en temprana juventud,
Á altos Príncipes excedes;
De tu Amada afirmar puedes
Que es la más cumplida Dama:
No adula, pues, quien exclama:
¡VIVA EL REY! ¡VIVA MERCEDES!

22 de Diciembre de 1877.

EN EL FAUSTO
ENLACE DE S. M. EL REY
CON LA INFANTA
DOÑA MERCEDES DE ORLEANS.

¡Lució!—La aurora espléndida
De venturoso día,
Con generoso anhélito,
Con íntima alegría,
Del Ter al Mar Atlántico
Saluda el pueblo yá.
Ante su brillo fúlgido
Las sombras desparecen;
Del entusiasmo al ímpetu
El gozo, el amor crecen,
É himnos do quier escúchanse
De ardiente lëaltad.

No de rumores bélicos,
Ni de sangrienta glória
El vago viento imprégnase
Para fatal memória
De furores olímpicos
Y aciaga destruccion.

Mas de ternura cánticos
Deleitan y suspenden;
Talleres mil pacíficos
Sus máquinas encienden,
Y á celebrar prepáranse
Certámen bienhechor (*).

Ángel de Amor purísimo,
De perfeccion dechado,
En las regiones béticas,
De Amante Coronado
Los votos oye férvidos
Que inspira su beldad.
Y en ambos Régios Jóvenes,
De España honor y encanto,
Las esperanzas cífranse,
Que, en días de quebranto,
Fecundas concibiéranse
De bienandanza y paz.

No el Cielo en sus vastísimos
Designios mejor pudo,
Ni entre más nobles Cónyuges,
Crëar más dulce nudo,
Que aquel con que hora enlázase
Á MERCEDES el REY.

(*) Alude al REGALO DE BODA DEL TRABAJO NACIONAL.

De Dios la Mano próvida,
Ya de Ibéria apiadada,
El uno al otro uniéndolos,
Á entrambos reservada
La empresa dejó altísima
De hacer de España el bien.

Séa! Y jamás de pérfidos
Consejos nube impura,
Interpóngase lóbrega
En medio á su ventura,
Ni de la Pátria ocúlteles
El sacrosanto Altar!
Ante él hoy humillémonos
Cuantos á España amamos,
Y de ódios despojémonos,
Y unidos depongamos,
Por siempre de ella idólatras,
Cuanto causó su mal.

Enero de 1878.

EN EL ARRIBO Á SEVILLA

DE LA OFICIALIDAD DE LA FRAGATA

VILLA DE MADRID,

PROCEDENTE DE LA ESCUADRA DEL PACÍFICO.

¡No ha muerto! Vive, y, gigante,
Con una y otra Corona
Allá en apartada Zona
Su frente ciñe arrogante.
Contempla España anhelante
Sus triunfos, y, en grito santo,
Que á ingratos Pueblos dá espanto
Y á sus hijos enagena,
Exclama, de gozo llena:
«¡Es la misma de Lepanto!»

«¡Es la misma! ¡No hay dudar!
La que indomable fiereza,
Contra el Hado y la torpeza,
Mostró un día en Trafalgar.
La que en uno y otro Mar

Selló un tríunfo en cada ola,
La que el Mundo cercó sola
Antes que Nave Extranjera
La vuelta diese á la Esfera.
¡Es la Marina Española!

»¡Méndez Núñez! ¡Glória á tí!
Por tí frescos reverdecen
Y lozanos aparecen
Láuros que un tiempo ceñí.
Yo bendigo desde aquí
Tu alto esfuerzo, tu constáncia,
La insigne perseveráncia
De que muestra has dado al Mundo,
Célebre haciendo y fecundo
De nuevo un nombre:... ¡Numancia!»

Dice así España; y Sevilla
Al contemplar en su seno
Hoy á Alvár, que, de ardor lleno,
Lidió en la enemiga orilla,
Con entusiasmo, que brilla
En cada rostro, y destella,
Sigue afanosa su huella,
Y una Corona formando
Del laurel de San Fernando,
Sus sienes orla con ella.

Noviembre de 1866.

EL CABALLERO ESPAÑOL [30].

Acoge, gran CALDERON,
De mi entusiasmo la ofrenda,
¿Quién del Honor en la senda
No te rinde adoracion?
Por tí la Ibera Nacion
Nombre alcanza venerado,
Que, de Españoles dechado
Y de la Escena Monarca,
El Mundo tu Cetro abarca,
De uno á otro Polo acatado.

Por tí, como el claro Sol
Que allá en la azulada Esfera
Aparece y reverbera
Tiñéndola en su arrebol,
El CABALLERO ESPAÑOL
Osténtase generoso,
Galan, discreto, animoso,
Y Dios, su Dama y su Rey
Son su culto, son su ley,
Son su norte poderoso.

Nádie cual tú retrató
La Castellana Hidalguía:
Ser de Caballeros guía
Sólo tu génio alcanzó.
Hoy ante tu imágen yó,
Como Noble, agradecido,
Palmas bato enardecido,
Y al aplauso universal
Uno el aplauso lëal
De un Español bien nacido.

17 de Enero de 1868.

EN EL BANQUETE

CON QUE LOS POETAS SEVILLANOS CELEBRARON EL ÉXITO FELIZ DE LA LÓA

LA MEJOR CORONA.

¡Feliz mil veces la idéa,
En hora fáusta nacida,
De ver aquí rëunida
Hueste que el alma recréa!
¡Que este festin lazo séa
Que arraigue en el corazon,
Con generosa intencion,
La noble y pura semilla
Que en los Vates de Sevilla
Hizo brotar CALDERON!

¡Oh de los claros varones
Sublime, inmenso poder!
¡Despues de muertos tener
Império en los corazones!
Á su nombre las pasiones

Enmudecen, y su glória,
Que eterna vive en la História,
Es de todos ensalzada,
Y es la lira más honrada
La que honra más su memória.

De AYALA la voz potente,
Tal verdad al recordar,
Hizo nuestro canto alzar
Al génio más eminente.
De CALDERON el ingente
Númen, de España blason,
Ara fué de nuestra union:
¡Que eterna el Mundo la véa,
Que siempre fecunda séa,
Ansía mi corazon!

Enero de 1868.

Á CERVANTES EN LEPANTO.

Entre las revueltas olas
Del hondo Mar de Lepanto,
Al viento el Lábaro Santo
Dan las Naves Españolas.
Flámulas y banderolas
En topes y entenas largan,
Y al par que las velas cargan,
Enmendándose á porfía,
Retumba la artillería,
Y al Turco de horror embargan.

Súbito una trompa suena,
Y de hinojos prosternados
Alzan á Dios los Soldados
Plegária de fervor llena.
Gallarda luego y serena
Velocísima Fragata (31),
Que la Flota entera acata,
De su centro se desprende,
Y á su paso el agua enciende
Que en su cristal la retrata.

Allí va un Hijo inmortal
Del gran César CÁRLOS QUINTO,
Cuyo acero en sangre tinto
Verá el Infiel por su mal.
De silencio hace señal:
Y hasta los más alentados
Sienten sus bríos doblados
Oyendo del lábio augusto
Cuán noble, cuán grande y justo
Es lidiar como esforzados.

Hora de nuevo la suerte
Del Mundo torna á jugarse,
Y vá la Barbárie á hallarse
De España ante el muro fuerte.
Álzanse del polvo inerte
El CID, GONZALO, GUZMAN,
Y al contemplar á DON JUAN
Y aquella potente Armada
Ven su aspiracion lograda:
¡Por siempre hundido el Islam!

Tremendo estalla el combate,
Y en la Galera *Marquesa*
Parte demanda en la empresa
Jóven que la fiebre abate.
En vano pretende acate,

El Capitan, su mandato,
Que el mozo, en noble arrebato,
Dice que morir es ley
Por su Dios y por su Rey,
Y fuera, no hacerlo, ingrato.

Luchando como un lëon,
De própia sangre cubierto,
Cáe al fin... ¿acaso ha muerto
En tan gloriosa ocasion?...
Oh, nó! para admiracion
Perenne, y gozo profundo,
Su génio inmenso, fecundo,
Aún un Libro ha de escribir,
Y por él ha de vivir
Cuanto España y cuanto el Mundo.

23 de Abril de 1872.

Á MI HIJA

MARÍA DE LOS DOLORES.

Hija del alma, cándida azucena
Que aún al Mundo sus pétalos no abrió,
El Cielo quiera de virtud y dicha
Colmar tu vida, cual le ruego yó.
Sólo Dios puede, en su poder inmenso,
Tan altos bienes al Humano dar,
Mas á éste, en cambio, merecerlos toca,
Y, ante Dios, merecer es alcanzar.
Benigno el Hacedor fúlgida llama
De clara inteligéncia en tí encendió,
Y, rico engarce á tan preciada joya,
De púdica belleza te dotó.
Sírvate aquella de segura guía
En la azarosa senda mundanal,
É inútiles serán los torpes lazos
Que á tus grácias tender osáre el Mal.
De las pasiones nunca á la vehéncia
Entregues tu inocente corazon,
Piensa que sólo consejera debe
De quien es racional ser la razon.

La paz de la conciéncia es para el alma
La paz suprema, el soberano bien,
Y á más al rostro su reflejo envía
Y es la belleza física tambien.

Así tu encanto y tu ventura cifra
Dicha tan inefable en conseguir,
Y así tambien las Celestiales puertas
Verás un día ante tu paso abrir.

Ni olvides que en sus dones quiso el Cielo
Hacerte el de una Madre sin rival;
Ella tu ejemplo y tu dechado séa,
Y, en el mar de la vida, tu fanal.

Sé dulce, sé modesta, como cumple
Ser á quien tiene, cual sucede á tí,
Do quier modelos de virtud, que brillan
Como brilla entre esmaltes el rubí.

Hija del alma, de mi lábio amante
Siempre escucha el acento paternal;
Mi bendicion recibe, y la Divina
Baje sobre tu frente virginal.

6 de Agosto de 1876.

Á LA DUQUESA
DE ALMODÓVAR DEL RIO.

Si el mirarte hace gozar,
Tambien hace padecer,
Que, al cabo, duele pensar,
Un tesoro al contemplar,
Que nuestro nunca ha de ser.

Enero de 1876.

Á LA INSPIRADA POETISA
DOÑA CAROLINA DE SOTO.

TUS CABELLOS.

Es tu blonda cabellera,
Sedosa, espléndida, rica,
Corona que dignifica
Y completa tu beldad;
De tu claro ingénio emblema,
De tu talle régio manto,
De quien te contempla encanto,
Don de la Excelsa Bondad.

17 de Agosto de 1883.

Á MI SOBRINA ELVIRA.

Es alto don la beldad,
Que Dios á pocos concede,
Pero el ingénio le excede,
Y en más grado la bondad.
Es tambien la calidad
Joya que aún valor conserva,
Y á la riqueza reserva
Tal mágia, ciego, el Humano,
Que en sus delírios, insano,
Prefiere Pluto á Minerva.

En tí lucen estos dones,
Pero ninguno te engría,
Bienes son que Dios envía,
No de tu sér crëaciones.
Mas si de cien corazones
Ser dueña quieres, y santo
Gozo inspirar, y que el llanto
Nunca á tus ojos dé pena,
Prefiere á todo ser buena
Y de los tuyos encanto.

Enero de 1878.

LOS VERDADEROS SOLDADOS.

De nuestra excelsa Patrona
Hoy es el glorioso día,
Y de la Fé, que encendía
Su pecho, el nuestro blasona.
Ella, espléndida corona
Vió su frente circundar;
Nosotros, al invocar
Su nombre en la lid más ruda,
De ella esperamos ayuda
Y otra Corona alcanzar.

Corona, cuyo esplendor
Nada puede oscurecer,
Y que no es dado obtener
Sin virtud y sin honor.
El sufrimiento, el valor,
La rígida disciplina,
Sin la cual ni se imagina
Que existir puedan Soldados,
Son los florones preciados
De joya tan peregrina.

«Los que no marchan conforme
»Á obediencia y sujecion
»No son Soldados, que son
»Bandidos con uniforme.»
Dijo un Vate, y el que forme
De la Pátria en las Legiones
Las magníficas razones
De quien como el Sol lucía
Tenga por Norte y por guía.
¡No más torpes rebeliones!

La Cruz, Enseña Divina,
Que en Las Navas y en Lepanto
Fué del Musulman espanto
Y de su Império rüina;
La Cruz, á cuya doctrina
Su dignidad debe el hombre,
Y la mujer, que su nombre
No signo de esclava séa,
Y que aquel por ella créa
Y glória alcance y renombre,

Es la Insígnia que mirámos
En nuestro Pendon brillar,
La misma con que al triunfar
Nuestro pecho honrar ansiamos.
La Paz con ella alcanzámos

Al retumbar del cañon,
Y débenos la Nacion
Su honor, su prosperidad,
El hogar su integridad,
Su culto la Religion.

¡Viva España! ¡Viva el Rey!
Es nuestro grito de guerra,
Grito que un tiempo la Tierra
Oyó cual suprema Ley.
Ser de la Española Grey
Firme, impenetrable escudo,
Lograr que, de asombro mudo,
El Orbe en nosotros véa
Alto esfuerzo en la peléa,
Nunca al vencido sañudo,

Es la ardiente aspiracion
Que nuestro entusiasmo excita,
La que conmueve y agita
Nuestro fuerte corazon.
De esta preclara Nacion
Nuestro pátrio amor quisiera
Que un día dado nos fuera
Los lindes ver dilatados,
Y morir, si no, abrazados
Á la Cruz de su Bandera.

4 de Diciembre de 1882.

Á LOS ILUSTRES REPRESENTANTES
EN MADRID
DEL EJÉRCITO PORTUGUÉS
EN LA VELADA QUE CELEBRÓ EN HONOR SUYO EL CENTRO MILITAR ESPAÑOL.

Hoy de dos Pueblos Hermanos
Aquí sellamos la union,
Y á impulsos del corazon
Estréchanse nuestras manos.
Nunca Destinos tiranos
Rompan tan santa Alïanza,
Y en Dios puesta la esperanza,
La mente en nuestros Anales,
Con hazañas inmortales
Mostremos á cuánto alcanza.

¡Exígelo nuestra história!
¡De Juanes y de Manueles,
De Fernandos é Isabeles
El siglo de eterna glória!
¡Jamás humana memória
Recuerda mayor alteza:
Una tras otra pröeza
Brotar do quiera contemplo,
Y de la Fama en el Templo
No cabe tanta grandeza!

Si la Tierra se duplica
No á Extraños Pueblos se debe;
Que, hallando su extension breve
El nuestro, la multiplica.
Nacion ninguna más rica
Herencia legara en dón,
Que aquellas que por blason
LEONES y QUINAS ostentan,
Y á la admiracion presentan
Del mundo á GAMA y COLON.

Y ya completa la Esfera
De circundarla hallan modo,
Que, cuando hecho no está todo,
Juzgan que nada se hiciera.
El paso que al Sur se abriera
Cruza audaz un Lusitano,
Con él surca el Occeäno
Un Español más dichoso,
Y se hace el nombre famoso
De MAGALLANES y ELCANO.

Y tanta nueva region
Hay luego que conquistar,
Y allí tambien que implantar
La Cruz de la Redencion.
Una y otra gran Nacion

Á ALBURQUERQUE y á CORTÉS,
De quien própio el triunfar es,
Tan alto empeño confían,
Y aquellos que combatían
Alfombra son á sus piés.

Si de ESPAÑA y PORTUGAL
Tal la mision resplandece,
Que á nuestros ojos se ofrece
Cual obra providencial,
Brillo que no encuentra igual
Lanzan sus Letras radiantes,
Pues los que más arrogantes
Sus glórias más grandes ajan,
Callan y la frente bajan
Ante CAMÖENS y CERVÁNTES.

Y si un dia malhadado
El buen Rey DON SEBASTIAN
Del acero musulman
Despojo fué infortunado,
HERRERA, en estro indignado,
Su venganza profetiza;
Como despues eterniza
CALDERON á aquel Infante,
Príncipe en la Fé constante,
Que el Bárbaro martiriza.

Alcemos, pues, nuestra frente
Con noble y gallardo brío:
El antiguo poderío
El pecho inflame y la mente.
Unidos, empresa ingente
No habrá á nosotros extraña,
Y, al dar cima á cada hazaña,
Grande hagamos y acatado
De nuevo el nombre sagrado
De PORTUGAL y de ESPAÑA.

28 de Mayo de 1883.

A VICTOR HUGO.

Si tu voyais une Anémone,
Languissante et prés de périr,
Te demander comm'une aumóne
Une goutte d'eau pour fleurir;

Si tu voyais une Hirondelle,
Un jour d'hiver, te supplier,
Á ta vitre battre de l'aile,
Demander place á ton foyer,

L'Hirondelle aurait sa retraite,
L'Anémone sa goutte d'eau:
Pour toi, que ne suis-je, ô Põete!
Ou l'humble Fleur ou l'humble Oiseau!

PIERRE DUPONT (32).

Á VICTOR HUGO.

TRADUCCION DEL ORIGINAL FRANCÉS

DE PEDRO DUPONT.

Si una Anémona miráses
Que á punto ya de morir,
De agua una gota anhelaba
Para lozana vivir;

Si con las alas batiendo
De tu ventana el cristal
Pidiera una Golondrina
Tu amparo en día invernal,

Tuviera el Pájaro asilo,
La Flor el agua que ansió:
¿Por qué para tí, oh Pöeta,
Flor ó Ave no soy yo?

ELEGÍA.

EN LA MUERTE DE TASSARA.

Oh, nó! Su límpia mirada
No más hallará la nuestra
Ni ha de prestarnos su diestra
Sostén en esta jornada.
De su existencia, tronchada
Cuando aún sazonado fruto
Dar debía, sólo luto,
Y desolacion, y muerte,
Nos restan, que, polvo inerte,
Pagó ya el comun tributo.

Tassara no existe!... ¡Arcano
Que el hombre á explicar no acierta!
¿Á qué, si la muerte es cierta,
Al Mundo viene el Humano?
Ese Poder Soberano,
Sábio, inmortal, infinito,
Cuyo nombre se halla escrito
En la flor y el firmamento,
¿Por qué vida y pensamiento
Dá en la Tierra á lo finito?

Y si de un Mundo anterior
La existencia el hombre ignora,
Y no es ley que purgue ahora
Culpas de que no es autor;
Si de su aficion señor
No se encuentra, ni en su hechura
Parte tuvo, ni en él dura
Memória de pacto alguno,
¿Cómo emplazar á ninguno
Para una vida futura?

Abismo en que la razon
Se confunde y se anonada,
Y ante el cual, ó álzase airada
De protesta en fiero son,
Ó en su misma confusion
Halla sólo en la Fé amparo,
Y en sus aras cuanto es caro
Á su pecho deposita,
Y á mirar la Fé le excita
Lo incomprensible, ya claro.

¡Extraña contradiccion
La que nuestro sér encierra,
Mas que muestra que en la Tierra
La vida sólo es prision!
Así, cuando el corazon,

En conjunto, perdurable
Verla ansía, luego, instable,
En cada caso el mortal,
Quisiera, con ánsia igual,
Que abreviarla fuera dable.

¡Cuán triste la Humanidad!
¡Siempre sangre, siempre horrores,
Siempre insaciables furores!
¡Tal su história en toda edad!
Corriendo tras la verdad
Sólo alcanza la mentira.
¿Quién la mueve? ¿Qué la inspira?
¿Por qué en el mal se complace
Cuando en torno brotar hace
Dios el bien porque suspira?

Mas detén ¡oh mente mía!
El tropel de pensamientos
Que indómitos, turbulentos
Luchan entre sí á porfía.
Ni un punto la razon fría
Puede sola calma darte,
Que, ante el tremendo Estandarte
De la Duda, muerta el alma
Muere con ella la calma:
¿Qué entónces puede alentarte?

Dichoso tú que á la altura
Ya, Vate ilustre, ascendiste,
Y ya el fuego en que bebiste
La inspiracion en tí dura.
Tú, con inmensa ventura,
La eterna Verdad conoces:
¡Ruega á Dios porque veloces
Nuestras dudas desparezcan,
Y fructifiquen y crezcan
De vívida Fé los goces.

1876.

ROMANCES.

Á LA EMINENTE POETISA

DOÑA GERTRÚDIS GOMEZ

DE AVELLANEDA.

MONÓLOGO.

I.

Dícenme que versos ponga
En el *Album del Candil*,
Y en verdad que en un aprieto
Cual este nunca me ví.
Yo, que jamás en las aras
Del Ex-Dios que en el rëir
Cifró la dicha suprema
Que gozarse puede aquí,
En este que otros llamáron
Valle de lágrimas mil,
Viéndolo al través sin duda
De su ciencia ó de su esplin,
Deposité ni una ofrenda,
Valiosa ni baladí,
¿He de provocar ahora
De la risa el frenesí?

¡Tamaña empresa me abruma
Y abrumara á un Amadís,
Y de la Tabla Redonda
Al más bravo paladín!
¿Por qué, si es tal el intento,
No dirigirse á Rubí,
Cuyos versos andaluces
El ceño hacen desfruncir;
Ó á la pluma juguetona,
Que á *Marcela* y *Don Martin*,
Y á *Don Frútos Calamocha*
De tal modo describir
Supo, con gracejo tanto,
Que Moliére y Moratin,
No hallan émulo más digno
Del Newa al Guadalquivir?
Rebélome pues, que al cabo
Estaré al obrar así
En carácter, que otra cosa
No dá la época de sí.
Y á bien que nádie de ingrato,
Ni deslëal, ni malsin
Podrá tacharme, que nunca
Favor alguno debí
Al dueño del Album ¡como
Que ni tan solo entreví
Su figura, ni oí su nombre,
Ni sé si vive en Pekín!

Resuelto estoy: no hago un verso,
Ni quiero el Album abrir;
Mañana muy tempranito
Se lo devuelvo á Lüís.

II.

¡Es mucho! ¡Que ha de estar uno
Á merced de Don Joaquin,
Y Doña Ana y Don... Cualquiera,
Que se le antoja exigir
Que sin gana, y contra viento
Y maréa, y hasta sin
Conocer á la persona
Se ponga usted á escribir;
Y diga, si el dueño es dueña,
Y féa, y como Pipí,
Que es más discreta que STÁEL,
Y más que ELENA gentil;
Y si es hombre, que en el mundo,
Desde que murió DAVID,
No hubo inspiracion más alta,
Ni un ingenio más sutil!
Y si usted escribe en sério
Ha de hacer el Arlequín,
Y si á lo Alcázar, Heráclito
De tipo le ha de servir!

Nada, lo dicho, este Album
De *Album* no sale por mí,
Y siga por siempre siendo
Rival de las Once Mil.
Pero ¿y VIDART? ¡De seguro,
Al saberlo, ha de decir
Que por qué desde un princípio
Mi intento no le advertí...
Pues ¡qué diga lo que quiera,
Ni una letra he de escribir!
¡Vayan noramala el Album
Y mi nécio compromí...!
¡Demonio! ¡Ni acabar pude!
Del envïón que le dí
Fué el libro hasta el borde mismo
De la Mesa... ¡Por San Gil!
¡Si ligero como un rayo
Sobre él no voy, al jardin
Vuela, y se pone precioso,
Ó se hace pedazos mil!
¡Mal hayan los génios vivos!
Pero ¡qué remedio! así
Me hizo Dios, y no hay escape
Miéntras me dure el vivir!
Y el libro se ha abierto! Vaya,
Puesto que yo no lo abrí,
Con intencion por lo ménos,
Vëamos... mas, ¿qué leí?

III.

Qué nombre es este? ¿De Tula
Es el Album? San Quintin
No vió nada comparado
Con la que va á armarse aquí.
Vidart de todo es culpable
Por no aclararme!... ¡He de ir
Á verle, y he de ponerlo
Como hoja de peregil!
¿Si yo hubiera sospechado
Quién era el dueño ¡ay de mí!
Cómo negarme ni un punto
Á deséo tan feliz?
Tan feliz, sí, porque honrando
Á Gertrúdis me honro á mí,
Y uniendo mi nombre al suyo
Lo hago inmortal *porque sí*.
Y séa en broma ó en sério,
En Español ó en Latin,
De palabra ó por escrito,
En verso ó en prosa vil,
Puedo afirmar sin reparo,
Pues lo afirmo sin mentir,
Que la siempre ilustre autora
De *Säul*, *Guatimozin*,

Y *Baltasar;* la que aclaman,
De los Andes al Cenís,
Por dechado de Pöetas
En esta tierra del Cid,
De elógios tantos es digna
Como arenas lleva el Sil,
Y el homenaje merece
De cuantos sientan latir
Un corazon bien templado
En su pecho, y aquel *quid*
En su mente con que HORACIO
Quiso inspiracion decir.
Voy pues, sin darme reposo,
De la Hija del Yumurí
En justo honor... Mas ¿qué puedo
Á lo ocurrido añadir?...
Cierto! con narrarlo basta.
Cojo la pluma, y aquí,
En estas nítidas hojas,
Doy á tal empresa fin.

. . . . . .

Hecho ya está, bella TULA,
Y ahora me toca pedir
Que esta humilde ofrenda mía
Encuentre indulgéncia en tí.

Enero de 1870.

Á RAFAELA, CÁRMEN Y VICTORIA

PONCE DE LEON.

Tres son las grandes Virtudes,
Tres las Poténcias del alma,
Tres las Grácias del Olimpo,
Tres grupos las Nueve Hermanas,
Y tres sóis vosotras, Niñas,
Que en la tierra jerezana
Generosa por sus vinos,
Siempre esforzada en las armas,
Y cuyas hijas son glória,
Y encanto, y gala de España,
Renovando aquella cifra
Sóis tambien suma abreviada
De tan raras perfecciones,
De cualidades tan altas.

Enero de 1878.

Á LA CATHÉDRALE DE CORDOUE.

Forêt splendide aux troncs de marbre et de porphyre,
Cathédrale-Mosquée, ètrange monument,
Pour t'élever un Dieu seul ne pouvait suffire,
Et deux ont mis la main á ton achévement.

C'est toi qui réunis, par un prodige unique,
Dans ton enceinte inmense, oú l'æil va s'égarant,
La colonne mauresque au pilier catholique,
Jésus á Mahomet, l'Evangile au Coran.

Des deux Religions laquelle icí l'emporte?
Pour faire son salut quel est le bon chemin?
Laisserai-je, en entrant, ma babouche á la porte?
Ou dans le Bénitier dois-je tremper ma main?

ERNESTO BOYSSE.

2 Juin 1875.

A LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

(TRADUCCION DEL ORIGINAL FRANCÉS
DE ERNESTO BOYSSE.)

Espléndido bosque de pórfido y mármol,
Iglésia-Mezquita, portento sin par,
Á alzarte, dijérase, que un Dios no bastaba
Y en tí dos pusieron su mano inmortal.

Tán sólo en tí se unen, por raro prodígio,
En esa tu mole, que el vértigo dá,
Pilares cristianos á moras columnas,
Jesús á Mahoma, la Bíblia al Coran.

De entrambas Creencias, ¿aquí cuál domina?
¿Cuál de estos caminos salvarme podrá?
¿Descalzo á tus puertas habré de postrarme?
¿Ó en agua bendita mi mano bañar?

SONETOS.

LAS CARTAS DE MIS AMIGOS DE ESPAÑA.

(TRADUCCION DEL ORIGINAL ALEMAN DE MR. JUAN FASTENRATH, POETA INSIGNE, ESCRITOR INFATIGABLE Y ENTUSIASTA HISPANÓFILO.)

Más feliz soy que CRESO, su riqueza,
Sus goces nada valen comparados
Con los de mí jamás harto preciados
Por su Celeste influjo y su grandeza.
Ni excédenles de LASSO, en la terneza,
Á FLÉRIDA los Cantos celebrados,
Ni del TASSO á LEONOR los inspirados
Versos lógran vencerles en alteza.
Y lo que dicha tanta me procura,
Y es más grato á mi pecho que á ABELARDO
De ELÖISA las Cartas, y en sí entraña
Del PETRARCA la llama excelsa y pura,
Las Cartas son, ¿por qué en decirlo tardo?
De mis Amigos de la noble España.

4 de Setiembre de 1872.

Á LA CÉLEBRE ESCRITORA

MARÍA BONAPARTE WYSE RATAZZI

Y AL DISTINGUIDO INGENIERO

LUIS DE RUTE,

EN SUS BODAS.

España, Fráncia, Itália en este día
En vínculo feliz de amor se estrechan,
Y la Discórdia y el Error, que acechan,
Huyen como ante el Sol la noche umbría.
Hoy unida la augusta Poësía
Á la Ciéncia inmortal frutos cosechan,
Que ya cuidados y temor desechan
Y esposos tiernos son Luis y María.
¡Plácida union, que la Latina Gente,
Símbolo de la suya victoréa
Con ardoroso afan, con voz ingente!
¡Dichosa una y mil veces siempre séa,
Y nunca el Mundo en vuestra noble frente
La huella del dolor marcada véa!

19 de Enero de 1880.

EN LA CONMEMORACION

DE LA MUERTE DE AYALA.

¡Epitalámio ayer, hoy Elegía!
¡Cuán fiel trasunto de la vida humana!
¡Tras la risa el dolor, la muerte insana
Alzándose implacable en nuestra vía!
Ayer ante nosotros contraía
Lazo fecundo, Musa Soberana,
Hoy á juntarnos vá suerte inhumana
De un Vate insigne ante la Tumba fría.
¡AYALA, noble Amigo, jamás, nunca
Tu mano tornará á estrechar la nuestra
Ni á fijarse en nosotros tu mirada!
Mas, si la vida material se trunca,
Subsiste el alma, que de Dios la diestra
Lugar marcóle en su eternal Morada!

20 de Enero de 1880.

Á CALDERON

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

Cuando el Poder Hispano su balumba
Ya á sostener no alcanza, y desde el Rheno
Al Mar de Luso y al confin Tirreno
Con pavoroso estruendo se derrumba;
Y ábrese á devorarlo inmensa tumba,
Y de asombro y espanto el Orbe lleno
Escucha absorto el asordante trueno
Que en el espácio sin cesar retumba,
Álzase CALDERON, y por él vive
La fé, y la glória, y el honor de España,
Y de sus claros hijos la hidalguía.
Así hoy su génio apláusos mil recibe
De la Española Gente y de la Extraña,
Y así humilde le ensalza la voz mía.

Mayo de 1881.

Á LA RECONSTITUCION
DE LA
NACIONALIDAD IBÉRICA.

AL CORONEL D. LUIS VIDART,

POETA, FILÓSOFO É IBERISTA.

No su lumbre negar quiera á mis ojos
El claro Sol, sin que alcanzarla véa,
Y que, alcanzada, indestructible séa,
Aunque al audaz Britano cáuse enojos.
Sólo así de dos Pueblos los sonrojos
Cesarán, y al impulso de alta idéa
Una gran Nacion más habrá Européa,
Con Gibraltar y Tánger por despojos.
Mas, si fin tan glorioso ha de lograrse,
No merced á la amarga vïoléncia
De fratricida lucha ha de alcanzarse.
¡Ceda esta vez de Destruccion la Ciéncia!
¡De España y Portugal el santo lazo
Fruto ha de ser de fraternal abrazo!

4 de Octubre de 1882.

ESPAÑA

Y LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

De Cervántes la Léngua, eterna vive
En ellas, é igual Fé, y en vano quiere
Su influjo contrastar quien pretendiere
La union romper que lazo tal prescribe.
Hijas y Madre son: no se concibe
Razon alguna que su amor altere,
El golpe que á la más lejana hiere
El corazon de todas lo recibe.
Colon, Cortés, Pizarro, los Pinzónes,
De América y España á un tiempo mismo
Son glórias, que eternizan sus blasones;
Y en aras de su génio y su heröismo,
De Isabel y Bolívar las Naciones
Juzguen su mútuo afecto patriotismo.

22 de Noviembre de 1883.

AL PRÍNCIPE IMPERIAL

DE ALEMANIA,

EN SU VISITA Á LA CÓRTE DE ESPAÑA.

¡PRÍNCIPE, bien venido! te saluda
Hoy por mi lábio la gloriosa España,
La que en una y en otra audáz campaña
Europa contempló, de asombro muda.
Si la suerte despues le fué sañuda
Y sus laureles triste duelo empaña,
Luz de esperanza ya su Cielo baña,
Que un Rey digno de serlo dále ayuda.
Nádie cual tú apreciar su glória puede,
Que vencedor en cien combates fuíste,
Fama alcanzando que á ninguna cede.
Y pues á España visitar quisiste,
Ella tu mano estrecha agradecida,
Y á su saludo su amistad vá unida.

23 de Noviembre de 1883.

Á ISABEL LA CATÓLICA

EN LA ERECCION DEL MONUMENTO
QUE LE DEDICA EL PUEBLO DE MADRID, Y EN EL CUAL FIGURAN,
ADEMAS DE SU ESTÁTUA, LAS DEL CARDENAL MENDOZA
Y EL GRAN CAPITAN.

De ALFONSOS y FERNANDOS heredera
Y de un Monarca insigne egrégia Esposa,
Fuiste la Soberana más gloriosa
Al ser entre ISABELES la Primera.
Tú de la Reconquista la postrera
Piedra pusiste, y una y victoriosa
Á España haciendo, grande y portentosa
Aún más la hiciste al completar la Esfera.
Nunca la História olvidará tu nombre;
Como recuerda, de respeto llena,
De Fé al dechado, de la Guerra al rayo:
Y Monumento de eternal renombre
Alza en tu honor, y el ánimo enagena,
Hoy el Pueblo inmortal del DOS DE MAYO.

28 de Noviembre de 1883.

NOTAS.

(1) Pocos meses despues de honrarme D. Luis Segundo Huidobro con el magistral Prólogo que encabezó la primera Edicion de estas Poesías y que encabeza la presente, entregó su alma al Criador, víctima de una enfermedad que no perdona. Su muerte fué en Sevilla un verdadero duelo público. Séame permitido consignar aquí, como último homenage á su memória y nuevo testimónio de la profunda gratitud de mi corazon, la *Adverténcia* con que, á mi vez, encabecé la Coleccion de sus *Obras Escogidas*, publicadas en 1870, á propuesta mía, por la Real Académia Sevillana. Héla aquí:

«A expensas de su família, tan cariñosa como ilustrada y en la que la grata memória del malogrado D. Luis Segundo Huidobro se conserva como una religion, publica hoy las Obras de éste la Real Académia Sevillana de Buenas Letras, de la cual fué Indivíduo Numerário y uno de los mejores ornamentos.

»Cabe á quien esto escribe la satisfaccion de haber iniciado la idéa de hacerlo, y la honra, no por inmerecida ménos halagüeña, de haber recibido de la Académia el encargo de llevarla á cabo. Para corresponder, si nó como debía, al ménos hasta donde me ha sido dable, á la confianza en mí depositada, he hecho cuanto ha estado á mi alcance, sin perdonar diligéncia para que la Coleccion que se dá á la estampa fuera lo más selecta posible, y, dentro de esta circunstáncia, todo lo completa deseable. Al formarla he tenido presente la oportuna frase de un moderno y esclarecido Escritor, hijo de este suelo, D. Joaquin Francisco Pacheco, de que res-

pecto á las Obras póstumas ordenadas por otros que sus autores, siempre habia sido amante de las *escogidas*, nunca de las *completas*. No puede en verdad ser digno de aplauso que guiándose por el solo critério de publicar cuanto un Escritor ha producido, se dé cabida en la Coleccion de sus Obras á aquellas que él tenía justamente relegadas al olvido, y que no hubieran unas visto nunca la luz ni otras hubieran aparecido de nuevo, á ser él quien hubiese dirigido la edicion. Presentar como gran hallazgo, un trabajo informe ó que séa el primer débil bosquejo de un cuadro acabado y perfecto que haya conquistado imperecederos laureles á su afortunado creador; publicar, oscureciendo con ello la justa fama de un hombre de letras avezado yá á alzarse á las más elevadas regiones, aquellos primeros y vacilantes ensayos en que empezó á ejercitarse su númen, incurriendo en los errores y defectos hijos de la inexperiéncia inherente á todo principiante; reproducir lo que destituido de verdadero interés sólo fué debido á circunstancias del momento, y pasadas éstas dejó de tener toda importancia y hasta se quisiera no haberlo escrito, podrá ser muy del agrado de un Bibliomano, que, á trueque de creerse un nuevo Colon de otro Nuevo Mundo, no vacile en amenguar la reputacion de aquel á quien de este modo sacrifica ante la posteridad; pero de seguro no hallará grâcia ante la verdadera crítica, ni merecerá otra cosa que la unánime reprobación de cuantos realmente se interesen por la glória del Escritor así maltratado.

»De tal escollo he procurado huir, y créo haberlo conseguido sin dar en el opuesto, no ménos temible, de omitir la publicacion de cosa alguna que pudiera contribuir á enaltecer la memória del digno hijo de Sevilla, cuya prematura pérdida lamentan con ésta y la Académia, sus amigos todos, y, de seguro, cuantos léan sus Obras.

Nada me toca decir acerca del mérito de éstas ni de la vida ejemplar del que les dió el sér, y que á par de Escritor distinguidísimo, era pensador profundo, católico ferviente, gran ciudadano y

modelo de hijos, de esposos y de padres. La sincera amistad que á él me unía y la obligacion de pagar como es própio de corazones agradecidos la muestra de esa misma amistad con que quiso honrarme, escribiendo cuatro años há el magnífico Prólogo con que avaloró mis *Poesías*, así me lo ordenaban; pero títulos más preferentes que los míos me lo han vedado, ganando al propio tiempo no poco en ello la buena memória de Huidobro.

»El Sr. D. José Fernández-Espino, Director dignísimo de la Académia, en concepto de tal y en el de Catedrático, después del ilustre Lista, del amigo que lloramos, impulsado además por la obligacion estrecha que le imponía el haber merecido de éste, ántes que otro alguno, que encabezára con un Prólogo, por todo extremo interesante, sus notabilísimos *Estudios de Literatura y de Crítica*, era el llamado á escribir el de esta Coleccion, en que habian de tener su lugar propio los juícios acerca del Autor y de sus producciones.

»Así lo ha hecho con la galanura de estilo y elevacion de pensamientos que resplandecen en cuanto nace de su docta y elegante pluma. Páginas adelante hallarán tan sabroso pasto los lectores.

»He cumplido por lo que á mí toca, consignando, como lo he hecho, la causa de esta publicacion y la manera cómo ha sido realizada, y al ejecutarlo no me ha movido vano deséo de llamar sobre mí la atencion de quien leyere, sino la obligacion de corresponder al encargo de la Académia, y de dar este testimónio de inolvidable recuerdo al infortunado Huidobro, cuyo nombre ocupará digno lugar entre tantos insignes hijos de Sevilla como la han ilustrado, y cuya rectitud y cuya ciéncia hoy más que nunca se echan de ménos.»

(2) De las Poesías que forman la primera Parte de esta Coleccion, son muy contadas las que no aparecen en ella tales como vieron la luz en la primera Edicion que por sí solas constituían.

En algunas, muy pocas, he introducido ligeras variantes, y sólo ésta, publicada por vez primera en 1856, y despues, con la presente, hasta otras siete, cada una más ampliada, ofrece, en su virtud, notables diferéncias; llegando el número de sus versos á ser mayor de doble que el primitivo, y siendo más de triple que en un principio el de los Vates-Militares en ella conmemorados.

No he creido, sin embargo, procedente introducir en su texto variantes de tal índole que desnaturalizásen su significacion respecto á la época en que primeramente vió la luz, despojándola así de su verdadero y genuino carácter; como acontecería si á los nombres de los Soldados-Poetas que brillaron en los pasados tiempos y á los de quienes á la sazon brillaban, añadiese ahora los de aquellos que desde entónces han florecido.

Pero ya que, por la indicada razon no pueda hacerlo, complázcome por extremo en aprovechar la ocasion que me ofrece esta Nota para consignar que, tanto el ilustre Autor del *Diario de un Testigo de la Guerra de Africa*, D. Pedro Antonio de Alarcon, y el distinguido Director de *La Ilustracion Militar*, D. Arturo Zancada, como los Sres. Aguirre de Tejada, Alcon, Alvear, Araujo, Arráez, Atáide, Bonafós, Cano (D Cárlos y D. Leopoldo), Capdepon, Casenave, Cebállos Escalera, Cebállos Quintana, Cervilla, Cospedal, Cotarelo, Espina, Estévanez, Fuéntes-Bustillo, Gamayo, García del Canto, García Samaniego, García Vivanco, González Serrano, Hermúa, Hernández Perez, Hernández Raimundo, Lapoulide, La Serna, Latorre, Llános, Madariaga, el Marqués de Medina, Martin Arrúe, Moya, Negrin, Novo, Olavarría, Olave, Olive, Ordax, Ortiz de Pinedo, Pardo, Prieto, Rodríguez García, Romero Quiñones, Saenz de Urraca, Salazar del Valle, Suarez de Figueroa, Tavira, Tournelle (D. César y D. Felipe), Valverde, Velázquez Borda, Zamora y Zbikowsky, no ménos que los malogrados Díe Pescetto, González Iribárren, Hévia, López Carrafa, López Pinto (D. Juan), Macías Acosta, Mariátegui, Palacio, Prado, Seco y Shélly, Vicente

del Rey, Vida y Ximénez Cros, y *otros y otros aún*, son nuevo y elocuente testimónio de que el feliz consórcio entre las Armas y la Poesía es perdurable en nuestra Pátria, y á él deben las Letras Españolas muchos de sus más preciados triunfos.

Y una vez esto consignado, cópio á continuacion, en débil muestra de mi profundo agradecimiento á sus Autores, tan excesivamente benévolos para conmigo, la Carta que mi distinguido amigo el Excmo. Sr. D. Federico Villalva, me dirigió en el Periódico de su direccion *El Cronista*, al aparecer la primera Edicion, hecha en folleto especial, de *La Espada y la Lira*, y que sirvió de Prólogo á la últimamente publicada en igual forma; así como las que respectivamente me escribieron en esta postrera ocasion los dos ilustres varones en que hoy se personifica la más alta representacion de la gloriosa concórdia de las Armas y las Letras, los Excmos. Señores D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, Capitan General de Ejército y Director de la Real Académia Española, y D. Antonio Ros de Olano, Marqués de Guad-el-Jelú, Teniente General de Ejército y Ex-Ministro de Instruccion Pública.

Dicen así dichas cartas:

I.

SOLDADOS POETAS.

«Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

»Mi estimado amigo: Ya habrán dicho á Vd. que se nos ha concedido licéncia á los Conservadores para saber algo y valer algo; con lo cual bien puede decir, aunque ofenda su modéstia, que es usted un Conservador de los que debieran estar siempre en la Oposicion, ilustrando, como lo hace, las Letras Castellanas, y ganando honra para aquellos correligionários suyos que, ni con permiso de los Filósofos de la última postura, servimos para nada.

»Déme Vd., pues, amigo y antiguo compañero de Congreso,

unos pocos de los muchos apláusos que merece por un Opúsculo que, en estos momentos, llega á mis manos, y que, con ser pequeño, llena, sin embargo, el objeto grande á que va destinado. Hablo de la Epístola poética que, con título de *La Espada y la Lira*, dirige Vd. al Coronel Marqués de Casa Arizon, excitándole al ejercício de la Poesía.

»Consejo extraño, á la verdad, en estos tiempos, si no supiésemos Vd., y yo, y otros muchos tan redomados Conservadores como nosotros, que no está acaso lejano el renacimiento de nuestra Poesía Lírica: de aquella libre de trascendentalismos y de sentidos ocultos, con tanta prez cultivada por los Poetas de nuestro Siglo de Oro, y por aquellos otros que aún hemos conocido vivos en la tierra y ya entraron en la vida perpétua de la História.

»Dar buenos consejos, y darlos en magníficos versos, ya es obra meritória, tanto más cuanto es más digno de escucharlos el aconsejado y cuanto él mismo puede hacer de ellos mejor uso. Pero predicar con el ejemplo, excitar al ejercício de la Poesía á un Soldado, que puede beber de las aguas de Hipocrene sin dejar, llegado el caso, de pelear bizarramente; haciendo, para estimularle y despertar su aficion, un viaje delicioso al Parnaso Militar, es cosa digna de mayor estima, Sr. D. Fernando.

»Porque, en resúmen, eso es lo que Vd. ha hecho: un viaje al Pindo Guerrero Español, donde tiene su puesto señalado, y no por cierto de los ménos eminentes. Se ha convenido en que aquellos lugares no sean ocupados en definitiva por los Poetas vivos; y por eso Vd. ha ido allá y ha vuelto á decirnos, por medio de su Epístola, quiénes y cuántos son los que, sobre la corona de encina propia del varon fuerte, ciñen tambien el laurel del Poeta.

»Y son muchos en nuestra Pátria, segun dicen los versos que acabo de leer. Pero ¿cómo hubiese podido ser de otra manera en tierra cual la nuestra, donde el batallar ha sido ejercício perenne y el amar parece eterna obligacion? Este pueblo nacia soldado y

nacia poeta: ¡qué tiene de extraño que cuente á centenares los que han manejado al própio tiempo la pluma y el mosquete, ó la espada y la lira, como Vd. escribe?

»Aseguran que vamos atrasados en el conocimiento de las Ciéncias utilitarias—llámelas Vd. útiles, si juzga que el adjetivo las ofende,—y no lo niego, por consecuéncia de la grande inclinacion que siempre tuvimos á las cuchilladas y á los sonetos. Pero, hablemos con franqueza: ¿no es verdad que áun los mismos que por ello nos motejan, en siendo Españoles, ántes sienten alegría que pesar cuando recuerdan al dulce Garci-Lasso, al misántropo Jorge Manrique, al gran Ercilla, al desdichado Cadalso y al caballeresco Saavedra?

»Yo véo á los Políticos más formales de este País; á los Académicos peritísimos en Ciéncias Físicas; á los Matemáticos que saben hacer muchos millones de un *cero*; á los que cuentan todas las celdillas y todas las fibras de una hoja de albahaca; á los que desde aquí abajo miden la inmensidad, y la encierran en una cuartilla de papel; á los que conocen las necesidades y las misérias de los hombres que no tienen bastante pan para alimentarse y esperan averiguar el médio de que lo tengan; yo véo á todos esos Sábios renegar á todas horas de nuestro espíritu guerrero, de nuestras deméncias rítmicas y de nuestros entusiasmos literários; pero en el instante en que alguien pronúncia delante de ellos los nombres de Lepanto, de Rioja ó de Cervántes, el diablo me lleve si no se estremecen de orgullo y no dan al traste la Ciéncia y la formalidad.

»Que podríamos ser Nacion más grande y aprovechada, ¿quién lo duda? Pero antójaseme que no es culpa de los soldados y de los metrificadores, ni de cuantos sienten vanidad por unos y otros, la lentitud de nuestra marcha por el camino de los adelantos políticos y sociales. Hay en nuestras venas sangre de muchas razas, y hemos tenido siempre poco apego á la unidad, para que hayamos podido levantar en la mente de nuestro pueblo un ideal, con-

forme ahora llaman á la idea fija y perseverante de alcanzar un bien comun á todos.

»¡Cuán gallardamente expresa Vd., amigo mio, este pensamiento de su Epístola, casi olvidada ya en la mia! Copiaré, y con ello vuelvo al lindo Poemita que Vd. firma, aquella evocacion á nuestros hermanos de la vieja Lusitánia, que dice:

»¡Oh Portugal! ¿Por qué rasgando el seno
De la Pátria comun, de fúria lleno,
Con daño de ella y tuyo
Enflaqueciendo tu poder y el suyo,
De España, que es tu Madre, te apartaste,
Y en las Britanas redes te enlazaste?
¡Cuán distinta tu suerte y nuestra suerte,
Nacion cuán grande y fuerte
En nuestros sacros lindes se alzaría,
Si, del extremo Tajo al Pirinéo,
Tan sólo el mundo viera
Un cetro, y *un altar*, y *una bandera!*
¡Y cuál me fuera dado
Entónces á uno y otro gran soldado
Aquí conmemorar! ¡Ah! ¡quién primero
Entre ellos y entre todos
Los hijos de la Guerra,
De las Musas al par hijos queridos,
Que el épico Camóens, cuyo acero
Brilló esplendente en la region Indiana,
Y cuya noble sangre
Antes corrió abundosa en la Africana!

»Como estos, son todos los versos que Vd. ha escrito en su Epístola al Marqués de Casa Arizon, y hago su elógio con darles repetida publicidad, que á fé, si con más palabras tratase de alabarlos, no lo conseguiría, y nádie puede recomendarlos tanto cuanto á sí propios se recomiendan, así como el buen vino con dejarse gustar, hace su apología.

»Y basta de carta; que con anunciar que *La Espada y la Lira* se

vende en la Librería de Fé, y con felicitar á Vd. sinceramente por este bello é interesante trabajo, puede ya saludarle y callar su amigo invariable

FEDERICO VILLALVA.

»Noviembre 25 de 1882.»

II.

«Excmo. Sr. D. Fernando de Gábriel y Ruiz de Apodaca, Director de la Real Académia Sevillana de Buenas Letras, y Coronel retirado del Cuerpo de Artillería.

»Mi muy estimado amigo: He recibido con mucha satisfaccion, y con mayor gusto todavía he leido *La Espada y la Lira*, hermosa Epístola en que se propone Vd. enaltecer el nombre de los Guerreros españoles, que han unido á las palmas de Marte los laureles de Apolo; y aunque yo, apénas merezco ni el último lugar en el precioso é interesante cuadro en que nos ofrece á la vista de nuestros conciudadanos, yo, por mí, y en nombre de todos los que aún vivimos, doy á Vd. las más expresivas gracias, y le felicito; primero por el nuevo y feliz pensamiento, y despues por el modo magistral con que ha desempeñado su taréa; bien difícil en verdad por la enumeracion y la clasificacion de tantas y tan diversas figuras como presenta retratadas en estilo galano y con pincel seguro y colorido apropiado á cada una de sus históricas fisonomías.

»Reciba Vd., por tanto, nuestra enhorabuena y el apláuso que de todos merece, y muy particularmente el de su amigo afectísimo, compañero y servidor Q. S. M. B.

JUAN DE LA PEZUELA,
Conde de Cheste.

»Madrid 20 de Abril de 1883.»

III.

«Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

»Muy señor mio, amigo y compañero: Ayer tarde cuando vino á mis manos su hermosa y grave Epístola *La Espada y la Lira*, quedaba ya poca luz de Sol para saborearla despácio: hoy temprano, estoy solo, y me la leo á mí mismo en alta voz. Es clásica, está troquelada en el molde de Herrera, la avalora erudicion, y su timbre es nobilísimo.

»Los Naturalistas de ahora (sin recusar al poeta), digan acaso, que ese es su defecto, como si la Naturaleza no encerrara en sí los dos aspectos de lo bello y de lo féo..... Elegirlos es lo que distingue las dos Escuelas; y opto por la que se revela en *La Espada y la Lira*.

»Se reitera de Vd. atento amigo y justo apreciador de su mérito, Q. B. S. M.

ANTONIO ROS DE OLANO.

»S/c 18 Abril 1883.»

No he de terminar la presente Nota, sin consignar así mismo en ella mi gratitud á los Sres. D. Manuel Cañete, D Ramiro Blanco, D. José de Cárdenas, D. Adolfo Carrasco, D. Manuel Pérez Villamil, D. Luís Vidart y D. Arturo Zancada, que en el *Diario de la Marina*, de la Habana, y en las publicaciones Matritenses *El Trovador*, *La Revista Contemporánea*, *El Memorial de Artillería*, *La Ilustracion Católica*, *La América* y *La Ilustracion Militar*, han honrado *La Espada* y *la Lira* con sus favorables juícios; como tambien á los Críticos de los Periódicos de Madrid *La Época* y *El Tiempo*, D. Luís Alfonso y D. Wenceslão de la Prida, y á los de *El Eco de Andalucía*, de Sevilla, y *El Mediodía*, de Málaga, D. Benito Más y Prat y D. José Áncos, con quienes tengo contraida igual deuda.

(3) Cuando se escribió esta Composicion pretendíase que España tomara parte en la guerra que á la sazon ardía en Oriente, uniéndose á las Poténcias que auxiliaban á Turquía.

(4) Así llamaba el Rey Felipe V al célebre Eugenio Gerardo Lobo, á la sazon Capitan de Caballos Corazas, y que dotado de verdadero estro poético, mostróse no ménos bizarro militar, y falleció en 1750, siendo ya Teniente General.

(5) El Coronel D. José Cadalso, glória de la culta Cádiz y restaurador de la Poesía Lírica Castellana en el siglo XVIII, murió de un casco de granada en el sítio de Gibraltar el 27 de Febrero de 1782.

El Teniente General, D. Gaspar María de Nava, Conde de Noroña, nacido en Castellon de la Plana, autor del Poema *La Ommiada,* y vencedor de los Franceses en la batalla del Puente de San Payo en 1811, falleció en 1815.

D. José de Várgas Ponce y D. José Mor de Fuéntes, natural aquél de Cádiz y autor de la célebre *Proclama del Solteron;* hijo éste de Monzon y escritor entre otras muchas obras poéticas, del Poema *Las Estaciones*, y de notables Poesías á Gibraltar, á Bonaparte al regresar de Egipto, etc., sirvieron en la Armada, y fallecieron respectivamente en 1821 y 1848. D. Cristòbal de Beña fué Capitan de la Legion de Leales Extremeños en la Guerra de la Independéncia, y uno de los Tirtéos de ésta.

El Mariscal de Campo D. José de Virués y Spínola, natural de Jerez de la Frontera, y muerto en 1840, fué autor, entre otras obras, de los Poemas *La Compasion* y *El Cerco de Zamora*, y traductor en verso castellano de los *Salmos de David*, de la *Enriada*, de Voltaire, y del *Arte de la Guerra*, de Federico el Grande.

El Coronel Conde de Campo-Alange murió gloriosamente en los combates que precedieron al levantamiento del sitio de Bilbao, en 12 de Diciembre de 1836. El célebre *Fígaro* dedicó á su

muerte un sentido y notabilísimo Artículo, prelúdio, por la desesperacion y el desencanto de la vida que demuestra, del horrible suicídio con que el desdichado Larra, que, como es sabido, escribía bajo aquel pseudónimo, puso fin á su existéncia poco despues.

Los sábios Marinos D. Martin Fernández de Navarrete y Don Gabriel de Císcar, Director del Depósito Hidrográfico y de la Académia de la História el primero, Teniente General de la Armada y Regente que fué del Reino el segundo, nacieron aquel en Abalos en 1765 y este en Oliva en 1760, falleciendo en 1844 y 1829 respectivamente. Aunque apreciables Poetas ambos, sobresalieron más como historiador el uno y como matemático el otro. No hay para qué decir que las Obras suyas á que aludo en la parte del texto que de ellos trata, son la *Coleccion de los Viajes* y *Descubrimientos que hicieron por Mar los Españoles desde el Siglo XV*, de Navarrete, y el *Poema Físico-Astronómico*, de Císcar.

D. Juan Bautista Arriaza, nacido en Madrid en 1770, falleció en 1837. Hizo sus primeros estúdios militares en el Colégio de Artillería, pasando despues á servir en la Armada, cuya carrera dejó por la Diplomática en 1798. Distinguióle con su amistad el Rey D. Fernando VII, y sus poesías, especialmente la que dedicó á cantar á los héroes del Dos de Mayo, y otras no ménos patrióticas, harán siempre palpitar de entusiasmo el corazon de todo buen Español.

D. José de Espronceda, honor insigne de su pátria Extremadura, murió en 1842 á los 32 años de edad, y en su primera juventud vistió el uniforme de los Guardias de Corps, y ántes recibió el bautismo de fuego en las cumbres pirenáicas entre los Emigrados que invadieron aquella frontera en 1830.

El Coronel D. Bernardino Fernández de Velasco, Duque de Frías, que falleció en 1851, había nacido en Madrid en 1783. Sirvió primeramente en Guardias Walonas, y pasando luego al Arma de Caballería, mandó con distincion en la Guerra de la Independéncia

el Regimiento de Pavía. Retirado del servício militar se afilió en el Partido Liberal templado, y andando el tiempo fué Embajador en Frância en 1834 y Ministro de Estado en 1838.

Entre sus bellísimas poesías sobresalen la Elegía que escribió á la Muerte de su Esposa, á la que pertenece el verso á que se refiere esta nota, y la magnífica Oda á la Muerte de Felipe II.

(6) El Capitan de Ingenieros del Ejército D. Antonio Valdemoro, murió gloriosamente, al frente de su Compañía, en los acontecimientos políticos ocurridos en Barcelona en Julio de 1856.

(7) El Coronel é Ingeniero Director de los Reales Ejércitos, Plazas y Fronteras D. Martin de Gabriel y Vilanova, cuyos restos yacen en la Iglésia del Convento de San Agustin de la Plaza de Badajoz, en la cual ejercía dignamente la Direccion de su Arma en Extremadura, al fallecer en Agosto de 1786, despues de una larga y honrosa carrera.

(8) Refiérome en el pasage á que corresponde esta nota al Brigadier D. José de Gabriel, Caballero del Hábito de Alcántara y hermano de mi Padre, que nacido en la Ciudad de Badajoz el 21 de Abril de 1769, y habiendo servido con distincion en el Cuerpo de Ingenieros, hasta el empléo de Teniente Coronel, prestó grandes servícios á la causa nacional en la memorable guerra de la Independéncia y murió con el heroismo de un antiguo Romano el 19 de Febrero de 1811 en la batalla del Gébora, empeñada contra su parecer y el de muchos entendidos Oficiales. De la *Noticia Biográfica* que de él he publicado tomo las siguientes líneas relativas á su gloriosa muerte:

«Rotos y deshechos los Españoles en aquel aciago dia, abandonada nuestra Infantería por las tropas de las demás armas que se retiraban en desórden sobre Élvas, y viendo de Gabriel que todo es-

taba perdido y que nada le era dado ya remediar como jefe, lleno de generoso despecho y resistiéndose á su noble valor el huir el campo de batalla, dirigióse resueltamente hácia las filas francesas, seguido solo de tres soldados, cuyos nombres no conserva desgraciadamente la Hístória. Cual otro Pedro González de Mendoza en la funesta jornada de Aljubarrota, ya que no podia dar el caballo á su Rey, salvándole la vida á costa de la suya propia, *entróse á morir lidiando*, segun la sublime expresion del romance popular, y ansioso de ser útil á los suyos al sacrificarse así á ciéncia cierta en las aras de su Pátria, arrojóse sobre el Duque d'Arenberg, que á la cabeza del Regimiento de Caballería que mandaba, preparábase para cargar á un corto resto de Infantería española que aún se conservaba firme. Atravesó con ardimiento las filas enemigas, penetró hasta d'Arenberg, y tirándole una furiosa cuchillada hubo de errar el golpe, consiguiendo únicamente herirle el caballo. En el instante mismo cayó sin vida atravesado por los Oficiales que rodeaban al Duque, espirando en sus lábios las palabras de *fuego*, *fuego*, con que lleno de valor indomable animaba á completar su hazaña á los soldados que le seguian.»

(9) D. José Fernández Espino, Director General de Instruccion Pública en 1868 y varias veces Diputado á Cortes, fué honor de la Escuela Poética de Sevilla, de la Uuiversidad Hispalense y de la Real Académia Sevillana de Buenas Letras, cuya Direccion ejerció durante once años.

Había nacido en 25 de Mayo de 1810 en Alanís, pueblo ilustrado ya en el Siglo XVI por Juan de Castellános, y falleció en Sevilla el 18 del mismo mes de 1875, despues de larga y dolorosísima enfermedad.

Sus elegantes y eruditos estúdios literários y críticos, sus bellas poesías, sus doctas explicacíones en la Cátedra, y sus correctos y oportunos discursos académicos y parlamentários, le aseguran seña-

ado lugar en la História de las Letras Españolas; como lo conserva y lo conservará siempre en el corazon de cuantos fuimos sus amigos y admirábamos ademas en él la rectitud de su carácter y la amenidad y dulzura de su trato.

(10) Si sólo Escritores Extranjeros de escasa importáncia y oscura fama presentásen de diversa manera de como son en sí los hechos de nuestra História no causaría maravilla, pero lo que verdaderamente pasma es que hombres eminentes, como, por ejemplo, Thiers y Lamartine, incurran en tan grave falta y pequen hasta tal punto de ligeros, cuando debia suponerse, y su misma reputacion daba derecho á esperarlo y aun á exigirlo, que sus Obras habían de hallarse en todo á la altura de su ilustre nombre y no habia de consignar su pluma si no aquello de que tuvieran plena conciéncia.

Baste recordar que la descripcion del combate de Trafalgar hecha por el primero en su *História del Consulado y el Império*, cuando aún vivian centenares de los que habian tomado parte en él, puso en el caso á nuestro Gobierno de intervenir en que se publicase una extensa vindicacion del comportamiento de la Marina Española en aquel heróico desastre, tales y de tanto bulto eran las inexactitudes y falsas suposiciones en ella consignadas; y que el segundo en su *História de Dos Restauraciones* dice, con un aplomo inconcebible, que en la batalla de Bailen combatieron contra sus compatriotas *Tropas Inglesas* y Milícias del País, cuando ni un solo soldado Inglés concurrió á aquel gran triunfo de nuestras armas, ni tomó parte activa ejército alguno de la Gran Bretaña en nuestra gloriosa guerra de la Independéncia hasta cuatro meses más adelante, segun es notório al Mundo todo. Si así se expresan estos historiadores tratándose de hechos que casi han pasado ante nosotros, ¿qué fé debe concederse para tomarlos como texto, á aquellos otros, igualmente extranjeros y así antiguos como modernos, que, sobre narrar sucesos de nuestra História ya remotos, conoci-

damente se inspiran en sentimientos de ódio nacional ó antagonismo religioso?

(11) Apelo para comprobar cuanto afirmo en esta estrofa tocante á Felipe II, no ya al testimónio de aquellos de sus contemporáneos, que como Luis Cabrera en su *História* de este Monarca, Porreño en sus *Dichos y Hechos* del mismo, y otros autores, pudieran ser recusados por algunos á título de panegiristas suyos, si no al de Escritores modernos tan sincera y profundamente liberales como el último Duque de Frias y como D. Evaristo San Miguel y Don Martin de los Héros. Ellos principalmente son los que me han dado á conocer en toda su verdad la gran figura histórica de aquel Príncipe. El primero en la magnífica Poesía á su muerte, premiada por el Licéo de Madrid; el segundo en la História que de él escribió y á que en una nota anterior me he referido; el tercero en su *Bosquejo de un Viaje histórico é instructivo de un Español en Flándes*, escrito precisamente con motivo de su emigracion por Liberal, y que ojalá leyeran aquellos que tienen formada de Felipe II una idéa enteramente contraria á la verdad. Allí verían cuánto distaba de ser tirano ni ménos fanático y enemigo del saber, como se han complacido en presentarlo, manchando su memória, Escritores extranjeros, hijos justamente de Paises en que á la sazon imperaba el más atroz fanatismo y en los cuales, á nombre de la libertad religiosa, se quemaba y degollaba á los que tenían la candidez de creer que estaban en su derecho usando de la libertad que se proclamaba para opinar como les pareciese justo. La Inquisicion misma, cuyo modo de proceder no encuentro conforme, en verdad, con el espíritu de una Religion de paz y amor como la nuestra, por más que dado el critério de su época y teniendo en cuenta la importante consideracion *política* expuesta por Lista en su Introduccion á la parte de História moderna de la Universal del Conde de Segur, por él traducida, lo conciba, aunque no lo apruebe; la Inquisicion mis-

ma, repito, no fué un hecho aislado en nuestra España, fué sólo la forma que en ella adoptó la intoleráncia religiosa, á la sazon *popular* y reinante en toda Europa, y no causó por cierto, ni con mucho, las víctimas que ya la arbitrariedad, ya los tribunales creados al efecto, ya las revueltas y las guerras ocasionaron en otros Paises, cuyos Escritores, olvidándose de esto ó acaso para separar de ellos la atencion, pretenden arrojar, como á título de privilégio exclusivo, la nota de intolerantes y fanáticos sobre los Españoles y muy particularmente sobre su Rey Felipe II; que no fué por cierto quien introdujo la Inquisicion en España ni en Flándes, y sí quien eximió de su jurisdiccion á los sencillos naturales de sus vastos domínios de las Indias.

Cuando algunos pretenden comparar á este Monarca con Luis Onceno de Francia, ¡qué error tan craso cometen! ¡Qué diferéncia, qué contraste tan radical entre la grandeza y el espíritu de justícia del primero, y la crueldad y las rastreras artes del segundo; entre el sumiso y respetuoso hijo de Cárlos V, y el hijo rebelde de Cárlos VII; entre éste complaciéndose en la sociedad de hombres viles, feroces é ignorantes, y aquél en la comunicacion con los varones más eminentes, así en Ciéncias como en Ártes, de su tiempo; entre el que llenaba los caminos de hombres ahorcados de los árboles, y el que los veía llenos de sus súbditos que acudían á su paso para aclamarlo como á Padre de su pueblo; entre el uno rodeado de una Guardia extranjera y de todo género de lazos y defensas en su castillo de Plesis-les-Tours, y el otro durmiendo tranquilo en médio de sus vasallos en un aposento bajo de su Palácio de Madrid y separado solo de sus Españoles por los cristales de una vidriera; entre Luis Onceno dominado por ridículas supersticiones, y Felipe II llevando á cabo muchos de sus viajes y empresas en Mártes para manifestar cuán poco caso hacía de aquellas y procurar con su ejemplo, en este y otros casos, desacreditarlas entre sus súbditos; entre el Monarca francés lleno de terror en su última enfermedad

ante la idéa de la muerte y llamando á su lado á San Francisco de Paula, sólo para que le prolongase la existéncia, y el Soberano español espirando con heróica fortaleza, y haciendo que acudiera á presenciar sus últimos instantes su hijo y heredero para que viese en qué acababan el Mundo y sus Monarquías!

¡Qué magnífico paralelo podía escribirse entre ambos Príncipes! Y cuenta que no desconozco lo que la constitucion de la nacionalidad de su Pátria debe al francés, semejante en esto al español, que evitando en nuestro suelo una guerra religiosa, género de lucha el más sangriento y horrible de todos, logró mantener incólume su unidad, y tuvo además la gloria de completarla realizando la ibérica.

Séame lícito recordar ahora una octava del Duque de Frías, una de las más magníficas que á mi juicio se han escrito en Castellano, tomada de su ya dicha Poesía, y en cuyos ocho versos se condensa con una concision, una energía, una belleza de forma y una exactitud y grandeza incomparables la história toda del largo y glorioso reinado de Felipe II. Héla aquí:

Fué del Prudente Rey el poderío
De Moros y de Herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Glória del Trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flândes, respetado en Trento,
Y desde el Mar de Luso á la Junquera
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Y aquella otra, no ménos rotunda y llena de nérvio, en que despues de rebatir la calúmnia de que el gran Rey hubiera hecho dar muerte al Príncipe D. Cárlos, exclama:

Esta es, oh Mundo, la verdad entera:
No hay que escuchar á la impostura impía;
La voz de la verdad es duradera
Más que el eco de pérfida falsía;
Cuando del Duque de Alba la guerrera

Espada á los rebeldes combatía,
Hizo cundir por su marcial falange
Esa calúmnia el Príncipe de Orange.

(12) Sabido es que Blanca de Castilla y Ana de Austria, Princesas españolas ambas y hermana la última de Felipe IV, dieron el sér á dos de los más grandes Monarcas franceses: San Luis y Luis XIV.

(13) Al consignar el nombre de Mr. Antoine de Latour, ya hoy, por desdicha, difunto, cumplo con un deber de buen Español manifestando aquí mi gratitud por la justícia é imparcialidad que en sus notabilísimas Obras sobre nuestro País resplandece, y que tan en alto grado contrastan con el carácter que distingue á la mayor parte de los escritos que acerca de nuestra história, letras, artes y costumbres se dán á la estampa en la vecina Fráncia. Identificado Mr. de Latour con España, y muy particularmente con Sevilla, á ejemplo del augusto Príncipe de quien fué leal servidor, así como éste se afana por levantar, con empeño nunca bastante alabado, los derruidos muros de antiguos Monumentos, testimónio vivo de nuestras glórias, y por venir en apoyo del desvalido, del ignorante, de todo aquel que necesita amparo y protección, secundando en esto eficazmente á su excelsa Esposa la digna hermana de Doña Isabel II, el ilustre Escritor á quien aludo pugnó siempre, con no menor perseverántia, ni ménos laudable deséo, por realzar en la opinion de sus compatriotas á la antigua y la moderna España, mostrándoles á luz verdadera sus altos recuerdos de otros dias, sus grandes tradiciones, sus hombres insignes, su generoso espíritu, y la faz que á ojos imparciales presenta nuestra actual sociedad, en la cual pueden fundarse tantas y tan legítimas esperanzas.

Digna es, pues, la memória de Mr. de Latour de esta débil muestra de gratitud, á la cual se asociarán sin duda alguna cuantos léan estas líneas y sientan latir en su pecho un corazon español.

(14) Los cuatro primeros versos de la octava á que se refiere la presente nota están calcados, con las variantes necesarias para expresar mi pensamiento, sobre los del gran Quintana en su poesía al Panteon del Escorial:

«¡Qué vale, oh Escorial, que al mundo asombres
»Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
»Si al fin eres padron sobre la Tierra
»De la infámia del Arte y de los hombres!»

¡Infames el Arte y los hombres que levantan un templo á la Divinidad con ocasion y en memória de uno de los más altos triunfos de la Pátria! Imposible parece que el claro talento y el patriotismo ardiente de Poeta tan insigne y tan buen Español fueran ofuscados á tal punto por su aversion á Felipe II; Monarca que, dicho séa en verdad, aunque sólo tuviera el mérito de haber impedido, manteniendo la unidad religiosa, que se perdiera entre nosotros la unidad nacional, como hubiera en otro caso acontecido, siendo tantas y tan profundas las diferéncias que en leyes, usos, costumbres, y hasta en lenguaje, separaban las diversas partes que en nuestra Península constituían la recien formada Monarquía Española, habría adquirido títulos bastantes á la gratitud de cuantos en ella hemos nacido. Sensible es que el ódio y las calúmnias de los enemigos de España y de la Religion civilizadora por excelencia, hayan logrado extraviar el critério de algunos al tratarse de juzgar á un Príncipe que, dadas las condiciones y el espíritu de la época en que vivió, es uno de nuestros más grandes Reyes. No de otro modo lo califica en la História, más bien severa que benévola, que de él escribió, el ilustre General San Miguel, cuya autoridad no créo que pueda recusarse como sospechosa, ni parece que debia calificarlo diversamente quien, como Quintana, tanto aféa á Góngora que en su Cancion al Armamento de Felipe II contra Inglaterra trate á la célebre Isabel, Soberana de este País, con la dureza con que lo hace, prescindiendo de sus altas cualidades y fijándose sólo en sus vícios y defectos.

(15) La magnífica *Concepcion* de Murillo que hoy se admira en París en el Salon cuadrado del Muséo del Louvre, y á quien me refiero en esta composicion, fué adquirida para dicho Establecimiento, en virtud de órden del entónces Presidente de la República Francesa, y despues Napoleon III, por el conde de Nieuwerkerke, Director de sus Muséos, en la venta de la Galería del Mariscal Soult efectuada en 1852; habiendo ascendido su importe, inclusos ciertos derechos y gastos, á la enorme suma de 615.300 francos ó séa 2.461.200 reales vellon; cifra verdaderamente extraordinária, pues jamás se ha acercado, ni con mucho, á ella lo satisfecho por Cuadro alguno.

El anúncio de la venta de esta famosa Galería, compuesta casi en su totalidad de Cuadros españoles de los primeros maestros, y la exposicion que la precedió, habian excitado de tal manera la atencion pública en París y en todos los Paises cultos, que la concurrénci á ella fué incalculable, teniendo representantes en las apiñadas filas que llenaban la calle del Sendero, en que existe la casa en que se verificó, y las escaleras y salones de esta, todas las Naciones civilizadas de Europa y América. Hubo momentos en que apénas se podia respirar en los últimos, tal era la afluéncia de gentes; y nada puede dar idéa del afanoso interés con que aquel inmenso concurso seguia las peripécias de tan noble liza, y sobre todo desde que se puso en venta el Cuadro de la *Concepcion*. El religioso siléncio que reinaba en los salones era interrumpido al proclamarse cada oferta por atronadores aplausos, y por último al adjudicarse Lienzo tan codiciado al Muséo del Louvre, la excitacion general, y especialmente el entusiasmo de los Franceses, no reconocieron límites, siendo el conde de Nieuwerkerke victoreado con frenesí.

Lord Hertford fué el ilustre Inglés que tuvo la glória de combatir, casi hasta el último instante, con las Naciones que por médio de sus Comisionados tomaron parte en esta gigantesca lucha, que hará época en los fastos del Arte.

Créo de este lugar advertir, para que no se confundan, como se

ha hecho inadvertidamente en cierta Obra sobre Murillo, que en el mismo salon del Louvre en que se admira el Cuadro de la *Concepcion* á que he aludido, se ve otro, bello tambien, del própio autor, representando á la Santísima Vírgen en el mismo Mistério, y en el cual aparecen varios Sacerdotes adorándola, que fué adquirido por Luis XVIII en 1817, mediante el precio de 6.000 francos, ó séa de 24.000 rs.

(16) Es esta una de las pocas composiciones, de entre las primeras mías, á que he dado cabida en la presente Coleccion, y sólo ha debido salvarse de la ley comun á mi deséo de tributar insertándola un recuerdo á un antiguo Profesor mío en el Colégio de Artillería, el entónces Capitan D. Hipólito Munárriz, muerto, siendo ya Coronel, hace pocos años. Noticioso, á mi salida del Colégio, de mi amor al cultivo de la Poesía, deseó que hiciéramos juntos una composicion en que alternase lo grave con lo jocoso, género éste á que él tenia particular aficion, y pusimos por obra su pensamiento con motivo de la marcha de una Dama á la Córte, desde Segóvia donde á la sazón nos hallábamos y donde aquella había pasado el verano, segun acostumbraba. Resultó el juguete á que hace referéncia esta nota, en que las redondillas impresas en caractéres ordinários son mías, y las que aparecen en letra bastardilla del malogrado Munárriz, y el cual he insertado en esta Coleccion sólo, como ántes he dicho, por recordar la memória de mi Profesor y amigo.

(17) Dios escuchó mis votos, pues aunque para un hijo nada es bastante, mi amada Madre (Q. E. E. G.), alcanzó la avanzada edad de muy cerca de 85 años, y á los nietos de mi hermano mayor.

He aquí las líneas que á anunciar su sentida muerte, ocurrida el 14 de Setiembre de 1883, después de una breve enfermedad, con-

sagró el Periódico de Madrid *El Cronista*, las cuales se apresuráron á hacer suyas *La Epoca* y otros; á todos los que, así como á los de Sevilla y Málaga que en términos no ménos expresivos dieron cuenta de tan infáusto suceso, envío desde aquí esta manifestacion de mi gratitud:

«Nuestro querido amigo el Ex-Diputado Conservador Sr. de Gabriel, que, como anunciamos há días, marchó á Jerez, por hallarse gravemente enferma su Madre Política la Señora Condesa de Villacréces, la cual afortunadamente se restableció, ha regresado precipitadamente á esta Córte con motivo de la grave enfermedad é inmediata muerte de su própia Madre, la Señora Doña María de los Dolores Ruíz de Apodaca, tan conocida y altamente apreciada en la buena sociedad madrileña por su sólida virtud, su entendimiento clarísimo y el encanto de su distinguido y, aun en estos últimos tiempos, á pesar de su avanzada edad, amenísimo trato.

»Reciban nuestro querido amigo y su família toda, nuestro más sentido pésame por pérdida tan dolorosa é irreparable.»

(18) En efecto, miéntras mi Padre y su hermano D. José de Gabriel peleaban por la gloriosa cáusa de la Independéncia Nacional en los campos de Extremadura, cayendo herido el primero en la batalla de Medellin de un bayonetazo en el pecho, recibido al frente de su Regimiento de Mallorca, y muriendo heróicamente el segundo en la del Gébora, segun ya he expresado en otra Nota; combatían otros de mis antepasados en Cádiz por tan santa cáusa, pues mi Abuelo Materno D. Juan Ruíz de Apodaca, rendía en las aguas de su bahía, con la Escuadra de que era Caudillo, á la Francesa del Almirante Rossilly, contribuyendo á este triunfo, con el navío *San Justo* de su mando, mi Tío D. Miguel Gaston de Iriarte, y cooperaban despues á la defensa de dicha Plaza, nueva Covadonga de aquella nueva reconquista, el hermano mayor de los primeros Don Fernando, como Coronel del Regimiento Real de Zapadores-Mina-

dores, y el hermano del último, D. Antonio, como Comandante del Cañonero Número 4.

(19) En una Proclama ó Manifiesto publicado en Mayo de 1863 por los Caudillos de la valerosa insurreccion polaca, al enumerar las glórias de Polónia para excitar á Europa á acudir en su auxílio, se citaba el triunfo de Somosierra, nada oportunamente en verdad, pues ni el mérito de este fué grande ni era del caso recordar la participacion de su Pátria en una empresa encaminada á avasallar la independéncia de otra Nación.

El Prócer á que me refiero es, como se habrá comprendido, el ilustre Duque de Rivas, honra de nuestra Poesía contemporánea, malamente herido por Lanceros Polacos, un año despues del choque de Somosierra, en el reconocimiento de Ontígola, que precedió á la desastrosa batalla de Ocaña, glorioso episódio de la vida del esclarecido Vate, á que éste alude en el Romance suyo, que empieza:

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento
Y perdída la batalla,
. . . . . .

(20) Al decir que el nombre del popular Novelista Fernan Caballero se extiende de Polo á Polo no he incurrido ciertamente en ninguna exageración poética. Gran número de distinguidos Literatos Españoles han dedicado importantes estúdios á sus obras, y fuera de nuestro país los Escritores Franceses MM. de Mazade, de Latour, Germond de la Vigne y Auguste Dumas, entre otros; los ilustres Alemanes Fernando Wolf y Juan Fastenrath; el eminente Crítico de la importante publicacion Británica titulada *Edinbourgh Review*; el Anglo-Americano Ticknor, tan entendido en cuanto á nuestra Literatura se refiere, han dado á luz interesantes y concienzudos juícios sobre el gran Novelista.

Hasta hoy son tres las ediciones que se han hecho de sus obras completas en español, sin contar las que separadamente se han publicado de algunas de ellas, y las muchas veces que han reproducido todas los Periódicos; ocho son, que yo sepa, las traducciones que se han publicado en francés de las mismas; tres en aleman, una en bohemio, otra en holandés, otra en inglés, otra en italiano y otra en ruso, siendo asímismo muchos los Periódicos que en estos Paises y en los demás del Mundo civilizado las han insertado en sus columnas.

Fallecida ya, en mal hora, la noble Dama que se encubría bajo el pseudónimo de *Fernan Caballero*, cúmpleme consignar una vez más el dolor vivísimo con que el aciago día 7 de Abril de 1877 la ví desaparecer de entre nosotros; el cariño, que pudiera llamar filial, que á ella me unía, y el singular encanto que sus preciosos escritos me cáusan; sentimientos todos de que tuve ocasión de dar pública y solemne muestra en la Sesión Régia, celebrada pocos días despues de la muerte de tan incomparable Amiga, por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras; y en la *Necrología* que al frente de sus *Ultimas Producciones* publiqué en 1878.

(21) Escribióse este Soneto en Junio de 1860, época en que se hablaba de ciertos planes napoleónicos de division del territorio Español para anexionar á Francia la parte de allende el Ebro.

(22) Pronunciado en el Banquete con que los Oficiales de Artillería residentes en Sevilla solemnizaban la festividad de su Santa Patrona el 4 de Diciembre de 1857, recien nacido el Príncipe que tan dignamente había de ocupar el Trono de España bajo el nombre de Alfonso XII.

(23) Las Expediciones á que aludo en este Soneto, escrito y publicado á fines de 1858, son la que ya entónces había empezado á

realizarse con feliz éxito á Cochinchina, y las que á consecuéncia de atentados cometidos contra Españoles en la República Mejicana y en las costas del Riff, se preparaban á la sazon y no llegaron á ser necesárias por haberse avenido á dar las satisfacciones exigidas por nuestro Gobierno, tanto el de Méjico como el Sultan de Marruecos.

(24) La nota precedente casi excusa la primera parte de esta. Los triunfos que siguieron en el Império de Cochinchina ó sea de Annam, á la toma de Turana, y el tratado Mon-Almonte, entre España y Méjico, celebrado á fines de 1859, justifican el verso en que se encuentra la llamada á que corresponde esta nota.

La segunda parte de ella está reducida á manifestar que los cuatro Generales cuyos nombres aparecen en el penúltimo verso de este Soneto, inspirado principalmente por la toma de Tetuan, resultado brillante de la gloriosa campaña que nuevas ofensas de los Marroquíes obligaron al fin á nuestro Gobierno á emprender en aquel território, levantando tan alto el nombre de nuestra Pátria, que Europa consideró á ésta como resucitada, son los que, ya mandando el Ejército, ya los Cuerpos de Ejército, ya la Escuadra, tuvieron la fortuna de concurrir á la reñida batalla del 4 de Febrero de 1860, de que fué consecuéncia inmediata la rendicion de la Ciudad citada. Los Generales Zabala y Echagüe, por su enfermedad contraida en la campaña el uno y por hallarse ocupando el otro con su Cuerpo de Ejército el Serrallo, se vieron privados de tomar parte en aquella funcion de guerra.

(25) Aunque hijo de Extremadura y de su capital Badajoz, y teniéndolo á grande honra, con tanto mayor motivo cuanto que siendo Extremeña mi família paterna no debí á la casualidad haber nacido en tan gloriosa provincia, y en ella reposan las cenizas de muchos de mis Abuelos, derramó su sangre por la Pátria mi buen Pa-

dre, dió heróicamente la vida por tan santa causa uno de sus hermanos, y mandaron con honor varios de mis Mayores y entre ellos mi ya citado Padre, Gobernador Militar y Político que fué durante ocho años de Badajoz, donde aún no se ha borrado su digna memoria, no vacilé al escribir en 1859 este Soneto en calificar á Sevilla como en él lo hago, ni ménos vacilo en seguir calificándola del mismo modo. Residente yo en la capital de Andalucía por razon de mi carrera desde muy poco despues de haber entrado en mi mayor edad; enlazado dentro de sus muros á la que es compañera de mi vida; estando establecido y arraigado ya en ella; honrándome con pertenecer á su Real Maestranza y á sus Cuerpos literários y artísticos; habiendo representado cuatro veces en las Córtes del Reino á uno de los Distritos de la Província de que es cabeza, y siendo además ahora esta insigne Ciudad pátria de mis hijos, bien puedo considerarla como la segunda mía, sin que esto arguya desvío hácia la que lo es verdadera, y á la cual revelan mi amor ardiente más de una de mis poesías y más de uno de mis actos.

(26) Cupo á mi Abuelo materno, en nuestra guerra de la Independéncia, conforme ya he apuntado en otra nota, la glória de cooperar eficazmente en 14 de Júnio de 1808, á la rendicion en la bahía de Cádiz, su Ciudad natal, donde se hallaba con la Escuadra de su mando, de los cinco navíos y una fragata que componían la francesa del Almirante Rosilly, de cuya persona se hizo seguidamente cargo, devolviéndole su espada con proceder caballeresco, en la cubierta del Navío *Héroe* de su insígnia, al pasar á él con dicho objeto desde la del *Príncipe de Astúrias* en que arbolaba mi Abuelo la suya. Nombrado en seguida de este honroso hecho de armas Representante de España en Inglaterra, contribuyó aun más eficazmente al feliz éxito de aquella inolvidable lucha y al vencimiento definitivo del primer Napoleon, proporcionando todo género de auxílios á la cáusa nacional; cooperando al regreso á Es-

paña desde Dinamarca de las leales Tropas del Marqués de la Romana; celebrando en 14 de Enero de 1809 con la Gran Bretaña el Tratado de Paz, Amistad y Alianza que aún subsiste, y gestionando con el mejor resultado que se hiciese así mismo la paz entre aquella Poténcia y Rúsia, de donde provino la declaracion de guerra de esta á Fráncia y la que despues le hicieron Áustria y Prúsia, dando por término la paz general y que Europa, y acaso el Mundo civilizado, se vieran libres de la insaciable ambicion napoleónica.

Cantar este resultado tiene por fin el Soneto á que se refiere esta nota, recordando al propio tiempo el hecho de armas y la celebracion del Tratado á que he aludido.

En los *Apuntes Biográficos* que de mi referido Abuelo he dado á la estampa, me ocupo con mayor extension en todo esto, así como trato de los demás sucesos de su gloriosa vida; pues ya como Capitan General que fué de Cuba, ya como Virey de Méjico y luego de Navarra, ya, en fin, como Consejero de Estado y como Director General de la Real Armada, tuvo ocasion de prestar á la Pátria no ménos señalados servícios.

(27) El hecho memorable de abandonar el vecindário entero de Gibraltar sus bienes y hogares al apoderarse en 1704 de aquella Plaza, á la sazon casi de todo punto desguarnecida y peor pertrechada, la Escuadra Anglo-Holandesa del Almirante Rooke, por no consentir la lealtad y el patriotismo de sus hijos continuar habitando una Ciudad que no se hallaba ya bajo el domínio de su Rey, segun á éste significaron en solemne documento, es tan grande y heróico en su línea, como grande y heróica en la suya la inmortal resolucion de los moradores de Numáncia y de Sagunto. A España toca perpetuar su memória por médio de un Monumento en San Roque, cabeza durante un siglo de las poblaciones á que dió orígen el rasgo sublime de los naturales de Gibraltar, y en la cual, que á

la sazon era solo una ermita, se constituyó su ilustre Ayuntamiento, denominándose de Gibraltar residente en su Campo.

Pero aùn así no quedaría España libre de deuda, porque otro Monumento exijen ademas de ella, no ya sólo la lealtad de que al abandonar lo que más caro les era, dieron tan generoso testimônio los habitadores de la Ciudad arrancada á los Árabes por Guzman el Bueno, vuelta á conquistar por Alonso de Árcos y defendida despues heróicamente contra vasallos rebeldes á su Rey por Estéban de Villacréces, si no la honra, la dignidad, hasta el interés mismo de la Pátria. Ese Monumento no es otro que la Bandera Nacional ondeando en la Ciudad perdida. Miéntras esto no se realice, la desaparicion de sus muros de la que hoy tremola en ellos debe ser para los Españoles todos, como ya en otra ocasion he dicho, el *Delenda est Carthago* del Orador Romano.

(28) Con los mismos consonantes que este Soneto y al propio asunto compusieron otros tres, en igual ocasion y en no ménos breve tiempo, mis queridos amigos los Sres. Marqués de Cabriñana, Fernández-Espino y Justiniano, poetas cuyos nombres basta consignar para que se comprenda el mérito de las composiciones á que aludo; y las cuales no cópio á continuacion por no hacer más largas estas notas. Los cuatro Sonetos se insertaron en el Tomo sexto de la Revista de Ciéncias, Literatura y Artes que á la sazon se publicaba en Sevilla, y á él remito al lector.

(29) Encontrándome yo en Pau en Octubre de 1869, me honró el Infante D. Sebastian de Borbon con el deséo de que escribiese un Himno, cuya Música compuso S. A., para que se cantara al realizarse la restauracion, que él, como yo, juzgaba indudable, en plazo más ó ménos próximo, de la Dinastía legítima en la persona del entônces Príncipe de Astúrias.

Cumpliendo yo gustosísimo este deséo para mí tan grato, inspiréme para escribir este Himno en los mismos sentimientos de con-

ciliacion y concórdia que informaron años despues los procedimientos todos de la Monarquía restaurada, y quedó el original en poder de S. A. con el objeto indicado, el cual no llegó, sin embargo, á efectuarse por la inesperada muerte del Infante, ocurrida, cuando se disponía á regresar á España, á los pocos días de haber subido su Augusto Sobrino al Trono de sus Mayores.

(30) El inolvidable y malogrado Adelardo López de Ayala escribió en Sevilla, en 1868, su bellísima Loa *La Mejor Corona* para conmemorar el inmediato aniversário del nacimiento de Calderon, y quiso asociar á tan noble homenaje á todos los Poetas que á la sazon residíamos en dicha Ciudad, excitándonos á que escribiéramos algunas estrofas en que respectivamente caracterizásemos á los principales personajes del Teatro del gran Dramático, para que al coronar su Busto las declamasen los Actores que habían de representar á aquellos.

Encarguéme yo de caracterizar al *Caballero Español*, que tan admirable aparece siempre en las magníficas creaciones calderonianas, y escribí con este objeto las Décimas á que se refiere esta nota.

(31) Á consecuencia de cierta singular Censura de este verso, hecha por un *Cervantista* (!), publiqué á mi vez, en Júnio de 1872, la siguiente Rectificacion, escrita á vuela pluma, y en la cual omití, por no hacerla más extensa y ser innecesário, dado que ya citaba en ella un pasaje del *mismo Cervántes*, los del *Quijote* en que se habla tambien de Fragatas.

RECTIFICACION.

«En un artículo titulado *Caza menor*, fechado en Jaen á 12 de Mayo último, suscrito por un *Alonso Marmolejo y Peñasco*, é inserto en el número de la *Crónica de los Cervantistas* correspondiente al 29 de dicho mes, se burla el enunciado señor, que á sí propio se

califica de *oscuro Cervantista*, y que tan sobérbio y pretensioso se muestra en su artículo como humilde quiere socarronamente aparecer, de que en una de las poesías leidas ante la Real Académia Sevillana de Buenas Letras el 23 de Abril próximo pasado para conmemorar el aniversário de la muerte de Cervántes, se presente á D. Juan de Austria recorriendo la Armada de la Liga, al ir á empeñarse el memorable combate de Lepanto, en

Velocísima fragata.

»Autor yo de la poesía en que tal se hace, tócame probar al señor Peñasco que no supo lo que se hizo al estampar su donosa burla.

»Nace ésta de dos causas: la primera, que siempre se había creido que D. Juan montaba en Lepanto una galera ó galeaza; la segunda, que *no se conocían* fragatas en el siglo XVI.

»Con ambos motivos discurre el Sr. Peñasco, oscuro Cervantista, acerca de que los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Javier Salas, historiador aquél del susodicho combate, y autor éste de un importante escrito sobre la Marina Española en la *Edad-Média*, deben ser un par de mocosos cuando *ignoran* la existencia de *fragatas* en el siglo XVI.

»No para los doctos, que ciertamente no lo necesitan, ni áun para los medianamente versados en la História de España, en la de sus Letras y en la de su Marina, sino para los que como el *Cervantista* Sr. Peñasco desconocen de todo punto hasta á los Escritores que citan, y áun al mismo Cervántes de quien se suponen adoradores, y á quien debían por lo tanto conocer siquiera algo, diré que *se conocían fragatas en el siglo XVI*, y que uno de los que así lo demuestran, autoridad irrecusable para todos y más para un *Cervantista*, aunque oscuro, es nada ménos que el propio *Cervántes*, quien dice en un terceto del capítulo 1.º de su *Viaje del Parnaso*:

»Lleno, pues, de esperanzas, y vacío
»De temor, busqué luego una *Fragata*
»Que efetüase el alto intento mío.»

»¿Qué le parece al Cervantista? ¿Se conocían *Fragatas* en el siglo XVI?

»Pues voy ahora á demostrarle que no sólo se conocían en aquel siglo, sino que las hubo, y no pocas, en Lepanto, y que en una recorrió su Armada D. Juan de Austria al ir á empeñarse el combate.

»En la História de Felipe II, que con el título de *Filipe Segundo, Rey de España* se publicó en Madrid en 1619, escrita por su criado Luis Cabrera de Córdoba, se expresa en la página 689, columna 2.ª, líneas 42 á 44, al enumerarse las fuerzas que debían componer la Armada de la Liga, que habían de ser: «dozientas y »ochenta galeras, veinticinco naos, seis galeazas, quarenta *Fraga-»tas*,» y en la página 687 de la misma Obra, columna primera, líneas 45 y siguientes dice: «D. Juan en una *Fragata* con D. Luis de »Córdoba y Juan de Soto discurrió por la Armada reconociendo si »ocupaba y guardaba cada uno su puesto, advirtiendo y corrigien-»do.» Sigue luego expresando lo que se animaron los soldados con su presencia, y las palabras que les dirigió, hasta que, conseguido su intento «se volvió satisfecho á su Real,» esto es, á la Galera Capitana, que echa de ménos el entendido historiador Sr. Peñasco.

»¿Está convencido este señor de que hubo *Fragatas* en Lepanto, y de que D. Juan de Austria recorrió su Armada en una *Fragata* y desde ella arengó á sus soldados?

»Pues veamos abora si el Sr. Rosell lo ignora.

»Este Escritor, como verdaderamente docto, no podía desconocerlo, mal que pese al Sr. Peñasco, y en su laureada *História del Combate Naval de Lepanto*, que el oscuro Cervantista y entendido historiador Marmolejo cita *sin haberla leido*, á no ser que su falso aserto nazca de indisputable mala fé, dice en las últimas líneas del texto de la página 79 de su Libro, impreso por la Real Académia de la História en Madrid en 1853, y en las primeras líneas de la 80, que: «Contemplábase en primer lugar la Armada del Rey Católico »de noventa galeras Reales, veinticuatro naves y cincuenta *Fraga-*

»*tas* y bergantines, las mejores que en tiempo alguno se habian »visto, etc. Seguían luego las doce galeras y seis *Fragatas* del Pa»pa, puestas así mismo muy en órden; y por último ciento seis ga»leras de Venecianos, juntamente con seis galeazas, dos naves y »veinte *Fragatas*; pero en muy mal estado,» etc.

»El mismo Sr. Rosell en la página 95 de su citada obra dice: «Llamó (D. Juan) en seguida á D. Luis de Córdoba y al Secretario »Soto, y saltó con ellos en una *Fragata velocísima*,» etc.

»¿Qué tál, Sr. Peñasco? ¡Hasta el epíteto! ¿Qué dice vuesa merced, cervantista, aunque oscuro, historiador entendido, docto marino y aprovechado lector del Sr. Rosell? ¿Cree vuesa merced que basta de pruebas? Paréceme que sí. Bastan las dadas para que vuesa merced quede enterado de lo que no sabía, y cumplidamente demostrado que el que hizo recorrer la Armada de la Liga á D. Juan de Austria en *velocísima fragata*, no tiene por costumbre decir lo que no es, ni afirmar lo que ignora, ni escribir á tontas y á locas.»

(32) El distinguido Poeta Francés Mr. Pedro Dupont, desalentado por el mal éxito de un viaje que para mejorar su desgraciada suerte hizo á París, decidió regresar á su país natal, y habiendo ido á despedirse de Víctor Hugo le dejó escritos al respaldo de su tarjeta, por no haberlo encontrado en su casa, los sentidos versos que figuran en el texto y que he procurado traducir fielmente.

ÍNDICE.

Páginas

Dedicatória. 5

PRIMERA PARTE.

Prólogo. 9

Epístolas.

La Espada y la Lira. 51
Patriotismo!. 69

Himno.

En la Expectacion de la Vírgen María.. 81

Odas y Canciones.

Á Eugénia de Guzman, Emperatriz de los Franceses. . . . 89
El Faro de Dios. . . . . 94 y 95
En las Márgenes del Guadalquivir. 98
Á Elisa.. 100
La vuelta de Elisa. 103
Á una Dama.. 106
Dos Hijos de Reyes. 109
Á la Señorita Doña Catalina de Arizon. 113
En la Inauguracion de la Estátua de Murillo. 115
Á D. Manuel Cañete. 121
En la Entrada en Sevilla del Regimiento de Leon. . . . 124
Por la Union Tradicional del Cuerpo de Artillería. . . . 125
Al Mismo Asunto. 126

Páginas

Á la célebre Ciega de Manzanáres.. 128
Despedida,. 129

ELEGÍA.

Á D. Manuel Pérez de Molina. 135

ROMANCES.

Á mi Madre. 141
Recuerdos de Glória. 144
Á Doña Joaquina Gómez de la Cortina. 148
Á S. M. la Reina Doña Isabel II. 150
Á mi Hijo Gonzalo.. 154
Á Polonia en 1863. 161
Á un Amigo en su partida del Castillo de Gigonza . . . 165
Á Doña María Luisa Alvareda, en su Album. 173
Á Fernan Caballero. 174
Á la Condesa de Monteagudo. 179
La Oracion. 181

SONETOS.

Á la Fiesta de la Eucaristía. 187
Dios y el Hombre. 188
La Santa Cruz. 189
Á la Purísima Concepcion, Patrona de España. 190
En el Fáusto Nacimiento del Príncipe de Astúrias. . . . 191
Á España. 192
En la Toma de Tetuan. 193
Á los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier. . . 194
En la Restauracion del Monasterio de la Rábida. 195
En el Nacimiento del Infante D. Fernando de Orleans y Borbon. 196
En el Restablecimiento de la Infanta Doña Cristina de Orleans y Borbon.. 197
Dos de Mayo.. 198
Á la Memória de mi venerado Abuelo el Capitan General D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito.. . . . 199
Á la Muerte de mi malogrado Amigo y Compañero D. Juan Kirkpatrick. 200
Á Doña Antonia Diaz de Lamarque. 201

Páginas

Á Gibraltar. 202
Á D. Juan Justiniano. 203
Al Regimiento de Húsares de la Princesa. 204
Á las Cuatro Ordenes Militares. 205
Á mi Dulce Compañera. 206

SEGUNDA PARTE.

Epístola.

El Divórcio. 211

Himno.

El Rey en Madrid. 215

Odas y Canciones.

La Salvacion de España. 221
Á S. M. el Rey en su llegada á Sevilla. 223
En el Fáusto Enlace de S. M. el Rey.. 225
En el Arribo á Sevilla de la Oficialidad de *La Villa de Madrid*.. 228
El Caballero Español. 230
En un Banquete.. 232
Á Cervántes en Lepanto.. 234
Á mi Hija María de los Dolores. 237
Á la Duquesa de Almodóvar del Río. 239
Á la distinguida Poetisa Doña Carolina de Soto. 239
Á mi Sobrina Elvira. 240
Los Verdaderos Soldados. 241
Á los Representantes en Madrid del Ejército Portugués. . 244
Á Víctor Hugo. . . . . 248 y 249

Elegía.

En la Muerte de Tassara.. 253

Romances.

Á la eminente Poetisa Doña Gertrúdis Gómez de Avellaneda.. 259
Á las Señoritas de Ponce de Leon. 265

Páginas

Á la Catedral de Córdoba.. . . . . 266 y 267

SONETOS.

Las Cartas de mis Amigos de España. 271
Á la célebre Escritora María Letizia Bonaparte Wysse Ratazzi, y al distinguido Ingeniero Luis de Rute.. . . . 272
En la Conmemoracion de la Muerte de Ayala.. 273
En el Segundo Centenário de Calderon. 274
Á la Reconstitucion de la Nacionalidad Ibérica. 275
España y las Repúblicas Hispano-Americanas. 276
Al Príncipe Imperial de Alemânia. 277
Á Isabel la Católica. 278
NOTAS. 279

LS
G1188p
Gabriel y Ruiz de Apodaca, Fernando de
Poesías. Ed.2.
457098

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED